

G U I L L E R M O T E L L

F R I E D R I C H V O N
S C H I L L E R

ARGUMENTO

En el acto primero se exponen dramáticamente por el poeta los motivos del alzamiento de los suizos contra la dominación austriaca, tales como los atropellos y crímenes de los agentes del Gobierno, y sus actos tiránicos. Un suizo ha matado de un hachazo al bailío Wolfenschiessen, por haber querido abusar de su mujer. Persíguenlo los satélites del Gobernador, y lo salva Tell, atravesando el lago de los Cuatro Cantones con una horrorosa tempestad. Otro, Stauffacher temeroso de las amenazas y malevolencia del Gobernador, y excitado por su esposa, resuelve buscar compañeros de otros Cantones, para sacudir el yugo extranjero. Al mismo tiempo, en la plaza pública de Altdorf se levanta un castillo, fortaleza y cárcel, para defensa de aquel funcionario, y para asegurar la opresión de los habitantes del te-

territorio, exigiéndose a éstos que acaten y saluden a un sombrero, puesto en lo alto de un palo, que te supone representar al Soberano, para conocer de este modo extraño e injurioso quiénes son los obedientes y quiénes no. Otro suizo, en fin; Melchthal, ha sido castigado por maltratar a un agente del Gobernador, no en su persona o bienes, por haberse puesto en salvo, pero sí en la de su inocente padre, que ha sido cegado por orden superior, y despojado de cuanto poseía.

En su consecuencia se reúnen varios personajes, y entre ellos el suegro de Tell, y resuelven aumentar el número de los conjurados, y adoptar los medios de libertarse de sus opresores.

El acto segundo está compuesto de solo dos escenas. El lugar de la primera es el castillo do Attinghausen, cuyo señor, barón del mismo título, y suizo de corazón, se empeña vanamente en disuadir a su sobrino Ulrico de Rudenz de su afición a las novedades extranjeras, afición, por otra parte, poco patriótica, y fundada en el amor que profesa a Bertha de Bruneck, rica heredera, suiza, que reside en el castillo del Gobernador. En la segunda, los conjurados, reunidos en Rütli, celebran una junta, y acuerdan apoderarse, por medio de un ardid, de las

fortalezas principales, el día designado para celebrar la fiesta del Gobernador.

Tell, cuya casa aparece al público en la primera escena del acto tercero, se prepara a encaminarse a Altdorf, con su hijo mayor Gualterio, para visitar a su suegro Fürst; y, en efecto, se dirige allá, a pesar de los ruegos de su mujer Eduvigis, temerosa de algún atentado del Gobernador, cuyo odio a su marido es notorio a ambos cónyuges.

En otra escena del mismo acto tiene una entrevista en los montes, en donde cazaban con Gessler, Ulrico Rudenz y Berta, mostrándose ésta pronta a corresponder al amor de Ulrico, siempre que se separe de los extranjeros, y proteja contra ellos a sus compatriotas, los suizos. El amante accede fácilmente a esta pretensión.

Tell llega entonces a la plaza pública de Altdorf, en donde está expuesto el famoso sombrero. No lo ve, y no lo saluda. Los centinelas apostados por el Gobernador quieren llevarlo a la cárcel; llega a esto el mismo Gessler de su expedición venatoria, y le ordena disparar su ballesta contra una manzana colocada en la cabeza de su hijo. La acierta sin herirlo, y el Gobernador, lleno de ira al ver el feliz éxito de su infernal proyecto, manda que encierren a

Tell en la prisión, por haber confesado el ballestero, que, antes de disparar la flecha contra la manzana, se había guardado otra en el pecho para lanzarla, en caso de una desgracia, contra el mismo Gobernador.

Pero en el acto cuarto Guillermo Tell se escapa del bote, que, en compañía de Gessler, lo llevaba a la fortaleza de Kussnacht, valiéndose para lograrlo de su reconocida habilidad en la navegación, a la cual se apela por su mismo juez, considerándola como el único medio probable de librarse de una horrorosa tempestad, que se desencadena al atravesar el lago. Desatan, pues, a Tell con este objeto, y él aprovecha la ocasión dirigiendo el bote hacia un peñasco, en el cual salta, llevándose sus armas, y dejando a sus verdugos a merced de las olas.

El Barón de Attinghausen muere también en este acto, de muerte natural, y Tell mata de un flechazo al Gobernador, al pasar por un estrecho sendero en las montañas, en la dirección de Kussnacht. Ulrico Rudenz, sobrino del Barón, y su heredero, entra también en la conjura, impulsado, no sólo por sus sentimientos patrióticos, sino también por el robo y desaparición de su amada Berta, víctima de otro atropello del Gobernador.

Finalmente, en el acto quinto estalla la sublevación, el pueblo se apodera de las fortalezas y se abandona a la alegría, con tanto más motivo, cuanto que se recibe la noticia de haber sido asesinado el Emperador, cuya venganza temían, por Juan de Suabia. Berta es libertada por Ulrico; y Tell vuelve a su casa, a donde llega el mismo Juan de Suabia fugitivo, disfrazado de fraile, descubriéndose a él, y obteniendo, aunque con trabajo, por la enormidad de su crimen, que guarde el secreto, y le muestre el camino, para librarse de sus perseguidores, y llegar hasta Roma para postrarse a los pies del Padre Santo. Los conciudadanos de Tell vienen también a saludarlo, y lo aclaman libertador de su patria.

PERSONAJES

HERMANN GESSLER, Gobernador imperial de Uri y Schwitz (Suiza, cantón)

WERNER, Barón de Attinghausen, señor de bandera.

ULRICO DE RUDENZ, su sobrino.

WERNER STAUFFACHER,

CONRADO HUNN,

ITEL REDING,

JUAN AUF DER MAUER,

Schwitz

JORG DE HOFE,

ULRICO SCHMIDT, y

JOST DE MEILER

GUALTERIO FÜRST,

GUILLERMO TELL,

ROSSELMANN, el cura,

PETERMANN, el sacristán,

KUONI, pastor,

WERNI, cazador, y

RUODI, pescador.

} Suizos, o de

} De Uri

ARNOLDO DE MELCHTHAL,	}	De Unter-
CONRADO BAUMGARTEN		
MAIER DE SARNEN,		
STRUTH DE WINKELRIED,		
walden.	}	
KLAUS DE FLUE,		
BURCARDO DE BUHEL,		
ARNOICO DE SEWA, y		
PFEIFFER, de Lucerna.		
KUNZ, de Gersau.		
JENNI, joven pescador.		
SEPPI, pastorcillo.		
GERTRUDIS, mujer de Stauffacher.		
EDUVIGIS; mujer de Tell, hija de FÜRST.		
BERTHA DE BRUNECK, heredera rica.		
ERMENGARDA	}	Labradoras.
MATHILDE		
ISABEL,		
ILDEGARDA.		
GUALTERIO, y	}	Hijos de Tell.
GUILLERMO		
FRIESHARDO, y	}	Soldados.
LEUTHOLDO.		
RUDOLFO DE HARRAS, escudero de Gessler.		
JUAN EL PARRICIDA, Duque de Suabia.		

STUSSI, guarda de campo.

El que toca la trompa de Uri.

Un Mensajero del Imperio.

Un Oficial, encargado de las quintas.

Un Maestro picapedrero, oficiales y peones.

Un pregonero.

Religiosos.

Jinetes de Gessler y Landenbery.

Hombres y mujeres de los cantones.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Montañas escarpadas del lago de los Cuatro Cantones, enfrente de Schwitz.

El lago forma una ensenada, tierra adentro, viéndose una choza, no lejos de la orilla. Un jovenzuelo, pescador, boga en su barca por el lago. Más allá de éste, aparecen verdes prados, aldeas y granjas de Schwitz, alumbrados por los claros rayos del sol. A la izquierda del espectador, los picos de las montañas, envueltos en nubes, y a la derecha, en el fondo, los montes de hielo. Antes de descorrerse el telón, se oye el ranz de las vacas, y el armonioso sonido de las esquilas de los ganados, que continúa largo tiempo durante la escena.

EL PESCADOR (Que canta en la barca; melodía del ranz de las vacas).- Risueño está el lago, e invita a bañarse. El niño dormía en su verde orilla; oyó grato son, dulce como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el Paraíso. Cuando despertó, lleno de placer celestial, las ondas besaron su pecho, y, desde lo profundo, le dijeron: «Tú eres mío, querido niño; te sorprendo dormido, y ya nunca me dejarás.»

EL PASTOR (Desde la montaña; variación sobre el ranz de las vacas).- ¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos, iluminados por el sol! El ganado os deja, porque pasó ya el verano. Caminemos por la sierra, y volveremos cuando el cuco nos llame, cuando los cantos resuenen, y la tierra se vista de flores y corran los arroyuelos en el deleitoso mayo. ¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos! El ganado os deja, porque pasó ya el verano.

EL CAZADOR (Que aparece enfrente, en lo alto de los peñascos; segunda variación).- Truenan en las alturas, y se estremece la tierra; pero al cazador no intimida el sendero, que da vértigos, y audaz se adelanta por las heladas llanuras, en donde no se ostenta la primavera ni reverdecen las ramas. Sus plantas huellan las nubes, y ya está lejos de las ciu-

dades de los hombres. El mundo se le presenta, cuando se rasgan las nubes, y allá abajo, entre las aguas, los campos de brillante verde (Cambia el paisaje; óyese un ruido sordo en las montañas, y las nubes se extienden. Ruodi, el pescador, sale de la choza; Werni, el cazador, baja de los peñascos; Kuoni, el pastor, se presenta trayendo acuestas un cántaro de leche, y Seppi, su criado, le sigue.)

RUODI.- Apresúrate, Jenni; arrastra la barca a la orilla. La negra tempestad se acerca; las nubes envuelven la cima del peñasco; el pico de Asithene se oculta bajo espeso velo, y viento glacial sopla de la caverna. La borrasca, estallará, según pienso, cuando menos lo esperemos.

KUONI.- Ya llueve, barquero. Mis ovejas brotan la hierba, con avidez, y los mastines escarban la tierra.

WERNI.- Los peces saltan, y la polla de agua se zambulle. La tempestad se viene encima.

KUONI (A su criado).- Cuida, Seppi, que no se extravío el ganado.

SEPPI.- Sólo por la esquila conozco yo a Lisel, la parda.

KUONI.- Entonces ninguna nos falta, porque esa es siempre la última.

RUODI.- ¡Bien suenan vuestras esquilas, pastor!

WERNI.- Y un ganado lucido... ¿Es vuestro, amigo?

KUONI.- No soy tan rico... Pertenece a mi señor, el Barón de Attinghausen, por cuya orden lo apaciento.

RUODI.- ¡Qué bien cae el collar a esta vaca!

KUONI.- Sabe ella también que sirve de guión, y, si se lo quitase, ni aun comer querría.

RUODI.- No discurrís con acierto... ¡Un animal irracional!.

WERNI.- Eso es hablar con ligereza. Los animales tienen su razón, y nosotros, los cazadores de gamuzas, lo sabemos. Ponen una de centinela, cuando pastan, la cual aguza el oído, y avisa silbando, si siente algún cazador.

RUODI (Al pastor).- ¿Os recogéis ya?

KUONI.- Los pastos se han agotado.

WERNI.- ¡Dios os guíe, vaquero!

KUONI.- Tal es mi deseo también, porque no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI.- Allí viene un hombre corriendo.

WERNI.- Lo conozco; es Baumgarten de Alzelle (Llega Conrado Baumgarten, sin aliento.)

BAUMGARTEN.- ¡Vuestra barca por Dios, barquero!

RUODI.- ¡Veamos, veamos! ¿Qué ocurre?

BAUMGARTEN.- ¡Soltadla! ¡Me libraréis de la muerte! ¡Pasadme!

KUONI.- Paisano, ¿qué tenéis?

WERNI.- ¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN (Al pescador).- ¡Pronto, pronto! ¡Ya llegan! Los jinetes del Gobernador vienen tras de mí. ¡Muerdo, si me atrapan!

RUODI.- ¿Y cuál es el motivo?

BAUMGARTEN.- Salvadme primero, y luego hablaremos.

WERNI.- Estáis manchado de sangre. ¿Qué os ha sucedido?

BAUMGARTEN.- El bailío del Emperador, que reside en Rossberg...

KUONI.- ¡Wolfenschiessen! ¿Y ése es el que os persigue?

BAUMGARTEN.- Ya a nadie ofenderá. Lo he matado.

TODOS (Retrocediendo).- ¡Dios os ampare! ¿Qué habéis hecho?

BAUMGARTEN.- Lo que, en mi lugar, cualquiera hombre libre. He usado de un derecho legítimo contra quien atentó a mi honor y al de mi esposa.

KUONI.- ¿El bailío? ¿Os ha deshonrado acaso?

BAUMGARTEN.- Dios y mi buena hacha se han opuesto a que logre la realización de sus deseos criminales.

WERNI.- ¿Le habéis partido la cabeza con vuestra hacha?

KUONI.- ¡Oh! Contádnoslo todo; tiempo tenéis antes que la barca esté pronta.

BAUMGARTEN.- Cortaba yo leña en el monte, cuando llegó mi esposa corriendo, llena de mortal angustia: «El bailío, dice, está en nuestra casa; ha dispuesto que se le prepare un baño; y al revelar con obras sus propósitos deshonestos, me ha obligado a escaparme y buscarte.» Voy allá en seguida, como me encontraba, y lo he santiguado en el baño con mi hacha.

WERNI.- ¡Bien hecho! Nadie podrá censuraros.

KUONI.- ¡Miserable! Ha obtenido su justo premio. Debíasele tiempo ha el pueblo de Unterwalden.

BAUMGARTEN.- Se ha hecho público. Me persiguen... Mientras hablamos aquí... ¡Dios mío!... el tiempo pasa.. (óyese un trueno.)

KUONI.- ¡Pronto, barquero!... ¡salva a este hombre honrado!

RUODI.- No os vayáis. Una tempestad horrorosa se prepara. Esperad.

BAUMGARTEN.- ¡Santo Dios! No puedo esperar. Cualquiera dilación es funesta.

KUONI (Al pescador).- Es preciso ayudar al prójimo. Todos estamos expuestos a igual riesgo (óyense de nuevo los truenos.)

RUODI.- El huracán se desata. Mirad cómo se levantan las olas. No me es posible luchar contra la borrasca, y contra las aguas alborotadas del lago.

BAUMGARTEN (Abrazando sus rodillas).- ¡Que, Dios os ayude! si os apiadáis de mí!...

WERNI.- Es cuestión de vida o muerte. Sé compasivo, barquero.

KUONI.- Es un padre de familia, con mujer e hijos (Truenos repetidos.)

RUODI.- ¿Cómo? Yo tengo también una vida que perder, y en mi casa mujer e hijos, como él... ¿No veis cómo se desencadenan la tempestad, los bramidos del viento, y el oleaje, que se levanta del fondo?... De buen grado salvaría a este buen hombre; pero es imposible de todo punto, como observáis.

BAUMGARTEN (Todavía de rodillas).- ¡Así, he de caer en manos de mi enemigo, y teniendo a la vista la orilla salvadora! Allí está; mis ojos la ven; mi voz llega hasta allá; cerca la barca que puede llevarme, y,

sin embargo, ¿he de quedarme aquí sin socorro ni esperanza?

KUONI.- ¡Mirad quién viene ahí!

WERNI.- Es Tell de Burglen (Tell, con su ballesta.)

TELL.- ¿Quién es este hombre, que pide socorro?

KUONI.- Uno de Allzellen, que, por defender su honra, ha matado a Wolfenschiessen, el bailío real, que reside en Rossberg... Los jinetes del Gobernador lo persiguen. Ruega al barquero que lo pase, y el barquero no quiere, por miedo a la borrasca.

RUODI.- Pero ese es Tell; que maneja también el remo, y dirá si el pasaje es posible.

TELL.- Cuando es preciso, oh barquero, hay que aventurarse a todo (Mayores truenos y oteadas.)

RUODI.- Esto sería lanzarme yo mismo en los infiernos. Ningún hombre sensato lo haría.

TELL.- El Valiente no piensa en sí, sino en último extremo. Se confía en Dios, y se salva al oprimido.

RUODI.- Desde puerto seguro se dan buenos consejos. ¡Aquí está la barca, y ahí el lago! ¡Probad!

TELL.- El lago sentirá acaso lástima, el Gobernador no. ¡Tienta el vado, barquero!

EL PASTOR Y EL CAZADOR.- ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!
¡Sálvalo!

RUODI.- Aunque fuese mi hermano y mi hijo más querido, no lo haría. Hoy es San Simón y San Judas, y el lago se enfurece, y exige su víctima.

TELL.- Tanto hablar es inútil ahora... El tiempo urge, y menester es dar socorro a ese hombre. Di, barquero, ¿quieres pasarlo?

RUODI.- ¡No, no, yo no!

TELL.- En nombre, pues, de Dios. ¡Déjame la barca! Ensayaremos con mis débiles fuerzas.

KUONI.- ¡Ah, valiente Tell!

WERNI.- ¡Rasgo digno de un cazador!

BAUMGARTEN.- Sed mi buen ángel y mi libertador.

TELL.- De buen grado os librare del Gobernador, y otro os protegerá de los embates de la tempestad. Vale más, no obstante, que os fiéis de Dios, que de los hombres (Al pastor.) Buen amigo, consolad a mi mujer, si algo me ocurre. Hago lo que debo (Salta en la barca.)

KUONI (Al pescador).- Sois un piloto maestro. ¿No os habéis atrevido a hacer lo que Tell?

RUODI.- Hombres, que valen más que yo, no osarían imitarlo. No hay otro como él en estas montañas.

WERNI (Que se sube en un peñasco).- ¡Ya boga!
¡Dios te guíe, valiente barquero! ¡Mirad cómo se
balancea la barca sobre las olas!

KUONI.- (Desde la orilla).- ¡El oleaje se la traga!...
¡Ya no la veo! ¡Poco a poco, que de nuevo aparece!
¡Con qué vigor lucha con la tempestad?

SEPPI.- Los jinetes del Gobernador llegan corrien-
do.

KUONI.- ¡Ellos son, Dios mío! Tiempo era de so-
correrlo! (Llega un escuadrón de jinetes de Landen-
berg.)

PRIMER JINETE.- ¡Entregad al asesino a quien
ocultáis!

SEGUNDO JINETE.- Acaba de llegar, y es inútil
que lo encubráis.

KUONI y RUODI.- ¿De quién habláis, caballero?

PRIMER JINETE (Observando la barca).- ¡Ah!
¿qué veo? ¡Diablo!

WERNI (Desde arriba).- ¿Buscáis al que va en la
barca?... ¡Galopad, pues! Si ahora mismo os ponéis
en camino, lo atraparéis acaso.

SEGUNDO JINETE.- ¡Maldición! Se nos ha esca-
pado.

PRIMER JINETE (Al pastor y al pescador).- Vo-
sotros le habéis socorrido, y lo pagaréis... ¡Cebémo-

nos en el ganado! ¡Arranquemos las chozas, quemémoslas, y matémoslos!

SEPPI (Huyendo).- ¡Oh corderos míos!

KUONI (Siguiéndole).- ¡Ay de mí! ¡Mi pobre ganado!

WERNI.- ¡Bandidos!

KUONI (Retorciéndose los brazos).- ¡Justo cielo! ¿Cuándo aparecerá un salvador de este país? (Vase también.)

ESCENA II

En Stein, en Schwitz, se ve un tilo ante la casa de Stauffacher, en la carretera, cerca del puente.

WERNER, STAUFFACHER y PFEIFFER DE
LUCERNA,
llegan hablando.

PFEIFFER.- Sí, sí, Sr. Stauffacher, como os lo digo; no juréis en favor de Austria, si podéis excusaros. Persistid con valor en vuestra fidelidad al Imperio, y Dios protegerá vuestra antigua libertad (Estréchale cordialmente la mano, y hace ademán de despedirse.)

STAUFFACHER.- Quedaos aquí, hasta que venga mi esposa. Sois mi huésped en Schwitz, y yo el vuestro en Lucerna.

PFEIFFER.- ¡Mil gracias! Hoy mismo he de ir a Gersau... Por mucho que hayáis de sufrir de la avaricia y de la insolencia de vuestros gobernadores, ¡tened paciencia! Todo esto puede cambiar en un instante, y subir al trono otro Emperador. Pero si llegáis a pertenecer a Austria, es para siempre (Vase. Stauffacher se sienta pensativo en un banco, bajo el tilo. Así lo encuentra Gertrudis, su mujer, que se pone a su lado, y lo contempla callada largo rato.)

GERTRUDIS.- ¿Tan serio, esposo mío? No te conozco. Muchos días ha que noto en silencio la profunda melancolía que te consume. Si te aflige grave pena, confíamela. Soy tu fiel esposa, y pido mi participación en tu amargura. (Stauffacher le da la mano, y permanece mudo.) ¿Qué te entristece? Dímelo. Bendito ha sido tu trabajo; tu fortuna florece; tus graneros están llenos; tus caballos gordos y relucientes, y tus bueyes numerosos han vuelto con felicidad de las montañas, a pasar el invierno en establos más abrigados... Tu casa, rica como la de un noble, te alberga, y la adornan bellos y nuevos arte-sonados, simétrica y artísticamente dispuestos. Sus

muchas ventanas le dan luz sobrada, y escudos no escasos de varios colores, y sus divisas discretas, que lee el viajero, deteniéndose admirado, aumentan su riqueza y ornato.

STAUFFACHER.- Cómoda y bella es, sin duda, esta casa; pero ¡ay de mí! tiembla el suelo que la sostiene.

GERTRUDIS.- Dí, Werner mío, ¿qué quieres decir con esas palabras?

STAUFFACHER.- Sentado estaba yo delante de este tilo poco hace, recreándome pensativo y alegre en mi obra terminada, cuando el Gobernador llegó aquí de Küssnacht, su castillo, acompañado de sus soldados de a caballo. Paróse sorprendido ante esta casa. Yo me levanté en seguida, y, como debía, salí humilde a su encuentro, siendo él quien representa en este país al Emperador. «¿De quién es esta casa?» preguntó con perfidia, porque lo sabía perfectamente. Lo reflexioné un instante, y le repliqué: «Esta casa, Sr. Gobernador, es de mi señor el Emperador, de quien la tengo, en feudo, y además vuestra.» Entonces me contestó: «Yo soy el Gobernador de esta región en nombre del Emperador, y no consiento que los labradores construyan casas a su albedrío, y vivan libres, como si fuesen los dueños de la tierra.

Ya veremos cómo se remedia esto.» Después de hablar así, se alejó de aquí ceñudo, dejándome afligido, y revolviendo en mi mente la amenaza de ese malvado.

GERTRUDIS.- Mi querido esposo y dueño: ¿te dignas escuchar un consejo leal de tu esposa? Me envanezco, de ser la hija del noble Iberg, hombre de mucha experiencia. Sentábame yo con mis hermanas, hilando lana, en las largas noches de invierno, cuando los principales del pueblo se reunían en casa de mi padre para leer las leyes de los antiguos emperadores, y reflexionar maduramente en los medios de labrar la dicha de la patria. Escuchaba yo atenta sus palabras sensatas, prudentes y patrióticas, y las guardaba con cuidado en mi memoria. Óyeme, pues, y atiéndeme. Mucho tiempo ha que sé lo que te atormenta... El gobernador es tu enemigo, y desea perjudicarte, porque tú eres un obstáculo a su ansia de someter a los suizos a la nueva dinastía, y vosotros continuáis fieles y leales al Imperio, a ejemplo de vuestros dignos antepasados... ¿No es así, Werner? Dime si miento.

STAUFFACHER.- Así es. Tal es el Motivo del odio de Gessler contra mí.

GERTRUDIS.- Te envidia, porque tú vives feliz, porque eres un hombre libre en tu propio patrimonio... Él nada tiene. En feudo posees tú esta casa del mismo Emperador y del Imperio, y puedes probarlo, como el mismo príncipe del Imperio puede probar la posesión de sus territorios. Tú no conoces otro señor superior a ti mas que el Soberano de toda la cristiandad... Él sólo es el segundón de su familia, y su único bien su capa de caballero, y he aquí la razón de mirar la dicha del hombre honrado con malos ojos y corazón ponzoñoso. Largo tiempo hace que ha jurado tu pérdida... Te has librado hasta aquí... ¿Te propones esperar hasta que realice en daño tuyo su alevoso intento? El hombre previsor se precave del peligro.

STAUFFACHER.- ¿Y qué hacer?

GERTRUDIS (Acercándose a él).- Oye mi consejo. Ya sabes que todos los buenos de Schwitz se quejan de la crueldad y de la codicia de este Gobernador. No dudes, pues, que del lado allá, en Unterwalden y en Uri, están hartos igualmente de la opresión de tan pesado yugo... Como Gessler aquí, tan insolentemente se porta allí Landenberg... Ninguna barca llega de allá, que no nos anuncie alguna injuria, alguna violencia del Gobernador. Convendría, por lo

tanto que algunos de vosotros, de los que piensan con decoro, aconsejándose, escogitasen los medios de librarse de esta tiranía. Espero que Dios no os abandonará, y que, al contrario, se mostrará propicio a vuestra justa demanda... ¿No tienes ningún huésped amigo en Uri, a quien puedas manifestar tus dignos sentimientos?

STAUFFACHER.- Muchos valientes conozco allí, y grandes y respetables vasallos, discretos, y que me inspiran completa confianza (Levántase.) ¡Qué tropel de ideas peligrosas, oh mujer, despiertas tú en mi tranquilo pecho! Muéstrasme a la luz lo más recóndito de mi alma, y aquello mismo que no osaba imaginar, lo expresas tú con tu lengua ligera... ¿Has reflexionado bien en lo que me aconsejas? Conciendas terribles, y el fragor de las armas, evocas tú en este sosegado valle... ¿Nos aventuraremos nosotros, pobre pueblo de pastores, a luchar con el señor del mundo? aguardan sólo un pretexto para lanzar contra esta mísera región las salvajes hordas de sus soldados, y abusar de los derechos de la victoria, y, aparentando castigarnos con justicia, arrebatarnos nuestras antiguas franquicias.

GERTRUDIS.- Vosotros sois también hombres; sabéis manejar el hacha, y Dios ayuda a los valientes.

STAUFFACHER.- ¡Oh mujer! Tremendo azote es la guerra. A sus manos fenecen ganados y pastores.

GERTRUDIS.- Se sufren con paciencia las plagas que Dios envía; pero ningún noble pecho tolera la injusticia...

STAUFFACHER.- Regocíjate esta casa, que hemos edificado recientemente. La guerra cruel la abrasará.

GERTRUDIS.- Si yo supiera que mi corazón estaba encadenado a ese bien transitorio, lo arrojarla al fuego con mi propia mano.

STAUFFACHER.- ¡Tú crees en la humanidad! La guerra no perdonaría ni al tierno niño en la cuna.

GERTRUDIS.- ¡La inocencia tiene un amigo en el cielo! ¡Mira delante, Werner, no hacia atrás!

STAUFFACHER.- Nosotros los hombres podemos morir peleando con valor; pero ¿cuál será vuestra suerte?

GERTRUDIS.- Queda un medio de salvación para los débiles: un salto desde ese puente me devuelve mi libertad.

STAUFFACHER (Echándose en sus brazos).- Quien oprime contra su pecho otro tan noble, pue-

de combatir con alegría por sus hogares, y no teme a los ejércitos de ningún monarca... Voy a Uri sin retardo; allí vive un huésped amigo, el Sr. Gualterio Fürst, que piensa sobre estos asuntos como yo. Allí está también el noble Attinghausen, señor de bandera... que, si bien de esclarecida estirpe, amo al pueblo y reverencia las antiguas costumbres. Con los dos me aconsejaré acerca de los medios más eficaces para defendernos valerosamente de los enemigos de nuestro país... Adiós... y, mientras estoy ausente, cuida con prudencia de nuestra casa... Sé pródiga con el peregrino, que se encamina a visitar el templo del Señor, y con el piadoso monje, que pide limosna para su convento. ¡Que se vayan satisfechos! A nadie se cierra la casa de Stauffacher. Está en lo más alto de la carretera, visible, y su techo hospitalario abierto a cuantos caminantes pasen por ella (Mientras se aleja por el fondo, preséntanse Guillermo Tell y Baumgarten.)

TELL (A Baumgarten).- Ya no me necesitáis para nada. Entrad en esa casa, en donde vive Stauffacher, padre de los oprimidos... Pero vedlo ahí... ¡Seguidme; venid! (Acércanse a él, y cambia la decoración.)

ESCENA III

La plaza pública de Altdorf.

En una altura, en el fondo, se edifica una fortaleza, ya tan adelantada, que se observa la forma de toda ella. La parte posterior está terminada, y se trabaja en la anterior, notándose los andamios, en donde suben y bajan los jornaleros. En lo más elevado hay un trabajador en pizarra. Reina grande actividad y movimiento.

Un OFICIAL, inspector de los servicios, un
MAESTRO
PICAPEDRERO, OFICIALES y PEONES.

EL OFICIAL (Excitando a los trabajadores con un palo).- ¡Ea, a trabajar, y dejaros ya de huelga! Traed piedras, cal y mortero. Que cuando venga el Sr. Gobernador vea la obra adelantada... Os arrastráis como los caracoles. (A dos jornaleros, que vienen cargados.) ¿Es eso una carga? ¡Pronto! ¡El doble! ¿Y dirán estos flojos que no roban?

PRIMER JORNALERO.- Triste es, sin embargo, que nosotros mismos hayamos de traer las piedras para labrar nuestra propia cárcel.

EL OFICIAL.- ¿Qué murmura ése? Esta gente es perversa y no saben otra cosa que ordeñar vacas, y rodar por lo montañas.

UN ANCIANO (Sentándose).- ¡Ya no puedo más!

EL OFICIAL (Pegándole).- ¡Arriba, viejo, a trabajar!

PRIMER JORNALERO.- ¿No tenéis, pues, entrañas, forzando a tan penosa faena a un anciano, que apenas se puede arrastrar?

EL MAESTRO PICAPEDRERO Y LOS OFICIALES.- ¡Eso clama el cielo!

EL OFICIAL.- Cada cual a lo suyo: yo hago lo que me corresponde.

SEGUNDO JORNALERO.- ¡Oficial! ¿Cómo se llamará la fortaleza que estamos construyendo?

EL OFICIAL.- ¡La fortaleza de Uri! ¡Este yugo es para vosotros!

LOS JORNALEROS.- ¡La fortaleza de Uri!

EL OFICIAL.- Vamos, ¿qué motivo es ese de risa?

SEGUNDO JORNALERO.- ¿Con ese pequeño edificio os proponéis sujetar a Uri?

PRIMER JORNALERO.- ¿Pero cuántas ratoneras como ésta será preciso amontonar, hasta que formen una montaña como la más pequeña de Uri? (El oficial desaparece por el fondo)

EL MAESTRO.- Tiraré al lago más profundo el martillo, que me ha servido para construir este maldito edificio. (Preséntanse Tell y Baumgarten.)

STAUFFACHER.- ¡Ojalá que no sirviera para ser testigo de estas cosas!

TELL.- ¡Aquí no estamos bien! ¡Vámonos más lejos!

STAUFFACHER.- ¿Estoy ya en Uri, en la patria de la libertad?

EL MAESTRO.- ¡Oh, señor! ¡Si antes hubieseis visto el calabozo que hay bajo la torre! El que lo habite, no oirá cantar los gallos.

STAUFFACHER.- ¡Oh Dios!

EL MAESTRO.- ¡Mirad estos bastiones, estos contrafuertes, como si hubiesen de ser eternos!

TELL.- Lo que se hace con una mano, se puede destruir con la otra. (Mirando hacia la montaña.)

Dios nos ha concedido la fortaleza de la libertad. (Óyese un tambor; llegan gentes, que traen un sombrero en lo alto de un palo; síguelos un pregonero, y mujeres y muchachos alborotados)

PRIMER JORNALERO.- ¿Qué significa ese tambor? ¡Atención!

EL MAESTRO.- ¿Para qué esta procesión de carnaval, y este sombrero?

EL PREGONERO.- ¡Escuchad, en nombre del Emperador!

LOS OFICIALES -¡Callad! ¡Oíd!

EL PREGONERO.- ¿Veis este sombrero, habitantes de Uri? Se colocará en lo alto de un fuste, en medio de Altdorf, en el punto más culminante, porque tal es la voluntad y el propósito del Gobernador. A este sombrero se honrará como a su mismo dueño, doblando ante él la rodilla, y descubriéndose la cabeza... Así conocerá el Rey a los obedientes. Quien no cumpla esta orden, será castigado en su persona y bienes. (El pueblo se ríe; el tambor suena, y se van los del sombrero.)

PRIMER JORNALERO.- ¿Qué nueva extravagancia ha ideado el Gobernador? ¿Honrar nosotros un sombrero? Decid, ¿se ha oído nunca nada igual?

EL MAESTRO.- ¿Arrodillarnos nosotros ante un sombrero? ¿Así se burla de hombres formales?

PRIMER JORNALERO.- ¡Si fuese siquiera la corona Imperial! ¡Pero el sombrero austriaco, el que yo vi sobre el trono, Cuando fuimos a jurar!

EL MAESTRO.- ¿El sombrero austriaco? ¡Cuidado! ¡Nos tienden un lazo para vendernos al Austria! Los OFICIALES.- Ningún hombre de honor se someterá a esta vergüenza.

EL MAESTRO.- ¡Venid! Vamos a aconsejarnos con los demás. (Vanse al fondo)

TELL (A Stauffacher).- ¡Ya lo veis! ¡Adiós, Sr. Werner!

STAUFFACHER.- ¿A dónde queréis ir? ¡Oh! ¿A qué tanta precipitación?

TELL.- Mis hijos tienen necesidad de su padre. ¡Adiós!

STAUFFACHER.- Mi corazón rebosa, y desearía hablaros.

TELL.- Las palabras no lo aliviarán.

STAUFFACHER.- Pero las palabras podrían llevarnos a los hechos.

TELL.- Paciencia y silencio es ahora lo único posible.

STAUFFACHER.- ¿Y se ha de sufrir lo que es intolerable?

TELL.- Los tiranos violentos son los que menos tiempo reinan... Cuando la tempestad se eleva de los abismos, se apagan los fuegos, las barcas se refugian apresuradamente en el puerto, y el poderoso espíri-

tu, que la anima, pasa por la tierra sin dejar huella. Que cada uno viva tranquilo en su morada. La paz se concede sin trabajo al pacífico.

STAUFFACHER.- ¿Pensais así?

TELL.- La víbora no pica sin provocación. Se cansarán ellos mismos, si observan que el país permanece sosegado.

STAUFFACHER.- Mucho podríamos lograr si estuviésemos unidos.

TELL.- El que está solo, se salva más fácilmente en caso de naufragio.

STAUFFACHER.- ¿Con tanta frialdad renunciáis al bien común?

TELL.- Nadie cuenta con seguridad mas que consigo mismo.

STAUFFACHER.- Hasta los débiles, si se unen, son fuertes.

TELL.- El fuerte lo es más aislado.

STAUFFACHER.- ¿La patria, pues, no podría contar con vuestra ayuda, si, llena de desesperación, apelase a la fuerza?

TELL (Dándole la mano).- Tell va a buscar el cordero caído en un precipicio, ¿cómo abandonaría a sus amigos? Sin embargo, sea cual fuere vuestra conducta, no llamadme a vuestros consejos, porque

yo no puedo discutir ni reflexionar largamente. Si me necesitáis para un acto de resolución, llamadme, y no faltaré. (Sepáranse en distintas direcciones. Levantase un tumulto repentino alrededor del andamio.)

EL MAESTRO (Entrando apresuradamente).-
¿Qué ocurre?

PRIMER OFICIAL (Que se presenta gritando).- El pizarrista se ha caído del techo (Bertha se presenta corriendo con su séquito.)

BERTHA.- ¿Ha muerto? ¡Venid, socorredlo, salvadlo!... ¡Si es posible ayudarle, apresuraos, aquí hay oro! (Tira sus joyas al pueblo.)

EL MAESTRO.- ¿Vuestro oro?... ¿Creéis que con el oro todo se consigue? Cuando arrebatáis un padre a sus hijos, un marido a su mujer; cuando el mundo está desolado y lleno de ruinas, ¿imagináis remediarlo con oro?... ¡Andad con Dios! Contentos vivíamos, antes que vinieseis. Con vosotros ha venido también la desesperación.

BERTHA (Al oficial del Gobernador, que vuelve).-
¿Vive? (El oficial hace una seña negativa) ¡Oh fortaleza desdichada! ¡Constrúyente con maldiciones, y malditos serán los que te habiten! (Vase)

ESCENA IV

Casa de Gualterio Fürst.

GUALTERIO FÜRST y ARNALDO DE
MELCHTHAL,
entran a un tiempo por distintas partes.

MELCHTHAL.- Señor Gualterio Fürst...

GUALTERIO.- ¡Si nos sorprendieran! Quedaos en donde estabais. Rodéannos espías.

MELCHTHAL.- ¿No me traéis nuevas de Unterwalden? ¿Nada de mi padre? No puedo sufrir más tiempo estar aquí ocioso como un preso. ¿Qué he hecho yo, para esconderme como un asesino? He roto un dedo a un criado insolente, que, por orden del Gobernador, intentaba arrebatarme en mis barbas mi mejor yunta de bueyes.

GUALTERIO.- Fuisteis demasiado vivo. Ese criado era del Gobernador, enviado por vuestro superior; habéis obrado mal, y, por mucho que os indignara, debierais haber sido prudente.

MELCHTHAL.- ¿Debía yo tolerar las palabras injuriosas de ese desvergonzado? «Si el labrador», dijo, «quiere comer pan, él mismo ha de uncirse al

arado.» Me desgarró el alma, cuando separó a los bueyes, mis mejores bestias, del yugo. Mugían tristemente, como si sintieran la injusticia, y amenazaban con sus cuernos. La ira, muy puesta en razón, se apoderó de mí; y, no siendo ya dueño de mi albedrío, le maltraté.

GUALTERIO.- ¡Oh! Si nosotros apenas podemos refrenarnos, ¿cómo se ha de contener la fogosa juventud?

MELCHTHAL.- Sólo mi padre me inspira lástima... Necesita que se le cuide, y su hijo está lejos. El Gobernador lo aborrece, porque siempre ha defendido honradamente la libertad y la justicia. Oprimirán, pues, al pobre anciano, y nadie lo protegerá contra las afrentas... ¡Suceda lo que quiera, voy a buscarlo!

GUALTERIO.- Esperad un poco, y tened paciencia, hasta que tengamos noticias de Unterwald... Oigo llamar; idos de aquí... Quizás algún satélite del Gobernador... Entrad... No estáis seguro en Uri de las garras de Landenberg, porque los tiranos se ayudan...

MELCHTHAL.- Nos enseñan lo que debiéramos nosotros hacer.

GUALTERIO.- ¡Andad! Os llamaré de nuevo, si nada tenéis que temer (Melchthal se va) ¡Desdicha-

do! No me atrevo a decirte la desgracia que presiento... ¿Quién llama? Siempre me pongo en lo peor, cuando suena la puerta. La traición y las sospechas nos rodean por todas partes. Los agentes de la tiranía penetran hasta el interior de las casas, y pronto será necesario poner cerrojos y cerraduras en las puertas. (Abre, y retrocede admirado al entrar Werner Stauffacher.) ¿Qué veo? ¿El Sr. Werner? ¡Huésped querido y estimado, pardiez!... Ninguno mejor que él ha atravesado estos umbrales. ¡Sed bien venido, como el que más, bajo mi techo! ¿Qué os trae? ¿Qué buscáis aquí, en Uri?

STAUFFACHER (Tendiéndole la mano).- Los tiempos pasados y la antigua Suiza.

GUALTERIO.- Vienen en vuestra compañía... Mirad, ¡cuánto me alegro, cuánto se entusiasma mi corazón con vuestra sola presencia!... Sentaos, Sr. Werner... ¿Cómo abandonáis a la señora Gertrudis, vuestra amable esposa, la hija más mimada del prudente Iberg? Todos los viajeros, que, desde Alemania, se encaminan a Italia por Meinrad Tell, alaban vuestra casa hospitalaria... Decidme, sin embargo; si pasasteis ha poco por Fluelen, ¿nada insólito observasteis antes de llegar a mi casa?

STAUFFACHER (Sentándose).- He visto bien un nuevo edificio que me ha llamado la atención y que no me satisface.

GUALTERIO.- ¡Oh amigo! ¡De una sola ojeada habéis visto cuanto se podía ver!

STAUFFACHER.- Jamás se ha conocido otra cosa como esta en Uri... Desde tiempo inmemorial no ha habido aquí ciudadelas semejantes, y sólo el sepulcro era la morada eterna.

GUALTERIO.- ¡Es la tumba de la libertad! Le dais el nombre que merece.

STAUFFACHER.- Sr. Gualterio Fürst, no hay necesidad de ocultaros que no me trae a estos parajes una curiosidad inútil. Graves cuidados me afligen... He dejado en mi casa la opresión, y la encuentro también aquí. Porque es intolerable de todo punto lo que sufrimos, y no se vislumbra su término. Libre era Suiza siglos hace, y estamos acostumbrados a que nos traten con bondad. Desde que hay pastores en estas montañas, no se ha visto nada parecido...

GUALTERIO.- Sí, esa conducta no tiene ejemplo. Hasta nuestro anciano Sr. de Attinghausen, suizo de otros tiempos, cree también que esto es insufrible.

STAUFFACHER.- Allá, en Unterwald, sucede lo mismo, y se ha derramado sangre... Wolfenchiessen,

el bailío del Emperador, que vivía en Rossberg, codiciaba el fruta prohibida. Intentó abusar de la mujer de Baumgarten, que reside en Alzelle, y el marido lo mató de un hachazo.

GUALTERIO.- ¡Oh! ¡Justos son los decretos de Dios! ¿Baumgarten, decís? Un hombre honrado. ¿Ha conseguido escaparse y esconderse?

STAUFFACHER.- Vuestro yerno lo pasó allende el lago. Yo lo oculté en mi casa de Steinen... Pero este mismo me ha referido otro caso más atroz ocurrido en Sarnen, que hará destilar sangre a todo corazón honrado.

GUALTERIO (con atención).- ¿Cuál es? Decidlo.

STAUFFACHER.- En Melchthal, junto a Kerns, hay un buen sujeto, llamado Enrique de Halden, y su voz es influyente entre sus convecinos.

GUALTERIO.- ¿Quién no lo conoce? ¿Qué le ha sucedido? ¡Acabad!

STAUFFACHER.- Landenberger, en castigo de una falta leve de su hijo, mandó que le arrebatasen dos bueyes suyos, la mejor yunta, cuando estaban uncidos al arado. Y el mancebo hirió al agente, y huyó.

GUALTERIO (con la mayor ansiedad).- ¿Pero el padre...? Decid, ¿qué le sucedió?

STAUFFACHER.- Landenberger ordenó al padre que le entregase el hijo; y aunque le ha jurado el anciano, como es verdad, que ignora en dónde se halla el fugitivo, el Gobernador ha mandado llamar al verdugo...

GUALTERIO (Levantándose y queriendo llevarselo aparte.) ¡Oh! ¡Silencio! No más.

STAUFFACHER (Alzando la voz).- «Tu hijo se me ha escapado- dijo- pero tú estás en mi poder... Tíradlo en tierra, y que le introduzcan un punzón de hierro en los ojos...»

GUALTERIO.- ¡Dios misericordioso!

MELCHTHAL (Saliendo precipitadamente).- ¿En los ojos, decís?

STAUFFACHER (Admirado, a Gualterio).- ¿Quién es este joven?

MELCHTHAL (Tocándole trémulo con las manos) ¿En los ojos? ¡Hablad!

GUALTERIO.- ¡Desventurado!

STAUFFACHER.- ¿Quién es? (Gualterio le hace una señal) ¿Es el hijo? ¡Justo Dios!

MELCHTHAL.- ¡Y yo estaba lejos!... ¿En los dos ojos?

GUALTERIO.- ¡Conteneos! ¡Mostraos hombre!

MELCHTHAL.- ¡Por ni causa, por mi culpa!... ¿Ciego, pues?... ¿Ciego, en verdad, ciego por completo?

STAUFFACHER.- Yo lo digo. Ya no ve; ya no verá más la luz del sol.

GUALTERIO.- ¡Compadeceos de su aflicción!

MELCHTHAL.- ¡Jamás! ¡Nunca jamás! (Pone la mano delante de los ojos, y habla algunos instantes; va luego del uno al otro, y se expresa con acento ahogado, interrumpido por los sollozos.) ¡Oh! ¡Don del cielo es la luz de los ojos!... Todos los seres, todas las criaturas felices, aman la luz... Hasta las plantas la buscan gozosas, y él, sintiéndolo y conociéndolo, ¿vivirá en las tinieblas, en la noche eterna?... No se recreará con la verdura de los prados, con el esmalte de las flores, ni podrá ver sus colores rojos... Poco importa morir... pero vivir, y no ver, es una desdicha... ¿Por qué me miráis con tanta lástima? Yo tengo dos ojos sanos, y no puedo dar ninguno a mi padre ciego, ni una chispa siquiera del océano de luz, en el cual se sumergen mis pupilas deslumbradas.

STAUFFACHER.- ¡Ay de mí! Debo aumentar vuestra pena, en vez de aliviarla... Su aflicción es mayor aún, porque el Gobernador se lo ha robado

todo. Sólo le deja un bastón, para que, desnudo y ciego, pida limosna de puerta en puerta.

MELCHTHAL.- ¿Nada más que un bastón a un anciano ciego? Privado de todo, hasta de la luz del sol, bien común a los más pobres... ¡No me habléis ya de quedarme aquí, ni de ocultarme! ¡Miserable y cobarde yo, preocupado en salvarme, y no a ti!... dejé en prenda, en las manos de ese malvado, tu cabeza venerada. ¡Adiós, pues, vergonzosa previsión!... Ya no quiero pensar sino en una venganza sangrienta. Allá iré... nadie podrá detenerme... a pedir al Gobernador la vista, que ha arrebatado a mi padre... lo buscaré entre todos sus satélites... Nada me interesa ya la vida, si logro extinguir en su sangre mi intenso y eterno dolor. (Hace ademán de irse.)

GUALTERIO.- No os vayáis. ¿Qué vais a conseguir contra él? Reside en Sarnen, en su elevado castillo, y se ríe de la cólera impotente desde su fortaleza inexpugnable.

MELCHTHAL.- Aunque habite allá arriba, en el palacio de hielo de Schreckhorns, o más aún, en donde el Jungfrau se oculta entro nubes eternas... yo me abriré camino hasta él; y, con veinte jóvenes de mis ideas, derribaré su fortaleza. Y si nadie me sigue, y si todos vosotros, temblando por vuestras

chozas y ganados, os sometéis al yugo de la tiranía... convocaré a los pastores en la montaña, y allí, bajo la libre bóveda del ciclo, en donde están despiertos los sentidos y sano el corazón, les contaré esa horrible crueldad.

STAUFFACHER (A Gualterio).- El mal llega a su colmo... ¿Hemos de esperar hasta el extremo?...

MELCHTHAL.- ¿Qué mayor extremo hemos de esperar, cuando no están ya seguras las pupilas en los ojos?... ¿No tenemos armas? ¿Para qué aprendemos a tirar la ballesta y a esgrimir la pesada hacha? Todos los seres encuentran en su desesperación medios de defensa. El ciervo, ya sin aliento, enseña a la trailla sus cuernos temibles; la gamuza arrastra al cazador al precipicio, y hasta el buey, manso compañero del hombre, que unce al yugo su cuello de inaudita fuerza, salta si se le irrita, mueve su poderosa cornamenta, y lanza a las nubes a su enemigo.

GUALTERIO.- Si los tres cantones pensaran como nosotros tres, quizás pudiéramos tentar algún esfuerzo.

STAUFFACHER.- Si Uri llama, si Unterwald ayuda, Schwitz será consecuente con sus antiguos lazos.

MELCHTHAL.- Muchos amigos cuento en Unterwald, todos aventurarán gozosos su cuerpo y su vida, si otros han de ampararlos y ayudarlos... ¡Oh patricios venerandos de esta región! Solo soy y joven, entre ellos, tan expertos... mi voz ha de callar, por modestia en este consejo. Pero porque soy joven, y tengo poca experiencia, no menospreciéis mi opinión y mis discursos. No me impulsa el ardor de mi sangre juvenil, sino el horrible poder de la más atroz desdicha, que inspiraría compasión a los más duros peñascos. Vosotros mismos sois padres, cabezas de familia, y deseáis tener hijos virtuosos, que honren vuestros blancos y rizados cabellos, y que guarden con esmero las niñas de vuestros ojos. ¡Oh! ¡Porque vosotros mismos nada hayáis sufrido en vuestro cuerpo y bienes, y porque vuestros ojos están sanos y vigorosos en sus órbitas, no os mostréis extraños a nuestra pena! La espada del tirano está pendiente sobre vosotros; habéis intentado sustraer a este país a la dominación del Austria; ningún otro agravio ha cometido mi padre; sois sus cómplices, y seréis también condenados.

STAUFFACHER (A Gualterio Fürst).- Decidid; yo estoy dispuesto a seguirlo.

GUALTERIO.- Sepamos antes cómo opinan los nobles señores de Sillesien y Attinghausen. Su reputación, según creo, nos traerá amigos.

MELCHTHAL.- ¿Qué nombres hay en estos bosques y montañas más respetables que los vuestros? En la verdadera importancia y autoridad de tales nombres confía el pueblo, y en toda esta región son gratos al oído. La rica herencia de virtudes que recibisteis de vuestros progenitores, la habéis aumentado... ¿Qué necesidad tenemos de la ayuda de los nobles? ¡Terminemos solos la empresa! Si no contáramos más que con nosotros, ¿dejaríamos de defender nuestra causa?

STAUFFACHER.- Los nobles no sufren lo que nosotros. La corriente, que arrasa los valles, no ha alcanzado las alturas. Su auxilio, sin embargo, no nos faltaría, si viesen al país levantado en armas.

GUALTERIO.- Si hubiese un juez entre nosotros y el Austria, la justicia y el derecho nos favorecerían. Nuestro opresor es nuestro Soberano, y nuestro juez supremo... Dios, por tanto, y nuestro brazo, son nuestra única esperanza... Explorad los ánimos en Schwitz, y yo me granjearé amigos en Uri. ¿Quién enviaremos a Unterwald?...

MELCHTHAL.- A mí... ¿A quién interesa más?...

GUALTERIO.- No lo apruebo. Sois mi huésped, y debo cuidar de vuestra salvación.

MELCHTHAL.- ¡Dejadme!... Yo conozco las sendas extraviadas, y los pasos de las montañas, y cuento con bastantes amigos para que me den albergue y me oculten.

STAUFFACHER.- ¡Que vaya, y que Dios lo acompañe! Allí no hay traidores... Tan odiosa es la tiranía, que no encontrará ningún instrumento dócil. El de Alzelle también nos ganará el país, y trabajará en levantarlo.

MELCHTHAL.- ¿Cómo nos pondremos en comunicación unos con otros, sin despertar las sospechas del tirano?

STAUFFACHER.- Podríamos reunirnos en Brunnen o en Treib, en donde desembarcan los buques de los mercaderes.

GUALTERIO.- Tan al descubierto no podemos hacerlo... Oíd mi parecer. A la izquierda del lago, yendo a Brunnen, frente a frente de Mythenstein, hay un prado oculto en la espesura, llamado Rütli por los pastores, porque los árboles han sido allí arrancados. Es el límite de nuestro cantón y el vuestro (a Melchthal), y en un instante, (a Stauffacher), desde Schwitz puede trasportaros una barca

ligera. Por sendas solitarias, durante la noche, podemos juntarnos allí y deliberar con seguridad. Cada uno llevará consigo diez hombres, que le sean adictos de corazón; y, reunidos, acordaremos lo más conveniente al procomún, y, con ayuda de Dios, resolveremos lo mejor.

STAUFFACHER.- Sea, pues, así. Dadme ahora vosotros dos vuestra diestra leal, y del mismo modo que nuestras manos, estrechándose entre sí, lo hacen sinceramente y sin falsía, así nuestros tres cantones, confiados apoyándose unos a otros, estarán unidos para vivir o para morir.

GUALTERIO Y MELCHTHAL.- ¡A vida o muerte! (Se aprietan las manos, y permanecen un momento callados.)

MELCHTHAL.- ¡Padre ciego y anciano, ya tú no verás con tus ojos el día de la libertad, pero llegará a tus oídos!... Cuando de cerro en cerro brillen las hogueras, y se derrumben los alcázares de la tiranía, el suizo entrará en la choza para anunciarte la alegre nueva, y la luz brillará en tu eterna noche. (Vanse)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Castillo del Barón de Attinghausen.

Sala gótica, con cascos y escudos. EL BARÓN, anciano de ochenta y cinco años, de noble aspecto y elevada estatura, apoyado en un bastón cuyo puño lo forma un cuerno de gamuza, está de pie, vestido de pieles; KUONI y otros seis servidores delante de él, con hoces y rastrillos. ULRICO DE RUDENZ aparece con traje de caballero.

ULRICO.- ¡Aquí estoy, tío! ¿Qué queréis?

EL BARÓN.- Deja que antes, a la antigua usanza, beba con mis servidores la copa de la mañana. (Beba en una copa, que corre luego de mano en mano.)

En otro tiempo, yo mismo los acompañaba al campo y a los montes, y los llevaba a pelear bajo mi bandera. Ahora sólo me es permitido darles mis órdenes, y si el calor del sol no viene a buscarme, no puedo salir a su encuentro en las montañas. Así me muevo en círculo más estrecho cada día, hasta llegar al más limitado y último, a aquel en que termina toda existencia. Sólo mi sombra soy, y pronto no quedará más que mi nombre.

KUONI (A Rudenz, ofreciéndole la copa).- ¡A vuestra salud, caballero! (Rudenz vacila en tomar la copa.) ¡Vamos, bebed! Aquí no hay más que una copa.

EL BARÓN.- Andad, hijos; y cuando llegue el día de descanso, hablaremos de los asuntos del país. (Vanse los criados. A Rudenz.) Veo que estás vestido y ataviado; ¿te propones encaminarte a Altdorf, al castillo del Gobernador?

RUDENZ.- Sí, tío, y no me atrevo a detenerme...

ATTINGHAUSEN (Sentándose).- ¿Tanta prisa tienes? ¿Cómo? ¿Tan tasado está el tiempo para tu juventud, que hayas de escatimarle para tu tío?

RUDENZ.- Veo que no me necesitáis, porque soy en esta casa como un extraño.

EL BARÓN (Después de mirarlo algún tiempo).- Sí, desgraciadamente lo eres. Desgraciadamente tu patria lo es también para ti... ¡Ulrico, Ulrico! No te conozco ya. Ostentas vestido de seda; llevas con orgullo plumas de pavo real, y cubre tus hombros manto de púrpura. Menosprecias al labrador, y hasta te causa vergüenza su cordial saludo.

RUDENZ.- Yo lo honro como debo; pero le niego el derecho que se atribuye.

EL BARÓN.- Todo el país se queja de la dura opresión del Soberano... El pecho de todos los hombres honrados está lleno de amargura ante el poder tiránico que nos agobia... pero no llega hasta ti ese dolor general... andas separado de los tuyos, junto al enemigo de tu patria; te burlas de nuestros males; corres en pos de placeres ligeros, y te esfuerzas en captarte el favor de los príncipes, cuando tu país destila sangre, a los golpes de la férula.

RUDENZ.- ¿Decís que está oprimida la patria?... Y ¡por qué, tío? ¿Quién es el fautor de esta desdicha? Una sola y fácil palabra nos libraría en un instante de esta plaga, y nos conciliaría las gracias del Emperador. ¡Ay de aquellos, que cierran los ojos al pueblo, y se oponen a su verdadero bien! Por su propio interés lo contrarían, y se niegan los cantones a jurar

fidelidad al Austria, como lo han hecho los demás países comarcanos. Mucho les agrada sentarse con los nobles en el banco señorial... quieren por soberano al Emperador, para no- tener ninguno.

EL BARÓN.- ¡Que yo oiga estas palabras, y que las oiga de tus labios!

RUDENZ.- Ya que me habéis provocado, dejadme terminar... ¿Qué papel representáis aquí, oh tío? ¿No va más allá vuestra ambición, que hasta ser bailío o señor de bandera, y mandar en compañía de estos pastores? ¿No os parece más glorioso rendir homenaje a un rey, y formar parte de su brillante cortejo, que ser igual a vuestros criados, y sentarse con rústicos en un tribunal?

EL BARÓN.- ¡Ah, Ulrico, Ulrico! Conozco la voz de la sirena. Ha penetrado en tus oídos cándidos; ha emponzoñado tu corazón.

RUDENZ.- Sí, no lo oculto... en lo más profundo del alma he sentido yo las amargas burlas de estos extranjeros, que se mofan de nuestra campestre nobleza... No puedo sufrir que mientras los jóvenes más distinguidos se reúnen bajo las banderas de Habsburgo, para ganar gloria, he de permanecer yo bailío aquí, en mis tierras, y disipar en vulgares tareas la primavera de mi vida... Allende esta región,

en cualquiera parte, y lleno de brillo, se ofrece a los hombres un teatro, abierto a las hazañas y a la fama... Nuestros yelmos y escudos se cubren de moho en estos salones. El sonido estridente del clarín guerrero, la voz del heraldo que llama al torneo, no resuena en estos valles. Aquí no oigo yo sino el ranz de las vacas, y las esquilas de los ganados, son cansado y monótono.

EL BARÓN.- ¡Y ciego por resplandor engañoso, desprecias tu país natal! ¡Y te avergüenzas de las rancias y piadosas costumbres de tus padres! Algún día suspirarás, llorando lágrimas ardientes, por sus montañas; y esa melodía del ganado, que en tu orgullo insensato desprecias ahora, te inspirará ansias tristes, al recordarla, cuando llegue hasta ti en país extranjero. ¡Oh! ¡Poderoso es el amor de la patria! El mundo extraño y falso no es para ti, y en la corte ostentosa del Emperador encontrarás un vacío molesto en tu corazón. En esos lugares se exigen condiciones, que tú no has podido adquirir en estos valles... Anda, pues, vende tu libertad; toma en feudo tus tierras, conviértete en servidor de príncipes, cuando te es lícito ser dueño de ti mismo, y potentado en tu propia herencia y en tu territorio libre. ¡Ay de mí, Ulrico, Ulrico! Quédate entre los tuyos, y

no vayas a Altdorf... ¡Oh! ¡No abandones la santa bandera de la patria!... Yo soy el último de mi estirpe... Mi nombre morirá conmigo. Mi yelmo y mi escudo, ahora ociosos, me acompañarán al sepulcro. Y, al exhalar mi último aliento, me asaltará la amargura de que tú has de esperar que se cierren mis ojos, y dejar este nuevo feudo, que yo recibí libre de manos de Dios, y que tú aceptarás del Austria.

RUDENZ.- Vanamente resistiremos al Rey, porque el mundo es suyo. Nosotros solos ¿hemos de luchar obstinados, y romper la cadena de los pueblos, que nos cercan y que con tanto vigor nos envuelven? Suyos son los mercados públicos, los tribunales, las carreteras que recorren los comerciantes, y hasta las acémilas que suben al San Gothardo han de pagarle su impuesto. De sus posesiones, como de una red, nos vemos por doquier rodeados y presos en ella... ¿Nos protegerá acaso el Imperio? ¿Puede él mismo defenderse del poderío, siempre creciente, del Austria? Si Dios no nos ayuda, ningún emperador ha de ayudarnos. ¿Cómo fiarnos de las palabras del Emperador, si, obligado por sus guerras y apuros pecuniarios, empeña y vende las mismas ciudades, que se han acogido a la oro-protección del águila...¡No, tío! Lo mejor y lo más prudente, en estos tiempos de

desorden, es adherirse a algún potentado poderoso. La corona imperial pasa de una a otra familia, que olvida por completo nuestros servicios. Al contrario, si tenemos un temible soberano hereditario, y nos granjeamos su favor, sembramos para coger después copioso fruto.

EL BARÓN.- ¿Tan sabio eres tú acaso? ¿Quieres aparentar más capacidad que tus nobles progenitores, que, para conservar la joya preciosa de la libertad, prodigaron heroicamente sus bienes y su sangre?... Vé a Lucerna, e infórmate de la dominación del Austria, y averiguarás cuán pesada es. Vendrán a contar nuestras ovejas y bueyes, a medir nuestras montañas, a monopolizar la caza y la montería en nuestros bosques libres, a establecer portazgos y registros, a enriquecerse con nuestra pobreza, y a sostener sus guerras con nuestros jóvenes... No; si hemos de derramar nuestra sangre, que sea por nosotros... menos nos costará la libertad que la esclavitud.

RUDENZ.- ¿Qué podemos nosotros, pueblo de pastores, contra los ejércitos de Alberto?

EL BARÓN.- Aprende, oh mancebo, a conocer mejor este pueblo de pastores. Yo sí lo conozco; yo lo he llevado a las batallas, y lo he visto pelear en

Favenza. ¡Que vengan, pues, a imponernos un yugo, que estamos resueltos a rechazar! ¡Oh! ¡Recuerda cuál es tu alcurnia! No deseches por un vano resplandor y frágil oropel, la perla verdadera de tu propio valor... Verte al frente de un pueblo libre, que te venera cordialmente sólo por amor, que te sigue fiel a la pelea y a la muerte, sea tu orgullo, y la nobleza que te envanezca... Estrecha los lazos naturales de tu patria querida, entrégate a ella con todo tu corazón y toda tu alma. Ahí están las robustas raíces de tu fuerza y en ese mundo extraño te verás solo, débil caña, que destrozará toda tempestad. ¡Oh! ven; tiempo hace que no nos has visitado; ven con nosotros un solo día... Pero no vayas hoy a Altdorf... ¿oyes? ¡hoy, no! ¡Concede a los tuyos este solo día! (Coge su mano.)

RUDENZ.- He dado mi palabra... dejadme... estoy comprometido a ello.

EL BARÓN (Que suelta su mano con seriedad).- ¿Tú estás comprometido?... Si, desdichado; lo estás, pero no por tu palabra y juramento, sino por el vínculo del amor... (Rudenz se vuelve.) Ocúltate como deseas. Es una mujer, es Berta de Bruneck la que te atrae al castillo del Gobernador, y te encadena al servicio del Emperador. Por enamorarla abandonas

a tu país... ¡Mira no te engañes! Para atraerte, te ofrecen de señuelo esa señorita, que no será el premio de tu candor.

RUDENZ.- Bastante he oído, ya. ¡Quedaos con Dios! (Vase)

EL BARÓN.- ¡Joven iluso, quédate!... ¡Se va! No puedo detenerlo, ni salvarlo... Así ha renunciado a su patria Wolfenschiessen... y otros lo imitarán. Un encanto extraño arrastra a la juventud, y ejerce sus estragos en estas montañas... ¡Oh día funesto aquel en que el extranjero penetró en estos valles, antes dichosos, para corromper sus costumbres piadosas y sencillas!

La novedad entra aquí con poderío, y rechaza lo antiguo y lo digno, y le suceden otros tiempos, y la generación actual piensa muy diversamente. ¿Qué hago yo aquí? Enterrados están todos aquellos con quienes he vivido y dominado. Mi época duerme también el sueño de la muerte. ¡Feliz el que nada tiene que hacer con la que le sucede!

ESCENA II

Pradera rodeada de bosques y peñascos elevados. Sobre los peñascos hay peldaños con balaustradas, y escalas, por las cuales bajan las gentes. En el fondo se ve un lago, por encima del cual se ostenta un arco iris lunar. Altas montañas cierran el horizonte, y las últimas aparecen cubiertas de nieve. Es de noche, y sólo brilla la luna en el lago y en los ventisqueros.

MELCHTHAL, BAUMGARTEN,
WINKELRIED, MEIER DE SARNEN,
BURKARDO DE BUHEL, ARNOLDO DE
SEWA, NICOLÁS DE FLUE, y otros cuatro
montañeses, todos armados.

MELCHTHAL (Detrás de la escena).- La senda se ensancha; seguidme ligeros; reconozco la roca, y la cruz que la termina. Ya llegamos; ya estamos en Rütli! (Llegan con antorchas.)

WINKELRIED.- ¡Escuchad!

SEWA.- Nadie hay.

MEIER.- Ningún compañero ha venido aún. Nosotros los de Unterwald, somos los primeros.

MELCHTHAL.- ¿Qué hora de la noche será?

BAUMGARTEN.- El vigilante de Selisberg ha anunciado las dos (Óyese un tañido a lo lejos.)

MEIER.- ¡Silencio! ¡Escuchemos!

BUHEL.- Es la campanilla de la capilla del bosque, que se oye distintamente tocando a maitines del lado de allá, en la Suiza.

FLUE.- El aire está sereno, y así se percibe el sonido tan claro.

MELCHTHAL.- Que algunos enciendan leña para alumbrar a los que lleguen. (Vanse dos)

SEWA.- Es una hermosa noche de luna. El lago está tranquilo como un espejo.

BUHEL.- Su viaje es cómodo y descansado.

WINKELRIED (señalando al lago).- ¡Hola! ¡Mirad! ¡Mirad, allí! ¿Nada veis?

MEIER.- ¿Qué es eso?... ¡Sí, verdaderamente! Un arco iris en medio de la noche.

MELCHTHAL.- Lo forma la luz de la luna.

FLUE.- ¡Es un signo raro y maravilloso! Hay muchos que no lo han visto jamás.

SEWA.- Es doble. ¡Observad! hay otro más débil.

BAUMGARTEN.- Una barca pasa justamente por debajo.

MELCHTHAL.- Es Stauffacher, con su lancha. Ese hombre excelente no quiere que lo esperen (Acércase a la orilla con Baumgarten.)

MEIER.- Los de Uri son los que más tardan.

BUHEL.- Han de dar un rodeo por la montaña para escapar a las gentes del Gobernador. (Mientras tanto han encendido lumbre los dos montañeses en medio de la escena.)

MELCHTHAL (Desde la orilla).- ¿Quién va? ¿Cuál es la seña?

STAUFFACHER (Desde abajo).- ¡Amigos de la patria! (Todos se dirigen al fondo del teatro, al encuentro de los que vienen. Salen de la lancha Stauffacher, Itel Reding, Hans auf der Mauer, Jorg de Flohe, Conrado Hunn, Ulrico Schimdt, Jost de Meiler y otros tres, todos armados.)

TODOS.- ¡Bienvenidos seáis! (Mientras los demás se detienen en el fondo y se saludan, Melchthal y Stauffacher se adelantan.)

MELCHTHAL.- ¡Oh, señor Stauffacher! He visto al que no ha de verme más. Mi mano ha tocado sus ojos, y deseo ardiente de venganza me ha inspirado la luz apagada de sus pupilas.

STAUFFACHER.- ¡No habléis de venganza! No se trata de vengar lo que ya se ha hecho, sino de evitar

el mal, que nos amenaza... Decidme ahora lo que habéis adelantado en Unterwald en pro de la causa santa; ¿Qué piensan vuestros compatriotas, y cómo habéis escapado de las asechanzas de la traición?

MELCHTHAL.- Atravesando las horrendas montañas de Sarne, por vastos desiertos helados, en donde sólo se oye el áspero graznido del lammergeier, llegué a los pastos alpinos, en donde se congregan los pastores de Uri y de Engelberg, para saludarse y apacentar juntos sus rebaños apagando mi sed, solitario, en el agua de los ventisqueros, que, llena de espuma, corre por las grietas. Entré, huésped único, en el edificio abandonado, hasta alcanzar después habitaciones humanas... Ya había llegado a estos valles el anuncio de la espantosa maldad, poco antes perpetrada, siendo yo acogido con lástima en todas partes, merced a mi desdicha. Todos estos hombres de bien estaban indignados ante esas medidas recientes del Gobierno, atroces y violentas, porque así como todas sus montañas albergan las mismas plantas, y las fuentes corren en los mismos parajes, y hasta las nubes y los vientos toman igual rumbo, así costumbres idénticas se han transmitido invariablemente de los padres a los hijos. Su vida uniforme no consiente, pues, temerarias innovacio-

nes en sus hábitos seculares... Ofreciéronme sus manos encallecidas; descolgaron de las paredes sus espadas mohosas, y la llama alegre de la resolución ha brillado en sus miradas cuando proferí ante ellos vuestro nombre y el de Gualterio Fürst, venerados de estos montañeses... Juraron hacer cuanto estiméis conveniente, y obedeceros hasta la muerte... Bajo del amparo de esta égida sagrada de la hospitalidad he caminado de casa en casa... y cuando llegué a mi valle natal, en donde habitan muchos parientes míos... cuando encontré a mi padre, ciego y despojado, descansando en jergón ajeno, y viviendo de la caridad de los buenos corazones...

STAUFFACHER.- ¡Dios del cielo!

MELCHTHAL.- No lloré; no disipé en lágrimas inútiles la fuerza de mi vehemente dolor; guardélo en lo íntimo de mi pecho, como si fuese precioso tesoro, y me ocupé sólo en trabajar. Atravesé todos los senderos ásperos de la montaña, y no hubo valle, por escondido que estuviera, que no recorriese. Visité hasta las últimas chozas habitadas, que se levantan al pie de los ventisqueros, y en cuantos parajes hallaron mis plantas, hallé idéntico odio a la tiranía, porque aún a esos límites extremos de la vida, en donde el suelo deja de producir, alcanza la

avaricia de los gobernadores... El aguijón de mis palabras conmovió los corazones de estas buenas gentes, y todos ellos son nuestros en cuerpo y alma.

STAUFFACHER.- En corto tiempo habéis hecho grandes cosas.

MELCHTHAL.- Hice más. Las dos fortalezas de Rossberg y Sarnen son los que más miedo infunden en el habitante de estas montañas, porque, al abrigo de sus muros de peñascos, vive su enemigo y devasta el país. Quise verlo con mis ojos, y estuve en Sarnen y contemplé su castillo.

STAUFFACHER.- ¿Y osasteis asomarnos a las fauces del tigre?

MELCHTHAL.- Fui disfrazado de peregrino, y presencié las orgías del Gobernador... Juzgad si sé dominarme. ¡Vi a mi enemigo, y no le maté!

STAUFFACHER.- La fortuna, en verdad, ayudó a vuestra osadía. (Los demás se adelantan, y se acercan a ellos.) Decidme ahora, sin embargo, quiénes son nuestros amigos y los buenos que os siguen. Dádmelos a conocer, para que nos comuniquemos y nos entendamos.

MEIER.- ¿Quién no os conoce señor, en los tres cantones? Yo soy Meier de Sarne; éste es el hijo de mi hermano, Strath de Winkelried.

STAUFFACHER.- Vuestros nombres no me son desconocidos. Un Winkelried mató al dragón en la laguna de Weiler, y perdió su vida en la lucha.

WINKELRIED.- Era mi abuelo, señor Werner.

MELCHTHAL (Señalando a dos, que le acompañan).- Éstos habitan del lado allá del Wald, y son vasallos del monasterio de Engelberg. No los despreciaréis por eso, porque no sean libres, ni como nosotros posean bienes propios patrimoniales. Aman a su patria, y además disfrutan de buena fama.

STAUFFACHER (A los dos).- Dadme las manos. Digno es de envidia el que no debe a nadie la prestación de un trabajo corporal; pero la honradez es compatible con todos los estados sociales.

HUNN.- He aquí el señor Reding, nuestro antiguo bailío.

MEIER.- Lo conozco bien. Es mi contrario, y litiga contra mí por una antigua herencia... Señor Reding, aunque ante la justicia seamos enemigos, aquí somos amigos. (Se estrechan la mano.)

STAUFFACHER.- ¡Bien dicho!

WINKELRIED.- ¡Escuchad! Ya llegan. ¿Oís la trompa de Uri? (Por la izquierda, y por la derecha,

bajan de los peñascos hombres armados, a la luz de las antorchas.)

MEIER.- ¡Mirad! ¿No baja también con ellos el piadoso ministro del Señor, el respetable cura? No teme ni a la fatiga del camino ni a las tinieblas de la noche, cuando se trata, como cumple a un buen pastor, del cuidado de sus ovejas.

BAUMGARTEM.- Sigrift y Gualterio Fürst le siguen; pero no veo entre ellos a Tell, (Gualterio Fürst, Rösselmann, el cura Petermann, Sigrift, Kuoni el pastor, Werni el cazador, Ruodi y otros cinco se presentan. Todos juntos llegan a treinta y tres. Se adelantan y se colocan alrededor del fuego.

GUALTERIO FÜRST.- En la tierra, que heredamos de nuestros padres, y nuestro suelo natal, hemos de deslizarnos como criminales, y durante la noche, cuyo negro manto sólo debe proteger a los delincuentes y conspiradores, a quienes amedrenta la luz. Así hemos de defender nuestro derecho, tan claro y notorio como el sol de mediodía.

MELCHTHAL.- ¿Qué hemos de hacer? Lo que se prepare en la oscuridad de la noche, aparecerá sin disfraces ni trapantojos a la hora en que todos lo vean.

RÖSSELMANN.- Oíd, oh compañeros, lo que Dios me inspira. Nosotros estamos aquí en representación de una asamblea general, y en nombre de todo el pueblo. Guardemos, pues, los usos más antiguos de nuestra patria, como si los tiempos fuesen de paz. Lo que haya de ilegal en esta reunión, lo excusará la necesidad en que nos vemos. Pero Dios está presente en donde predomina la justicia, y ahora nos encontramos al abrigo del cielo.

STAUFFACHER.- ¡Bien! Obremos con arreglo a las tradiciones patrias. Aunque es de noche, nuestro derecho es claro.

MELCHTHAL.- Si el número no parece completo, aquí está el corazón de todo el pueblo, y los mejores de él, presentes.

HUNN.- Si no tenemos a mano los libros antiguos, escritos están en nuestros pechos.

RÖSSELMANN.- ¡Ea, pues, formemos el círculo, y plantemos en el centro las espadas, símbolo del poder!

MANER.- Que el bailío ocupe su puesto, y los asesores te sienten a su lado.

SIGRIFT.- Tres son los pueblos. ¿A quién corresponde el nombramiento de presidente?

MEIER.- Que lo disputen Schwitz y Uri. Nosotros, los de Unterwalden, renunciamos nuestro derecho.

MELCHTHAL.- Nosotros nos abstenemos también. Somos suplicantes, que pedimos auxilio a poderosos amigos.

STAUFFACHER.- Que Uri tome la espada. Su bandera nos precede en las expediciones del imperio.

FÜRST.- Ese honor corresponde de derecho a Schwitz, porque todos descendemos de ese noble tronco.

RÖSSELMANN.- Dejadme que yo decida esta contienda generosa. Que Schwitz presida en el Consejo, y Uri en las batallas.

FÜRST (Presentando la espada a Stauffacher).- ¡Tomadla, pues!

STAUFFACHER.- Yo no; el de más edad.

HOFE.- Ulrico Schwitz es el más viejo.

MANER.- Es buen sujeto, no libre; y en Schwitz nadie que no lo sea puede desempeñar el cargo de juez.

STAUFFACHER.- ¿No está aquí el Sr. Reding, antiguo bailío? ¿Quién será más digno?

FÜRST.- Que sea, pues, nuestro bailío, y que nos presida. ¡Quien convenga, que levante la mano! (Todos levantan la mano derecha.)

REDING (Adelantándose).- No puedo poner mi diestra sobre los evangelios; pero juro por los astros eternos que jamás me apartaré de la justicia. (Clavan dos espadas delante de él; fórmase un círculo alrededor. Schwitz ocupa el centro, Uri la derecha, y Unterwalden la izquierda. Él se apoya en su espada) ¿Cuál es la causa, que reúne aquí a tres pueblos de la montaña, a esta hora de los fantasmas, en las orillas inhospitalarias del lago? ¿Cuál será el objeto de esta nueva alianza, que celebramos aquí, bajo la bóveda del cielo?

STAUFFACHER (Adelantándose en el círculo).- No celebramos ahora ninguna nueva alianza; es la renovación de la antigua, de la época de nuestros padres, porque sabéis, oh compañeros, que si bien nos separan el lago y las montañas, y cada pueblo se rige con independencia de los demás, nuestro origen y nuestra sangre es la misma, y la misma es también nuestra patria.

WINKELRIED.- ¿Es cierto, pues, como se dice, en nuestros cantos, que vinimos aquí de otros lugares

lejanos? Contadnos lo que de esto sepáis, para que el nuevo vínculo confirme al antiguo

STAUFFACHER.- Oíd lo que refieren los pastores ancianos... Había un gran pueblo hacia el Septentrión, que padecía hambre cruel. En este apuro, se resolvió por su gobierno que la décima parte de los habitantes, por la suerte, abandonase el suelo natal... ¡Y así se hizo! Hombres y mujeres, lamentándose y formando un ejército, se abrieron camino con sus armas por Alemania, y llegaron a estas alturas de bosques y montañas... Y la expedición no se detuvo hasta alcanzar el ameno valle, por donde corre el Muota entre alegres prados... No se veían allí vestigios humanos, y sólo se alzaba en sus orillas una choza solitaria. Un hombre aguardaba a los recién venidos para pasarlos... Pero el lago estaba alborotado, y no navegable. Entonces examinaron esa región con más cuidado, y observaron bosques espesos y buenas fuentes, y creyeron hallarse en su amada patria... Acordaron quedarse, y edificaron el castillo viejo de Schwitz, y desmontaron el bosque con grandes trabajos... Después, cuando se aumentó el pueblo, y aquel paraje no podía contenerlos, se extendieron hasta las montañas negras, hasta parajes cubiertos de hielo, en donde, oculto entre sus nieves

eternas, habitaba otro pueblo de distinta lengua. Levantaron el castillo de Stanz en Kernwald, y el de Altdorf en el valle del Reuss. Pero guardaron siempre el recuerdo de su origen; y así se explica que, aún después que se han establecido aquí otros pueblos diversos, los suizos se encuentran y se reconocen por su sangre y su corazón. (Extiende su mano a derecha e izquierda)

MAUER.- Sí; nosotros tenemos todos el mismo corazón, y la misma sangre.

TODOS (Estrechándose las manos).- Somos un solo pueblo, y juntos obraremos.

STAUFFACHER.- Los demás sufren el yugo, y se someten al vencedor. Hay en nuestro territorio muchos propietarios, que han contraído obligaciones con los extranjeros y dejan en herencia a sus hijos la servidumbre. Pero nosotros, los suizos genuinos de la antigua estirpe, hemos defendido siempre nuestra libertad. No doblamos nuestra rodilla ante los Príncipes, y libremente nos hemos puesto bajo el amparo del Emperador.

RÖSSELMAN.- Sin coacción alguna nos pusimos bajo la égida y apoyo del Emperador. Así consta en el rescripto de Federico.

STAUFFACHER.- Pero ni el más libre deja de tener superior. Es menester que haya una cabeza, un juez supremo, cuando hay contienda sobre mejor derecho. Por eso nuestros antepasados reverenciaron al Emperador, por el suelo que roturaron, por su soberanía en Italia y Alemania, y como los demás Estados libres de su Corona, se obligaron también al servicio de las armas. Tal es el primer deber de los hombres libres, defender con las armas a quien los defiende.

MELCHTHAL.- Todo lo demás es signo de servidumbre.

STAUFFACHER.- Seguían, pues, al estandarte del Imperio, cuando lo pedía el Soberano, y marchaban armados a Italia, para colocar sobre sus sienes la corona de Rey de romanos. En su país, se gobernaban sin miedo con arreglo a sus leyes y costumbres. La pena capital le estaba sólo reservada, y para imponerla había un conde, que lo representaba, y que no residía entre nosotros. Cuando conocía de alguno de estos delitos, se recurría a él, y bajo la bóveda del cielo, lisa y llanamente, aplicaba la ley sin temor a nadie. ¿Quién probará que somos esclavos? Si alguien no es de mi opinión, que hable.

HOFE.- No; la verdad es la que habéis expuesto, y ninguno de nosotros hubiera sufrido el despotismo.

STAUFFACHER.- Al mismo Emperador hemos negado la obediencia, cuando ha faltado a las leyes por favorecer a los sacerdotes. Cuando los monjes de la Abadía de Ensiedeln intentaron apropiarse los pastos, que habían sido nuestros desde tiempo inmemorial, fundándose el abad en un título antiguo, que les concedía los terrenos desiertos, sin dueños... haciéndose caso omiso de nosotros... dijimos: «Ese título ha sido arrancado subrepticamente. Ningún Emperador puede dar lo que nos pertenece; y si el Imperio rehusa hacernos justicia, para nada necesitamos en nuestras montañas al Emperador...» Así hablaban nuestros padres. ¿Hemos de sufrir, pues, ese nuevo y vergonzoso yugo de un criado extranjero, lo que no hemos tolerado de ningún Emperador? Hemos conquistado, este suelo con el trabajo de nuestras manos, y los antiguos bosques, en otro tiempo habitación exclusiva de los osos, han sido transformados por nosotros en moradas humanas. Aniquilamos la raza del dragón ponzoñoso, que vivía en estas lagunas. Rasgamos el velo de nubes, que envolvía tristemente estas soledades, e hicimos saltar las rocas, y abrimos senda segura al caminante.

Nuestro es, por lo mismo, este territorio, por su posesión durante millares de años; y ¿el criado de un señor extranjero osará forjar cadenas para nosotros, y llenar de oprobio nuestro país? ¿No hay remedio alguno contra esta opresión? (Los conjurados se muestran conmovidos.) No; el poder de los tiranos tiene también sus límites. Cuando la opresión obra sin ningún derecho; cuando su peso es intolerable... pide alivio al cielo, y le pide ánimo, y llama acá abajo su eterno derecho, inmutable y seguro como los mismos astros. Recomienda entonces el estado primitivo de los hombre, en lucha unos con otros, y, en último recurso, cuando ningún otro se presenta, se apela a la fuerza. Contra la violencia hemos de defender nuestro bien máspreciado... ¡Pelemos por nuestra patria, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

TODOS (Poniendo las manos en sus espadas).- ¡Defendemos nuestras mujeres y nuestros hijos!

RÖSSELMANN (Adelantándose).- Antes de hacer uso de las armas, reflexionadlo bien. Podéis emplear con el Emperador medios pacíficos. Os basta una sola palabra, y los mismos tiranos que hoy os oprimen, os adularán mañana... Aceptad lo que con

tanta frecuencia se os ha ofrecido; separaos del Imperio, acatad el poder del Austria...

MAUER.- ¿Qué propone el cura? ¿Que prestemos juramento al Austria?

BUHEL.- ¡No le hagáis caso!

WINKELRIED.- Ese consejo es de traidor, es de un enemigo de su patria.

REDING.- ¡Sosegaos, compañeros!

SEWA.- ¡Que rindamos homenaje al Austria, después de tal afrenta!

FLUE.- ¿Nos dejaríamos arrancar por la fuerza lo que hemos negado a la bondad?

MEIER.- ¡Seríamos entonces esclavos, y mereceríamos serlo!

MAUER.- ¡Que sea privado del derecho común de los suizos quien nos hable de ceder al Austria!... Presidente, ¡que tal sea el primer acuerdo que adoptemos ahora.

MELCHTHAL.- ¡Sea as! Quien hable de ceder al Austria, pierde todos sus derechos y honores, y que ninguno de sus paisanos lo acoja en su hogar.

TODOS (Levantando sus diestras).- ¡Mandamos, que así sea!

REDING (Después de una pausa).- ¡Queda acordado!

RÖSSELMANN.- Ahora sois libres; ahora lo sois ya, en virtud de esta ley. Austria no obtendrá por la fuerza lo que no ha conseguido con sus amistosos ruegos...

WEILER.- ¡Adelante, a la orden del día!

REDING.- Compañeros: ¿Se han probado ya todos los medios pacíficos? Quizás lo ignore el Rey; quizás no quiere que nosotros lo suframos. Tenemos, pues, este último recurso; que lleguen a sus oídos nuestras quejas, antes de apelar a las armas. Temible es siempre el empleo de la fuerza, aún fundada en el derecho. Dios sólo ayuda cuando los hombres nos abandonan.

STAUFFACHER (A Conrado Hunn).- Ahora os toca informar. ¡Hablad, pues!

HUNN.- He estado en Rheinfeld, en el palacio del Emperador; a quejarme de la tiranía de los gobernadores, y pedir la continuación de nuestras antiguas franquicias, siempre concedida por los nuevos Soberanos. Allí encontré a los delegados de otras muchas ciudades, de la Suabia y de las orillas del Rhin, todos ya con sus pergaminos, y dispuestos a regresar alegres a su país. A mí, vuestro representante, me enviaron el Consejo, en donde me despidieron con vanos consuelos: «El Emperador no tiene tiem-

po ahora; con placer se ocupará otro día en vuestra demanda.» Y cuando yo discurría triste por los salones del palacio real, vi al Duque Juan, llorando en un rincón, y junto a él, a los nobles señores de Wart y de Tegerfeld, que me llamaron, y me dijeron: «Ayudaos vosotros mismos; del Rey no hay que esperar justicia. ¿No ha despojado al hijo de su mismo hermano, apropiándose su legítima herencia? El Duque reclama los bienes de su madre, porque ha llegado a la mayor edad, y ya es tiempo de que gobierne a su país y a sus vasallos. ¿Qué se le ha contestado? El Emperador le ha puesto una corona en la cabeza, y la ha dicho: «He aquí el ornamento de la juventud.»

MAUER.- Ya lo habéis oído. No hay que esperar del Emperador derecho ni justicia. Ayudaos vosotros mismos.

REDING.- Ningún recurso nos queda, pues. Que el Consejo acuerde el medio de conseguir con prudencia nuestro objeto.

FÜRST (Entrando en el círculo).- Queremos sustraernos a una odiosa dominación; conservar las antiguas libertades, que nos legaron nuestros padres, y no pedir las nuevas sin freno alguno. Dése al Em-

perador lo que sea del Emperador, y quien tenga señor, que lo sirva con arreglo a su deber.

MEIER.- Yo tengo en feudo bienes del Austria.

FÜRST.- Continúad prestando homenaje al Austria.

WEILER.- Yo pago tributo a los señores de Rappersweil.

FÜRST.- Proseguid pagándoles lo que les debáis.

RÖSSELMANN.- Yo he prestado juramento a la abadesa de Zurich.

FÜRST.- Daréis al Monasterio lo que es del Monasterio.

STAUFFACHER.- Yo sólo tengo feudos del Imperio.

FÜRST.- ¡Que lo que deba hacerse, se haga, y nada más! Queremos sólo expulsar a los gobernadores, con sus satélites, y allanar sus fortalezas; pero si es posible, sin verter sangre. Sepa el Emperador, que la necesidad nos ha compelido sólo a faltar a los deberes, y piadoso respeto que se merece. Si averigua que nos contenemos en ciertos límites prudentes, acaso la política lo induzca a refrenar su ira, porque despierta temor provechoso cualquiera pueblo, que, después de empuñar las armas, se modera.

REDING.- Pero veamos cómo hemos de conseguir nuestro objeto. Nuestro enemigo está bien preparado, y no cederá sin pelear.

STAUFFACHER.- Cederá, si nos ve dispuestos al combate. Hemos de sorprenderlo, pues, antes que pueda defenderse.

MEIER.- Mucho hay del dicho al hecho. Tenemos aquí dos castillos fuertes, que protegerán a nuestro enemigo, y serán temibles, si el Rey llega a venir a este país. Es menester que nos apoderemos a la fuerza de Rossberg y Sarnen, antes de que se desenvaine una sola espada.

STAUFFACHER.- Si lo dilatamos, será avisado el enemigo. Hay muchos en el secreto.

MEIER.- No hay un solo traidor en los cantones.

RÖSSELMANN.- Hasta el celo más loable puede vendernos.

FÜRST.- Si aplazamos nuestro proyecto, se acabará la fortaleza de Altdorf, y el Gobernador se parapetará en ella.

MEIER.- Pensáis en lo que os interesa...

SIGRIST.- Y sois injusto.

MEIER (Levantándose).- ¿Injustos nosotros? ¿Y los de Uri nos lo dicen?

REDING.- Callaos, y sed fieles a vuestro juramento.

MEIER.- Si; si Schwitz se entiende con Uri, habremos de guardar silencio.

REDING.- He de advertiros ante la junta, que turbáis la paz común con vuestra cólera. ¿No estamos reunidos para promover el bien de todos?

WINKELRIED.- Si esperamos hasta la fiesta del Gobernador, entonces, según costumbre, todos los vasallos llevarán presentes al castillo. Diez o doce hombres podrían juntarse allí sin excitar sospechas. Provistos secretamente de puntas de hierro, que se ajustan con rapidez en sus palos, se burlarían así de la prohibición de entrar armados en el castillo. La junta más numerosa se tendría en el bosque inmediato, y si los primeros conseguían hacerse dueños de la puerta, harían una señal con la trompa, y acudirían los emboscados. Sin trabajo sería el castillo nuestro.

MELCHTHAL.- Yo me encargo de entrar en Rossberg, porque me ama una doncella del castillo, y puedo convencerla que me facilite una escala para hacerla una visita nocturna. Ya dentro, ayudaré a mis amigos.

REDING.- ¿Opinan todos que se dilate la ejecución de nuestro plan? (La mayoría levanta la mano.)

STAUFFACHER (Que cuenta los votos).- Hay veinte votos contra doce.

FÜRST.- Si el día fijado quedan los castillos en nuestras manos, haremos la señal con humaredas de una en otra montaña; los hombres hábiles para tomar las armas se reunirán en la capital de cada cantón. Cuando se convenzan los gobernadores de que estamos decididos seriamente a combatir, creedme, cederán, y se tendrán por muy dichosos si obtienen de nosotros un salvo-conducto para dejar nuestro país.

STAUFFACHER.- Sólo me inspiran temor las fuerzas de caballería de Gessler, porque no abandonará el campo sin resistencia, y, aunque se aleje, siempre podrá hacernos mucho daño. Perdonarlo es difícil y casi peligroso.

BAUMGARTEN.- Ponedme en el lugar más expuesto. Debo mi vida a Tell, y la arriesgaré gustoso. He dejado a salvo mi honor, y estoy satisfecho.

REDING.- El tiempo es buen consejero. Tened, pues, paciencia. Hay que aprovechar también la ocasión. Pero ¡mirad! Mientras hacemos aquí la noche día, la aurora, desde los picos más altos, nos da su brillante alerta... Separémonos, por tanto, antes que la luz del día nos sorprenda.

FÜRST.- No temáis, que las tinieblas se retiran perezosamente de estos valles. (Todos, por un movimiento espontáneo, cogen sus sombreros, y contemplan la aurora en mudo recogimiento.)

RÖSSELMANN.- Por este resplandor, que nos saluda antes que a los demás pueblos, respirando con trabajo debajo de nosotros en la niebla de las ciudades, hagamos todos el juramento de la nueva alianza... Queremos ser un pueblo de hermanos inseparables, sea cualquiera la necesidad o el peligro que nos acometa. (Todos lo repiten, levantando tres dedos.) Queremos ser libres, como nuestros padres lo fueron, y antes morir que la esclavitud. (Lo repiten.) Ponemos nuestra confianza en Dios Todopoderoso, y no tememos poder ninguno humano. (Todos lo repiten, y se abrazan.)

STAUFFACHER.- Que cada cual siga ahora en paz su camino, para reunirse con sus amigos y compañeros. Quien sea pastor, que haga invernar tranquilo su ganado, y se granjee en silencio amigos para nuestra alianza... Sufrid cuanto sea menester, hasta que llegue el instante deseado. Dejad que se aumente la cuenta de los tiranos, hasta que venga el día en que paguen de una vez la deuda de todos y la particular de cada uno. Que todos refrenen su justa

cólera, y guardad vuestras venganzas personales para la general venganza, porque se hace reo de robo contra la república quien, antes que al interés de ésta, atiende al suyo. (Mientras se separan callados, tomando por tres caminos diferentes, la orquesta toca una marcha brillante. La escena se queda vacía algún tiempo, y ofrece el espectáculo del sol levante sobre los montes de hielo.)

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Patio ante la casa de Tell.

TELL tiene en la mano un hacha de carpintero, y EDUVIGIS está ocupada en trabajos de su sexo. GUALTERIO y GUILLERMO juegan en el fondo con una ballesta pequeña.

GUALTERIO (Cantando).- «A la luz de los primeros rayos de la aurora, armado de su arco y sus flechas, atraviesa el cazador los montes y los valles. «Como el buitre es el rey en el Imperio del aire, así domina el cazador, sin traba alguna, en los precipicios y en las montañas.

«Suyo es el vasto espacio; y cuanto hiere su flecha, ya corra, ya se arrastre, es presa suya.» (Llega saltando) Se me ha roto la cuerda. ¡Arréglamela, padre!

TELL.- ¡Yo no! El buen cazador no necesita ayuda para esto (Aléjanse los niños.)

EDUVIGIS.- Pronto se ensayan en tirar esos niños.

TELL.- El que quiera ser maestro, ha de ejercitarse en su oficio desde la infancia.

EDUVIGIS.- ¡Quisiera Dios que jamás lo aprendiesen!

TELL.- Han de saberlo todo, quien desee vivir tranquilo, ha de estar preparado para la defensa y para el ataque.

EDUVIGIS.- ¡Ay de mí! Ninguno vivirá en paz en su casa.

TELL.- Mujer, no puedo subsistir de otra manera. La naturaleza no me a hecho para el oficio de pastor. Sin descansar he de perseguir un objeto, que siempre huye, y sólo disfruto verdaderamente de la vida cuando la recobro de nuevo cada día.

EDUVIGIS.- Y no piensas en las angustias de tu esposa, que te espera, mientras tanto, llena de zozobra. Infúndenme harto horror lo que me cuentan tus criados de tus peligrosas correrías. Tiemblo cada vez que te ausentas, temiendo no verte más. Imagí-

note en los montes cubiertos de nieve, perdido, saltando, de peñasco en peñasco, o arrastrándote la gamuza a los abismos, al volverse hacia atrás, o que te sorprende una avalancha, o que se hunde la nieve engañosa y te sepulta vivo en horrenda sima. ¡Ah! ¡Bajo mil formas acecha la muerte al audaz cazador de los Alpes! Es una ocupación funesta la que, con riesgo continuo, te atrae al fondo del abismo.

TELL.- Quienquiera que, sereno, sabe atender a cuanto lo rodea, y pone su confianza en Dios, y es fuerte y ágil, se libra fácilmente de contratiempos y de peligro. La montaña no asusta al que ha nacido en ella. (Ha terminado su trabajo, y deja la herramienta.) Ahora ya, según creo, tenemos puerta para años. Con esta hacha a mi disposición, me ahorro llamar al carpintero. (Coge el sombrero.)

EDUVIGIS.- ¿A dónde vas?

TELL.- A Altdorf, a casa de mi padre.

EDUVIGIS.- ¿No te preocupa ningún proyecto peligroso?

TELL.- ¿Por qué lo dices, mujer?

EDUVIGIS.- ¡Se trama algo contra los bailíos!... se han reunido en Ruttli; lo sé, y tú eres también de los conjurados.

TELL.- Yo no estuve allí... pero si la patria me llama, no seré sordo a su voz.

EDUVIGIS.- Siempre te señalarán un puesto arriesgado. Lo peor te tocará en suerte, como siempre.

TELL.- Cada uno contribuye con lo que puede.

EDUVIGIS.- Durante la tempestad, pasaste a uno de Unterwald de una a otra orilla del lago... Escapasteis por milagro... ¿Es posible que nunca te acuerdes de tu mujer y de tus hijos?

TELL.- Pensaba entonces en ellos, querida esposa: salvaba yo a un padre con hijos.

EDUVIGIS.- ¡Navegar en el lago alborotado! Esto no es confiar en Dios, sino tentar su paciencia.

TELL.- El que reflexiona mucho lo que ha de hacer, nada hace.

EDUVIGIS.- Sí; tú eres bueno y servicial; a todos ayudas, y, cuando necesites a los demás, nadie vendrá en tu auxilio.

TELL.- ¡Quiera Dios que a nadie necesite! (Toma su ballesta y sus flechas.)

EDUVIGIS.-¿Para qué llevas ahora la ballesta? ¡Déjala ahí!

TELL.- Me parece que me quedo sin brazo cuando no la llevo. (Los niños se acercan.)

GUALTERIO.- Padre, ¿a dónde vas?

TELL.- A Altdorf, muchacho, a Ehni... ¿quieres acompañarme?

GUALTERIO.- ¡Sí, sí!

EDUVIGIS.- El Gobernador está allí ahora. No vayas a Altdorf.

TELL.- Hoy mismo la deja.

EDUVIGIS.- Que se vaya, pues, antes. No le llames la atención, porque, como sabes, no nos quiere bien.

TELL.- Su mala voluntad no puede perjudicarme mucho. Yo obro honradamente, y a nadie temo.

EDUVIGIS.- A los hombres de bien aborrece más que a los otros.

TELL.- Porque no encuentra motivos para ofenderlos... Creo que ese caballero me dejará en paz.

EDUVIGIS.- ¿Estás seguro de lo que dices?

TELL.- No hace mucho que cazaba yo en los solitarios precipicios de Sch chenthal, en donde no se veía huella alguna humana, y siguiendo un sendero abierto en los peñascos, en el cual no me era posible retroceder, porque sobre mi cabeza se elevaba la roca tajada, y a mis pies bullía el torrente de un modo horrible. (Los niños se acercan a él, y lo rodean, escuchando con la más viva curiosidad.) El Gobernador venía también por allí en dirección opuesta, tan

solo como yo, hombre contra hombre, y a nuestro lado el abismo. Cuando me vio y me conoció, porque me había castigado con el mayor rigor por liviana causa poco antes, y notó que, bien armado, me aproximaba a su encuentro, palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba a punto de despeñarse... Entonces me compadecí de él; me acerqué con humildad, y le dije: «Soy yo, señor Gobernador.» Ni una sola palabra pudo el pobre articular... Con la mano, en el más profundo silencio, me hizo señal de que prosiguiera mi camino; yo pasé, y le envié su acompañamiento.

EDUVIGIS.- Ha temblado en tu presencia... ¡Ay de ti! Jamás te perdonará que hayas sido testigo de su debilidad.)

TELL.- Por eso yo evitaré verlo, y él no me buscará.

EDUVIGIS.- ¡No vayas hoy allá! Caza mejor.

TELL.- ¿Qué se te ocurre!

EDUVIGIS.- Siento una angustia indecible. No vayas.

TELL.- ¿A qué afligirte sin razón alguna?

EDUVIGIS.- ¿Sin motivo? ¡Tell, quédate aquí!

TELL.- He prometido ir allá, querida mía.

EDUVIGIS.- Ve, pues, si es preciso... pero déjame aquí el niño.

GUALTERIO.- No, madrecita, me voy con mi padre.

EDUVIGIS.- Gualterio, ¿te atreves a abandonar a tu madre?

GUALTERIO.- Te traeré de Ehni un regalito. (Se va con su padre.)

GUILLERMO.- Yo me quedo contigo, madre.

EDUVIGIS (Abrazándolo).- Sí; tú eres mi hijo querido, tú eres el solo que me quedas. (Vase a la puerta del patio y los sigue largo tiempo con la vista.)

ESCENA II

Lugar montuoso y solitario; cascadas se precipitan desde las rocas.

BERTA, de cazadora, y poco después RUDENZ.

BERTA.- ¡Me sigue! Al fin puedo explicarme.

RUDENZ (Presentándose de repente).- Gracias sean dadas a Dios, que os encuentro sola, y que nos rodean abismos por todas partes. En esta soledad no temo que me interrumpa testigo alguno, ni me impida acabar con el silencio abrumador, que tanto me ha afligido.

BERTA.- ¿Estáis seguro que no nos siguen los cazadores?

RUDENZ.- Quedan allá lejos... ¡Ahora o nunca! Es preciso aprovechar esta ocasión favorable... Ha de decidirse mi suerte, aunque me separe para siempre de vuestro lado... ¡Oh! No troquéis en iracundas vuestras dulces miradas... ¿Quién soy yo para elevar hasta vos mis osados deseos? Nada ha hecho la fama en mi favor, y no me atrevo a igualarme con los caballeros, que, brillantes y gloriosos, os pretenden. Sólo poseo mi corazón, que rebosa de amor y abnegación...

BERTA (Formal y ceñuda).- ¿Podéis hablar de abnegación y de amor, descuidando tanto vuestros más sagrados deberes? (Rudenz se retira.) ¿El esclavo del Austria, vendido al extranjero, opresor de sus súbditos?

RUDENZ.- ¿Es posible que oiga yo estas palabras de vuestros labios ¿A quién, sino a vos, busco yo en este partido?

BERTA.- ¿Y pensáis hallarme entre los traidores? De mejor grado daría yo mi mano al mismo Gessler, el tirano, que al hijo desnaturalizado de la Suiza, que se convierte en instrumento del opresor.

RUDENZ.- ¡Dios mío! ¡Quién lo pensara!

BERTA.- ¿Cómo? ¿Hay algo que interese más al hombre que sus deudos? ¿Hay algún deber más imperioso para los nobles corazones, que defender la inocencia y amparar a los oprimidos?... El alma se me contrista al recordar a vuestro pueblo; sufro con él, porque debo amarlo, por su modestia y su energía. Arrastra mi ánimo por completo, y lo venero más cada día... ¡Pero vos, a quien la naturaleza y los deberes de caballero obligan a protegerlo, y, sin embargo, lo abandonáis; y sois el infiel, que se pasa al enemigo, y forja cadenas para su patria! Vuestra conducta me ofende y me entristece, y hasta he de violentarme para no odiaros.

RUDENZ.- ¿No deseo yo el bien de mi país? En paz, bajo el cetro poderoso del Austria...

BERTA.- ¿Intentáis hacerlo esclavo? ¿Arrebatat a la libertad su último refugio? Mejor comprende su dicha el pueblo, y ninguna apariencia engañosa perturba su seguro instinto. Lo envolvéis en una red.

RUDENZ.- ¡Berta! ¿Me odiáis, y me despreciáis?

BERTA.- Más valdría que lo hiciera... Pero ver despreciado y digno de desprecio, a quien se amaría con la mejor voluntad...

RUDENZ.- ¡Berta! ¡Berta! Después de mostrarme el más alto pináculo de ventura, me precipitáis en seguida en el abismo.

BERTA.- No, no; aún no se han extinguido en vuestro pecho por completo los sentimientos más nobles. Duermen y es menester despertarlos. Habéis de contradeciros con energía para ahogar en vuestra alma su ingénita virtud. Por fortuna es más fuerte que vos, y a pesar vuestro, sois bueno, y sois hidalgo.

RUDENZ.- ¿Tenéis confianza en mí? ¡Oh Berta! Vuestro amor es y será todo para mí.

BERTA.- Sed lo que os manda la próspera naturaleza. Ocupad el lugar que os señala entre vuestros compatriotas y vuestro país, y luchad en defensa de sus sagrados derechos.

RUDENZ.- ¡Ay de mí! ¡Cómo pretenderos, cómo poseeros, si me opongo al poder del Emperador? ¿No es la voluntad influyente de vuestros deudos la que dispone a su albedrío de vuestra mano?

BERTA.- En los cantones radican mis bienes, y seré libre, si lo es también Suiza.

RUDENZ.- Berta, ¿qué perspectiva me ofrecéis?

BERTA.- No esperéis poseerme mediante el favor del Austria, porque sólo se preocupa de mi herencia

y de quien ha de disfrutarla, casándose conmigo. La misma codicia de territorio, que quiere aniquilar vuestra libertad, me amenaza también... ¡Oh, amigo mío! Destinada estoy quizás a ser la víctima propiciatoria que recompense a algún favorito. Se proponen arrastrarme a la corte del Emperador, en donde tienen su asiento la falsedad y las intrigas, y allí me esperan las cadenas de un odioso himeneo. ¡Sólo el amor... sólo vuestro amor puede salvarme!

RUDENZ.- ¿Y podríais resolveros a vivir aquí, a ser mía, en mi propia patria? ¡Oh Berta; mi único anhelo en este mundo era llamaros mía! Os buscaba en el sendero de la gloria, y mi ambición era sólo mi amor... Pero si os decidís a encerraros en estos valles pacíficos, y renunciar a las vanidades terrenales... ¡oh! entonces, he logrado mi más vivo deseo, y la corriente alborotada del mundo puede estrellarse en esta segura orilla... Ningún afán transitorio siento ya en medio de la vasta extensión de la vida. ¡Ojalá que estas rocas formen a nuestro rededor infranqueable muralla, y que sólo este valle aislado quede expuesto al cielo y a la luz!

BERTA.- Ahora eres tú como mi corazón sensible lo había soñado; mi fe no me había seducido vanamente.

RUDENZ.- ¡Adiós, pues, necia ilusión, que me engañaste! En mi patria encontrará mi mayor ventura. Aquí, en donde pasó alegre mi infancia, en donde árboles y fuentes se ostentan llenos de vida, aquí, en mi patria, ¿quieres ser tú mía? ¡Ay de mí! Siempre la amé. Conozco que, sin ella, no hubiese habido para mí placer ni dicha alguna.

BERTA.- ¿En dónde se hallarán las Islas afortunadas, si no están aquí, en esta mansión de la inocencia? ¿Aquí, en donde habita la lealtad antigua como en su propio domicilio, en donde la falsedad es desconocida? La envidia no enturbiará la fuente de nuestra felicidad, y las horas correrán para nosotros siempre tranquilas... Te considero revestido de la verdadera dignidad humana, el primero entre tus iguales, hombres libres, tributándote puro y sincero homenaje, grande como un soberano en su reino.

RUDENZ.- Y yo te contemplo reina de todas las mujeres, seductora en tus quehaceres domésticos, una gloria mi casa, y como la primavera prodiga sus flores, así tú, con tu gracia y tu belleza, vivificarás y encantarás a cuanto te rodea.

BERTA.- Ya sabes la causa de mi aflicción, cuando te veía destruyendo con tus manos tu propia y suprema ventura... ¡Ay de mí! ¿Cuán deplorable no

fuera mi destino, si yo hubiese de seguir a su castillo sombrío a ese orgulloso caballero, tirano de mi país?... Aquí no hay ningún castillo, ni murallas que me separen del pueblo, cuya dicha, es mi voto más ardiente.

RUDENZ.- Pero ¿cómo salvarme... cómo desatar los lazos, que yo mismo me he preparado en mi delirio?

BERTA.- ¡Rómpelos con energía varonil! ¡Suceda lo que quiera... quédate con tu pueblo! ¡He ahí tu puesto! (Suenan a lo lejos trompas de caza.)

ESCENA III

Un prado, cerca de Altdorf; árboles, en el primer término del fondo, y, detrás, un sombrero en el extremo de un palo. El Baunberg limita por detrás el horizonte, y se alza sobre esa cadena de montañas un pico, cubierto por la nieve.

FRIESSHARDT y LEUTHOLDO hacen centinela.

FRIESSHARDT.- En vano esperamos. Nadie pasará por aquí y saludará al sombrero. Ayer había tanta

gente como en una feria; hoy está desierta esta pradera, desde que se ha puesto ahí ese espantajo.

LEUTHOLDO.- Sólo la gentuza acude, y saluda con sus gorras desgarradas. Los hombres honrados prefieren dar un rodeo largo a hacer sus cortesías al sombrero.

FRIESSHARDT.- Han de pasar necesariamente por este paraje al mediodía, después que salgan del Ayuntamiento. Ya pensaba yo en hacer una buena presa, porque ninguna se cuidaba del sombrero. Entonces se presentó Rösselmann, el cura... que llegaba con el Viático de la casa de un enfermo... y se paró con el Santo Sacramento al pie del palo... el sacristán tocó la campanilla, y todos, y yo, nos arrodillamos, y se prosternaron ante el Viático, no ante el sombrero...

LEUTHOLDO.- Oye, compañero; estoy por decir que estamos aquí a la vergüenza ante el sombrero... Es mengua para un soldado de a caballo hacer aquí centinela a un sombrero solo... Todo hombre honrado nos despreciará sin remedio... ¡Saludar a un sombrero! ¡Sí; hay que confesar que es un capricho necio!

FRIESSHARDT.- Y ¿por qué no a un sombrero vacío, sin cabeza que lo lleve? Bien te inclinas tú, sin

embargo, ante cabezas tan desprovistas como él de seso. (Hildegarda, Matilde, e Isabel se aparecen con sus hijos, y se colocan alrededor del palo.)

LEUTHOLDO.- Tú eres tan celoso bribón, que serías capaz, de buen grado, de ofender a estas pobres gentes. Que pase, pues, quien quiera junto al sombrero; yo cierra los ojos y nada veo.

MATILDE.- ¡He ahí al Gobernador!... ¡Mostradle respeto, muchachos!

ISABEL.- Dios permita que se vaya, y sólo nos deje su sombrero. No estaríamos peor en este país.

FRIESSHARDT (Echándolas).- ¡Fuera de aquí, endiabladas mujeres! ¿Quién os llama? Enviadnos vuestros maridos, si tienen valor para mofarse de nuestras órdenes. (Vanse las mujeres; Tell se adelanta con su ballesta, trayendo su hijo de la mano; pasan junto al sombrero, sin reparar en él, hacia el proscenio.)

GUALTERIO (Señalando hacia Baunberg).- ¿Es verdad, padre, que allá, en aquella montaña, sangran los árboles, cuando se los hiere con el hacha?

TELL.- ¿Quién lo ha dicho, muchacho?

GUALTERIO.- El rabadán lo ha dicho... Asegura que están encantadas, y que la mano de quien los ofende sale de se sepulcro.

TELL.- Es verdad que los árboles están encantados... ¿Ves allí esas montañas, esos picachos blancos, que se pierden en las nubes?

GUALTERIO.- Son la región de las nieves heladas, que retumban por la noche, y nos envían las avalanchas.

TELL.- Así es; y largo tiempo hace que habrían sepultado al pueblo de Altdorf bajo su peso, si no lo protegiese el bosque con sus árboles.

GUALTERIO (Después de una pausa).- ¿Hay países, padre mío, sin montañas?

TELL.- Cuando se baja de estas alturas, siguiendo siempre el curso del río, se llega a una región extensa y llana, en donde los torrentes no despiden espuma, ni braman, y las aguas corren tranquilas y calladas. La vista se dilata por vastos horizontes, sin estorbo alguno, y el trigo crece en bellos y vastos campos, y la tierra parece un perpetuo jardín.

GUALTERIO.- ¿Y por qué no nos encaminamos en seguida a ese país delicioso, en lugar de permanecer aquí, siempre en la angustia y el tormento?

TELL.- La tierra es bella y fértil, como el cielo es hermoso; sin embargo, quienes la cultivan no gozan de los frutos que sembraron.

GUALTERIO.- ¿No son libres, como tú, en su propio patrimonio?

TELL.- El campo es del Obispo y del Rey.

GUALTERIO.- ¿Pero cazarán, cuando quieran, en los bosques?

TELL.- La caza terrestre y la volátil pertenece al señor.

GUALTERIO.- Pero ¿pescarán a lo menos en los ríos?

TELL.- Los ríos, la mar y la sal son del Rey.

GUALTERIO.- ¿Quién es ese Rey, a quien todos temen?

TELL.- El único que los protege y los mantiene.

GUALTERIO.- ¿No pueden ellos defenderse?

TELL.- El vecino ni aún de su vecino se fía.

GUALTERIO.- Con estrechez, oh padre, viviría yo en región tan ancha. Prefiero habitar bajo la amenaza de los ventisqueros.

TELL.- Sí, hijo; vale más la compañía temible de los valles cubiertos de nieve helada, que la de los hombres perversos. (Hacen ademán de pasar adelante.)

GUALTERIO.- Mira, padre, ese sombrero en lo alto de un palo.

TELL.- ¿Qué nos importa? Vámonos (Al andar, Friesshardt le presenta la lanza.)

FRIESSHARDT.- ¡Deteneos; no deis un paso, en nombre del Emperador!

TELL (Agarrando la lanza).- ¿Qué queréis? ¿Por qué me detenéis?

FRIESSHARDT.- Habéis faltado, violando el bando del Gobernador. ¡Seguidnos!

LEUTHOLDO.- No habéis hecho el saludo al sombrero.

TELL.- Vaya, mi buen amigo, dejadnos en paz.

FRIESSHARDT.- ¡A la cárcel, a la cárcel!

GUALTERIO.- ¿Mi padre a la cárcel? ¡Socorro, socorro! (Gritando.) ¡Venid aquí, amigos, socorredlos! ¡Injusticia, injusticia! ¡Que lo llevan preso! (Rösselmann el cura, y Petermann el sacristán, acuden con otros tres hombres.)

EL SACRISTÁN.- ¿Qué sucede?

RÖSSELMANN.- ¿Por qué pones la mano en este hombre?

FRIESSHARDT.- ¡Es un enemigo del Emperador, un traidor!

TELL (Sacudiéndolo con violencia).- ¿Yo un traidor?

RÖSSELMANN.- Te engañas, amigo. Es Tell, honrado y buen ciudadano.

GUALTERIO (Que ve a Gualterio Fürst, y corre hacia él).- ¡Socorro, abuelo! ¡Prenden sin derecho a mi padre!

FRIESSHARDT.- ¡Vamos; vamos a la cárcel!

FÜRST (Saliendo a su encuentro).- ¡Yo soy su fiador! ¡Deteneos!... ¡Decidme, por Dios, qué ha sucedido... Tell! (Llegan Melchthal y Stauffacher.)

FRIESSHARDT.- Desprecia el poder supremo del Gobernador, y no quiere reconocerlo.

STAUFFACHER.- ¿Lo ha hecho Tell así?

MELCHTHAL.- ¡Mientes, bribón!

LEUTHOLDO.- No ha saludado al sombrero.

FÜRST.- ¿Y ha de ir por eso a la cárcel? Acéptame, amigo, por fiador, y déjalo en libertad.

FRIESSHARDT.- Guarda para ti, y para tu defensa, tu fianza. Nosotros obedecemos a quien nos manda... ¡Lleváoslo!

MELCHTHAL (A sus compatriotas).- ¡No; esta es una arbitrariedad escandalosa! ¿Hemos de consentir, que, con esa insolencia, lo lleven preso en nuestras barbas?

EL SACRISTÁN.- ¡Podemos más que ellos! ¡No lo toleréis, amigos! Los demás nos ayudarán.

FRIESSHARDT.- ¿Quién se opone al cumplimiento de las órdenes del Gobernador?

OTROS TRES (Que acuden).- Nosotros os ayudamos. ¿Qué sucede? ¡Derribadlos en tierra! (vuelven Hildegarda, Matilde e Isabel.)

TELL.- Me basto a mi mismo. Idos, buena gente. ¿Creéis que, si yo quisiera resistirme, me amedrentarían sus alabardas?

MELCHTHAL (A Friesshardt).- ¡Prueba a llevártelo de aquí!

FÜRST Y STAUFFACHER.- ¡Sosegaos! ¡Haya Paz!

FRIESSHARDT.- ¡Motín y sedición! (Se oyen trompas de caza.)

LAS MUJERES.- ¡Aquí viene el Gobernador!

FRIESSHARDT (Levantando la voz).- ¡Motín y sedición!

STAUFFACHER.- ¡Grita hasta reventar, bribón!

RÖSSELMANN Y MELCHTHAL.- ¿Quieres callar?

FRIESSHARDT (Gritando más).- ¡Socorro, socorro a los guardadores de las leyes!

FÜRST.- ¡Ah de nosotros! ¡Ahí está el Gobernador! ¿Qué sucederá ahora? (Gessler, a caballo, con el halcón en el puño; Rudolfo de Harras, Bertha y Rudenz; numeroso séquito de criados armados, que llenan la escena alrededor.)

RUDOLFO.- ¡Plaza, plaza al Gobernador!

GESSLER.- ¡Dispersadlos! ¿A qué tanta gente? ¿Quién pide auxilio? (Silencio general.) ¿Quién era? Quiero saberlo (A Friesshardt.) ¡Acércate tú! ¿Quién eres, y qué te ocurre con ese hombre! (Da el halcón a un criado.)

FRIESSHARDT.- Poderoso señor; soy uno de tus hombres de armas, centinela por tus órdenes de este sombrero. He sorprendido en fragante delito a este hombre, que rehusaba saludarlo. Intentaba llevarlo a la cárcel, como tú mandaste, y el pueblo se preparaba a libertarlo.

GESSLER (Pausa).- ¿Así desprecias tú a tu Emperador, oh Tell, y a mi, que lo represento, y rehúsas reverenciar ese sombrero que hice poner en ese palo para probar vuestra obediencia? Dejaste entrever así tu dañada intención.

TELL.- Perdonadme, buen señor; por inadvertencia, no por mofa, lo hice. Si yo lo hubiese hecho con premeditada intención, tan verdad como me llamo Tell, que no implorara vuestra clemencia, aunque así y todo no la invocaré más.

GESSLER (Después de un momento de silencio).- Dicen que eres maestro en tirar la ballesta, y que jamás yerras el blanco.

GUALTERIO TELL.- Es cierto, señor, que mi padre, a los cien pasos, derriba una manzana de un árbol.

GESSLER.- ¿Es éste hijo tuyo, Tell?

TELL.- Sí, señor.

GESSLER.- ¿Tienes más hijos?

TELL.- Dos, señor.

GESSLER.- ¿Y a cuál de los dos quieres más?

TELL.- Quiero lo mismo a los dos.

GESSLER.- Bien, Tell; puesto que aciertas a una manzana en el árbol, a los cien pasos, darás en mi presencia una prueba de tu destreza... Toma la ballesta. La tienes en la mano... y disponte a acertar una manzana en la cabeza de tu hijo. Pero te aconsejo que apuntes bien y que la toques al primer disparo, porque si la yerras, te va en ello la cabeza. (Todos se horrorizan.)

TELL.- Señor... ¿Qué monstruosidad exigís de mí?... que yo, en la cabeza de mi hijo... no, no, buen señor, imposible que habléis formalmente... ¡Líbreme de ello Dios misericordioso!... ¡No podéis mandarlo en vuestro juicio a padre alguno!

GESSLER.- Tirarás a una manzana, puesta en la cabeza de tu hijo... ¡lo deseo y lo ordeno!

TELL.- ¿Que yo apunte con mi ballesta a la cabeza de mi querido hijo?... ¡Prefiero morir!

GESSLER.- ¡O tiras, o mueres con tu hijo!

TELL.- ¿He de ser yo el asesino de mi hijo?... Señor, sin duda no los tenéis, e ignoráis lo que sufrirá el corazón de todo padre.

GESSLER.- ¡Qué prudente te has hecho de improviso! Me han dicho que eres un visionario, y que te has propuesto distinguirte de los demás hombres. Te agrada lo insólito... y he aquí por qué he escogido para ti esta hazaña llena de azares. Otro reflexionaría... tú, cierra los ojos, y acométela con resolución.

BERTHA.- No os burléis, señor, de estas pobres gentes. ¡Veis cuánta es su palidez y cuánto su temblor!... Tan poco acostumbrados están a considerar vuestras palabras como mero pasatiempo.

GESSLER.- ¿Quién os ha dicho que hablo en son de burlas? (Coge una manzana del árbol, que está a su alcance.) Aquí está la manzana. Despejad el lugar cuanto sea necesario; te concedo ochenta pasos... ni menos, ni más... Se alaba de acertar a un hombre a los cien pasos. Tira ahora, y no yerres el blanco.

RUDOLFO.- ¡Dios mío! Esto se pone serio... Arrodíllate, niño, y pide al Gobernador que te perdone la vida.

FÜRST (Aparte, a Melchthal, que apenas puede dominarse).- ¡Refrenaos; yo os lo suplico; estaos quieto!

BERTHA (Al Gobernador).- ¡Basta ya, señor! Es inhumano jugar así con las angustias de un padre. Aunque este pobre hombre, por su ligera falta, hubiese merecido morir, ¡por Dios! ya ha muerto diez veces. Dejadle que vuelva ileso a su cabaña. Ya os conoce, y así él como sus hijos se acordarán siempre de vos.

GESLER.- Despejad el sitio... vamos; ¿por qué tiemblas? Has merecido la muerte, y puedo dártela; considera que, por la gracia que te hago, pongo tu suerte en la destreza de tu arte. Nadie debe quejarse del rigor de una sentencia, cuando se le erige en árbitro de su suerte. Te alabas de la seguridad de tu puntería. ¡Pues bien! Trátase ahora, oh tirador, de probarnos tu habilidad. El blanco es digno de tí, y grande la recompensa. Dar en lo negro del círculo, cualquiera otro lo hace. El verdadero maestro es aquel, en mi juicio, que siempre está seguro de sí

mismo, y cuyo corazón ni perturba su vista ni hace temblar su mano.

FÜRST (Arrodillándose ante él).- ¡Señor Gobernador, acatamos vuestro poder; pero sed misericordioso, no justo; tomad la mitad de mis bienes, tomadlos todos; pero librad a un padre de tan horrible suplicio!

GUALTERIO TELL.- ¡Abuelo, no te arrodilles ante ese mal hombre! Decid en dónde me he de poner. Yo nada temo. Mi padre acierta al ave volando, y no herirá el corazón de su hijo.

STAUFFACHER.- Señor Gobernador; ¿no os conmueve la inocencia de ese niño?

RÖSSELMANN.- ¡Reflexionad que hay un Dios en el cielo a quien daréis cuenta de vuestras acciones!

GESSLER (Señalando al niño).- ¡Atadlo allí, en aquel tilo!

GUALTERIO TELL.- ¡Atarme! ¡No, no quiero que me sujeten! Estaré quieto, como un cordero, y no respiraré siquiera. Pero si me atáis, no lo consentiré; no, forcejearé cuanto pueda.

RUDOLFO.- ¡Deja que te venden los ojos, muchacho!

GUALTERIO TELL.- ¿Por qué los ojos? ¿Creéis que tengo miedo a la flecha, disparada por la mano

de mi padre? La esperaré con firmeza, y no pestañearé. ¡Pronto, padre; prueba que eres buen ballestero! No tiene en tí confianza, y se lisonjea de perdernos. ¡Tira y acierta, para afligir a este hombre cruel! (Acércase al tilo, y le ponen la manzana en la cabeza.)

MELCHTHAL (A sus compatriotas).- ¿Cómo? ¿Se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¿Para qué sirven nuestros juramentos?

STAUFFACHER.- ¡Es inútil! No tenemos armas. Observad las innumerables lanzas que nos rodean.

MELCHTHAL.- ¡Oh! ¡Si hubiésemos realizado en seguida nuestro plan! ¡Que Dios perdone a quienes aconsejaron su aplazamiento!

GESSLER (A Tell).- ¡A la obra! No se usan armas impunemente. Es arriesgado llevar un instrumento de muerte, y la flecha se vuelve a veces contra el que la dispara. Este derecho orgulloso, que el labrador se arroga, ofende al señor supremo del territorio. Sólo debe llevar armas el que manda. Si os envaneceís, pues, de no separaros de vuestro arco y vuestras flechas, ¡sea en hora buena! Yo os proporcionaré blanco.

TELL (Que tiende la ballesta, y pone en ella una flecha).- ¡Apartaos! ¡Plaza!

STAUFFACHER.- ¿Cómo, Tell? Queréis... jamás... tembláis... vuestras manos están trémulas, vuestras rodillas vacilan...

TELL (Que deja caer la ballesta).- ¡No ven claro mis ojos!

LAS MUJERES.- ¡Dios del cielo!

TELL (Al Gobernador).- ¡Libradme de este suplicio! ¡Aquí está mi corazón! (Descubriéndose el pecho.) Llamad a vuestros caballeros para que me maten.

GESSLER.- Para nada quiero tu vida, sí tu tiro. Si todo lo puedes, Tell; nada te asusta; manejas el remo como la ballesta. Ninguna borrasca te amedrenta, cuando se trata de salvar a alguno. Sálvate ahora a ti mismo, salvador. Tú salvas a todos los demás. (Tell sufre tremenda lucha; sus manos tiemblan, y sus ojos se dirigen, ya al Gobernador, ya al cielo. De improviso coge su carcax, y saca de él una flecha y la esconde en su seno. El Gobernador observa todos sus movimientos.)

GUALTERIO TELL (Bajo el tilo).- ¡Tira, padre! ¡No tengo miedo!

TELL.- Es preciso. (Se reanima, y se dispone a tirar.)

RUDENZ (Que, mientras tanto, se ha dominado con trabajo, presa de la más violenta agitación, se adelanta).- Señor Gobernador, no iréis más allá, no... era sólo una prueba... habéis conseguido vuestro fin... El extremado rigor es enemigo de la prudencia, y el arco, demasiado tendido, se rompe.

GESSLER.- Callaos hasta que os manden hablar.

RUDENZ.- Quiero y debo hablar. La honra de mi Rey es sagrada para mí, y esta conducta sólo odio concita. No es ése el deseo del Soberano... Me atrevo a sostenerlo... Mi pueblo no merece castigo tan cruel, y no tenéis facultades para infligirlo.

GESSLER.- ¡Ah! ¡Os atrevéis!...

RUDENZ.- He callado hasta ahora ante tanto abuso como he presenciado. Híceme el ciego, viendo, y he encerrado en mi pecho mi indignación y mi ira, pero guardar más tiempo silencio, sería una traición a mi patria y a mi Emperador.

BERTHA (Que se interpone entre Rudenz y el Gobernador).- ¡Oh Dios! Irritáis aún más a este furioso.

RUDENZ.- He abandonado a mis conciudadanos, a mis parientes, a todos los lazos naturales, para servirlos tan sólo... Creía obrar bien, contribuyendo a consolidar el poder del Emperador... La venda cae

ya de mis ojos... Temblando me veo ya arrastrado al borde del abismo. Habéis pervertido mi juicio, libre en su origen, y emponzoñado mi corazón, antes sano... Hallábame próximo, con la mejor voluntad del mundo, a perder a mis compatriotas.

GESSLER.- Te atreves, oh temerario, a hablar así a tu Señor?

RUDENZ.- El Emperador es mi señor, no vos... Libre ha nacido yo aquí, como vos, y os soy igual en todas las cualidades de caballero. Y si no estuviereis aquí en nombre del Emperador, a quien yo honro, cuando vos lo ultrajáis, arrojaría aquí el guante, en vuestra presencia, y habríais de darme satisfacción con arreglo a las leyes de caballería... Sí; haced señales a vuestros soldados; no estoy sin armas, como los que... (Indicando al pueblo.) Tengo una espada, y el que se me acerque...

STAUFFACHER (Gritando).- ¡La manzana ha caído! (Mientras se volvían todos hacia el Gobernador y Rudenz, separados entre sí por Bertha, Tell ha tirado su flecha.)

RÖSSELMANN.- ¡El niño vive!

MUCHAS VECES.- ¡La manzana ha caído! (Gualterio Fürst vacila, y está a punto de desmayarse. Bertha le sostiene.)

GESSLER (Admirado).- ¿Ha tirado? ¿Cómo? ¿Este insensato...

BERTHA.- El niño vive. ¡Tranquilizaos, buen padre!

GUALTERIO TELL (Que llega saltando con la manzana.) ¡Aquí está la manzana, padre! Ya sabía yo que tú no herirías a tu hijo. (Tell está con el cuerpo inclinado, como si quisiera seguir a la flecha disparada; deja caer en tierra la ballesta; cuando ve venir al niño, corre a su encuentro con los brazos abiertos, y lo estrecha con efusión contra su pecho; en esta situación, está a punto de desmayarse.)

BERTHA.- ¡Oh, Dios misericordioso!

FÜRST (Al padre y al hijo).- ¡Hijos, hijos míos!

STAUFFACHER.- ¡Loado sea Dios!

LEUTHOLDO.- ¡Tiro ha sido! Siempre se hablará de él.

RUDOLFO.- Se recordará a Tell, el ballestero, mientras duren estas montañas. (Entrega al Gobernador la manzana.)

GESSLER.- Le ha dado en el centro. Ha sido un tiro maestro, digno de alabanza.

RÖSSELMANN.- Bueno fue el tiro; pero ¡ay de aquel que lo ha forzado a tentar a Dios!

STAUFFACHER.- ¡Reanimaos, Tell! Levantaos; os habéis portado varonilmente, y ahora, con toda libertad, podréis regresar a vuestra casa.

RÖSSELMANN.- Andad, andad; llevad ese niño a su madre. (Intentan llevárselo.)

GESSELER.- ¡Oye, Tell!

TELL (Volviendo atrás).- ¿Qué mandáis, señor?

GESSELER.- Ocultaste una flecha en tu pecho... Si, si; lo vi bien... ¿Con qué objeto?

TELL.- (Confuso).- Señor, es costumbre usada por los ballesteros.

GESSELER.- No, Tell, no es verdad. Otro ha sido tu objeto. Dime la verdad, libre y francamente, Tell. Sea lo que fuere, te garantizo la vida.. ¿Para qué esa segunda flecha?

TELL.- Bien, señor; puesto que me aseguraréis la vida, os diré toda la verdad. (Saca la flecha del seno, y lanza al Gobernador una mirada terrible.) Con esta segunda flecha hubiera atravesado... a vos, si hiriese antes a mi hijo querido, y la vuestra... de seguro no hubiese errado el blanco.

GESSELER.- ¡Bien, Tell! Te he prometido la vida, y no faltaré a mi palabra de caballero... Sin embargo, conociendo ya tus intenciones perversas, te llevaré y guardaré en donde no veas más el sol ni la luna, y

así no temeré tus flechas. ¡Sujetadlo, soldados; atadlo! (Atan a Tell.) STAUFFACHER.- ¿Cómo, señor? ¿Es posible que tratéis a si a un hombre, tan visiblemente protegido por Dios?

GESSLER.- Veremos si Dios lo protege por segunda vez... Que lo lleven a mi harca. Lo seguiré inmediatamente, y yo mismo lo llevaré a Kussnacht.

RÖSSELMANN.- No osaréis hacerlo, ni aun el mismo Emperador, porque lo impiden nuestras franquicias.

GESSLER.- ¿En dónde están? ¿Las ha confirmado el Emperador? No... Obtendréis esa gracia por vuestra sumisión. Sois rebeldes al Emperador, y sólo abrigáis deseos sediciosos y proyectos insensatos. Os conozco a todos bien... veo cuanto pasa en vuestro corazón... Si me llevo este hombre de entre vosotros, todos sois reos de su delito. Que aprenda el prudente a callar y obedecer. (Vase, siguiéndole Bertha, Rudenz, Rudolfo de Harras, y sus servidores, quedándose Friesshardt y Leutholdo.)

FÜRST (Preso de dolor inconsolable).- ¡Se fue! Ha resuelto, perderme a mí y a mi familia.

STAUFFACHER (a Tell).- ¿Por qué encolerizar más a ese furioso?

TELL.- ¿Quién se domina, sintiendo el dolor que yo?

STAUFFACHER ¡Todo, todo se ha perdido! Con vos, todos hemos sido presos, encadenados.

OTROS SUIZOS (Que rodean a Tell).- Con vos se va nuestro último consuelo.

LEUTHOLDO (Acercándose a Tell).- ¡Os compadezco, Tell!... Sin embargo, me veo en la necesidad de obedecer.

TELL.- ¡Que Dios os guarde!

GUALTERIO TELL (Abrazando a su padre, con el mayor dolor.) ¡Oh, padre, padre! ¡Oh, padre mío querido!

TELL (Levantando los brazos al cielo).- ¡Allí está nuestro padre! ¡Invocadlo!

STAUFFACHER.- ¿Nada digo a vuestra esposa de vuestra parte?

TELL (Levantando a su hijo, y estrechándolo contra su pecho).- ¡Mi hijo está ileso. ¡Dios me ayudará! (Aléjase con precipitación, y sigue a los criados armados del Gobernador.)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Ribera oriental del lago de los Cuatro Cantones. Rocas extrañas y escarpadas limitan la vista al Oeste. El lago está revuelto, y al ruido de su oleaje acompañan relámpagos y truenos.

KUNZ DE GERSAU, un PESCADOR y su HIJO.

KUNZ.- Lo vi con mis ojos; podéis creerlo. Todo sucedió como os he dicho.

EL PESCADOR.- ¡Tell preso y llevado a Kussnach! El hombre mejor de este país, el brazo más esforzado, si se hubiera de combatir por la libertad.

KUNZ.- El mismo Gobernador lo conduce al lago. Estaban a punto de embarcarse, cuando dejaba yo a

Flüelen; pero la tempestad, que se acercaba, y que me ha obligado a desembarcar aquí, habrá detenido acaso su marcha.

EL PESCADOR.- ¡Tell en la cárcel y en poder del Gobernador! ¡Oh! Estad convencidos de que lo sepultará en un calabozo, bastante profundo para que no lo visite jamás la luz del día, porque ha de temerse la justa venganza del hombre libre a quien ha ofendido cruelmente.

KUNZ.- También nuestro antiguo bailío, el noble señor de Attinghausen, está moribundo, según se dice.

EL PESCADOR.- ¡Así se rompe la única ánora de nuestra esperanza! Era el único, que se atrevía a levantar su voz en defensa de los derechos del pueblo.

KUNZ.- La tempestad arrecia. ¡Quedad con Dios! Yo voy a buscar albergue en la aldea, porque ya hoy no hay que pensar en salir (Vase.)

EL PESCADOR.- ¡Tell preso y el Barón muerto! ¡Alza tu osada frente, tiranía! ¡Prescinde de toda vergüenza! ¡La verdad muda, y ciega la mirada, antes perspicaz! ¡El brazo salvador está encadenado!

EL HIJO.- Cae espeso granizo. ¡Venid a la choza, padre, que no conviene exponerse a la inclemencia del cielo!

EL PESCADOR.- ¡Desencadenaos, vientos! ¡Brillad, relámpagos! ¡Reventad, nubes! ¡Caed sin tasa, torrentes, e inundad la tierra! ¡Destruid en sus gérmenes a las generaciones futuras! ¡Reinad vosotros, rebeldes elementos! ¡Acudid, osos y lobos, a ocupar de nuevo la tierra desierta, que vuestra será ya! ¿Quién querrá vivir aquí sin libertad?

EL HIJO.- Escuchad cómo retumba el abismo, y cómo muge el viento. Nunca tempestad tan furiosa ha azotado estas olas.

EL PESCADOR.- Derribar una manzana de un flechazo de la cabeza de su propio hijo, jamás se había mandado antes a padre alguno. ¿No se ha de sublevar la naturaleza entera, llena de ira?... ¡Oh! No me admiraría de que los peñascos se lanzasen en el lago, que se liquidasen esos picos, cubiertos de hielo, inmóviles desde la creación, y se precipitasen desde sus cumbres; de que estas montañas se hicieran pedazos, se arruinasen las antiguas cavernas, y un segundo diluvio devorase la mansión de todos los seres vivos. (Óyese tocar las campanas.)

EL HIJO.- ¿No oís cómo tocan en la montaña? ¡Han visto a alguna barca en peligro, y hacen la señal para que pida Dios por ella! (Sube a una eminencia.)

EL PESCADOR.- ¡Ah de la barquilla, que ahora navegue en medio de este oleaje terrible! Tan inútil es ahora el timón como el piloto; la borrasca es soberana, y el viento y las olas se ríen de los esfuerzos humanos... Ni cerca ni lejos hay ningún refugio, que le preste seguro asilo. Las rocas tajadas, fuera de su alcance e inhospitalarias, sólo lo ofrecen su pecho duro de piedra.

EL HIJO.- (Señalando a la izquierda.) ¡Un barco, padre, viene de Flüelen!

EL PESCADOR.- ¡Que Dios venga en ayuda de esas pobres gentes! Cuando la tempestad llega a penetrar en estos abismos, se agita como una bestia feroz e iracunda contra los hierros de su jaula. En vano busca aullando la salida porque los peñascos, desde lo alto de las nubes, la encierran en este estrecho paso. (Sube a la eminencia.)

El HIJO.- ¡Es el bote del Gobernador de Uri, padre! Lo conozco por su cubierta roja y por su bandera.

EL PESCADOR.- ¡Justo Dios! Sí, es el mismo, es el Gobernador el que navega... Hacia aquí se dirige, y trae consigo su delito. Pronto lo ha alcanzado la mano vengadora, y ahora verá que hay un poder más fuerte que él. Estas olas no obedecen su voz, y estas rocas no saludan su sombrero... No reces, muchacho; no detengas el brazo de la Providencia.

EL HIJO.- ¡Yo no rezo por el Gobernador!... Pido a Dios por Tell, que viene con él en el bote.

EL PESCADOR.- ¡Oh insensato y ciego elemento! Por castigar a un culpable, ¿has de acabar con el barco y con el piloto?

EL HIJO.- Mira, mira; ya pasaron indemnes el Buggisgra; pero la violencia de la tempestad, que sale de rechazo del Teufelsmunster, los arrastra contra el peñasco de Axenberg... ¡No los veo ya!

EL PESCADOR.- Allí está el Hackmesser, en donde más de un buque se ha estrellado ya. Si no navegan con prudencia, la barca se hará pedazos en el bajo, que se eleva desde el fondo del lago... ¡Buen piloto llevan a bordo! Si alguien puede salvarlo es Tell; pero sus brazos y sus manos están sujetas (Llega Guillermo Tell, con su ballesta, a paso rápido; mira sorprendido a su rededor, y manifiesta grande inquietud. Cuando se adelanta hasta el centro del

teatro, se deja caer en tierra, toca al suelo con las manos, y las alza después hacia el cielo.)

EL HIJO.- (Al verlo) Padre, ¿quién es ese hombre, que se arrodilla allí?

EL PESCADOR.- Toca a la tierra con sus manos, y parece estar fuera de sí.

EL HIJO.- (Adelantándose) ¿Qué veo, padre? ¡Padre, venid y mirad!

EL PESCADOR.- (Aproximándose) ¿Quién es? ¡Dios del cielo! ¡Cómo! ¿Tell? ¿Cómo habéis llegado aquí?

EL HIJO.- ¿No estabais allí, en la barca, preso y atado?

EL PESCADOR.- ¿No os llevaban a Kussnach?

TELL.- (Levantándose.) ¡Ya soy libre!

EL PESCADOR Y SU HIJO.- ¿Libre? ¡Milagro de Dios!

EL HIJO.- ¿De dónde venís?

TELL.- De aquella barca.

EL PESCADOR.- ¿Cómo?

EL HIJO.- ¿Y el Gobernador?

TELL.- A merced de las olas.

EL PESCADOR.- ¿Es posible? Pero ¿cómo estáis aquí? ¿Cómo habéis escapado de vuestros lazos y de la tempestad?

TELL.- Por la providencia misericordiosa de Dios...
¡Oíd!

EL PESCADOR Y SU HIJO.- ¡Oh! ¡Hablad, hablad!

TELL.- ¿Sabéis lo sucedido en Altdorf?

EL PESCADOR.- Todo lo sé; hablad.

TELL.- ¿Sabéis que el Gobernador me hizo prender y atar, queriendo llevarme a su castillo de Kussnacht?

EL PESCADOR.- Y que se embarcaría con vos en Flüelen. ¡Ya lo sabemos! Decid, ¿cómo habéis escapado?

TELL.- Yacía yo en la barca, atado fuertemente con cuerdas, sin armas, perdido por completo... No esperaba ver más la alegre luz del sol, ni el amado rostro de mi esposa e hijos, contemplando inconsolable las aguas desiertas...

EL PESCADOR.- ¡Oh, pobre hombre!

TELL.- Así navegábamos el Gobernador, Rudolfo de Harras y los criados. Mi carcax y mi ballesta estaban detrás, junto al timón. En el momento, en que llegábamos a ese recodo, cerca de la pequeña roca de Axen, quiso Dios que una tempestad horrorosa brotara de los desfiladeros del San Gothardo. Los remeros desfallecieron, y pensaron todos perecer.

Oí entonces que un criado se volvió hacia el Gobernador y le dijo: «Ya veis, señor, nuestro apuro y el vuestro, y cuán al borde nos encontramos de la muerte... Los remeros, de miedo, dudan qué hacer, y qué rumbo tomar... Pero Tell es un hombre vigoroso, y sabe dirigir una barca. ¿Os parece bien que en este trance aprovechemos su habilidad? Entonces me dijo el Gobernador: «Tell, si tienes confianza en ti mismo para ayudar a librarnos de esta borrasca, te libraría de los lazos que te sujetan.» Yo le contesté: «Sí, señor; con ayuda de Dios creo que podré socorreros en este apuro.» Así me desataron, y empuñé el timón, y navegué valientemente. Mientras tanto, buscaba de soslayo mis armas, y escudriñaba atento la orilla, para saltar en ella sin peligro. Y al notar yo un peñasco que se avanzaba escarpado en el mar...

EL PESCADOR.- Sé cuál es; el que yace al pie del gran Axen, aunque no creía posible... siendo tan difícil su acceso... que se pudiera alcanzar desde una barca.

TELL.- Grité a los remeros que manejasen con vigor el remo, hasta que llegásemos al borde de la roca. «Si la emparejamos, les dije, escapamos del mayor riesgo.» Y cuando la tocamos, en seguida, bogando con energía, invoqué a Dios, y reuniendo

todas mis fuerzas, salté al escarpado peñasco con mis armas, rechazando con el pie la barca, y abandonándola al capricho de las olas y a la voluntad divina. Véome, pues, así libre de la violencia de la borrasca, y de la maldad más terrible de los hombres.

EL PESCADOR.- Tell, Tell; el Señor, por salvaros, ha hecho un milagro patente; apenas creo el testimonio de mis sentidos... Pero decidme, ¿A donde pensáis ir ahora? Por que en ningún paraje estáis seguro, si el Gobernador sale ileso de esta tempestad.

TELL.- Oí afirmar, cuando estaba atado a la barca, que se proponía desembarcar en Brunnen, y pasando por Schwitz, llevarme a su castillo.

EL PESCADOR.- ¿Quería, pues, tomar el camino por tierra?

TELL.- Así lo pensaba.

EL PESCADOR.- ¡Oh! Ocultaos sin tardanza. No es posible que Dios os ayude por dos veces.

TELL.- Indicadme cuál es el camino más corto para Arth y Küssnacht.

EL PESCADOR.- El principal va por entre peñascos; pero mi hijo os llevará a Lowerz por otro poco conocido, y más en línea recta.

TELL (Dándole la mano).- ¡Que Dios premie vuestra bondad! ¡Adiós! (vase, y vuelve en seguida.)
¿No habéis jurado también en Rütli? Creo que me lo dijeron así.

EL PESCADOR.- Estuve allí, y juré también como los demás.

TELL.- Entonces, hacedme el obsequio de ir cuanto antes a Bürglen, para tranquilizar a mi esposa, y decidle que estoy sano y salvo.

EL PESCADOR.- Pero, ¿a dónde le digo que os escondéis?

TELL.- Encontraréis allí a mi suegro, y a otros conjurados del Rütli. Decidles que se alegren, y tengan buen ánimo; que Tell es libre, que puede hacer uso de sus brazos, y que pronto oirán nuevas de mí.

EL PESCADOR.- ¿Cuál es vuestro proyecto? Descubrídmelo sin temor.

TELL.- Cuando lo haga, se sabrá (Vase.)

EL PESCADOR.- Enséñale el camino, Jenni... ¡Dios le ayude!... Que lleve a cabo su propósito (Vase.)

ESCENA II

Sala del castillo de Atthinghausen.

EL BARÓN, moribundo, en un sillón;
GUALTERIO FÜRST, STAUFFACHER,
MELCHTHAL y BAUMGARTEN, asistiéndolo, y
GUALTERIO TELL arrodillado ante él.

FÜRST.- ¡Espiró ya! ha muerto.

STAUFFACHER.- No está muerto todavía... Su aliento conmueve ligeramente sus labios. Su sueño es tranquilo, y una sonrisa particular se nota en sus rasgos. (Baumgarten se acerca a la puerta, y habla con alguno.)

FÜRST (A Baumgarten).- ¿Quién es?

BAUMGARTEN (Al volver).- Vuestra hija Eduvigis. Quiere hablaros, y ver a su hijo. (Gualterio Tell se levanta.)

FÜRST.- ¿Puedo yo consolarla? ¿Tengo yo mismo algún consuelo? ¿Hay calamidad que no me agobie?

EDUVIGIS (Entrando).- ¿En dónde está mi hijo? Dejadme verlo.

STAUFFACHER.- ¡Refrenaos! Reflexionad que estáis en la casa de un muerto...

EDUVIGIS (Corriendo hacia el niño).- ¡Gualterio mío! ¡Oh! ¡Vive para tu madre!

GUALTERIO (Abrazándola).- ¡Pobre madre mía!

EDUVIGIS.- ¿Nada has sufrido? ¿Estás sano y salvo? (Examinándolo con solícita inquietud.) ¿Es posible? ¿Pudo tirar contra ti? ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Oh! No tiene corazón... ¡Pudo disparar la flecha contra la cabeza de su hijo!

FÜRST.- Hízolo lleno de angustia, con el corazón traspasado. Forzaronlo a ello; porque le iba la vida.

EDUVIGIS.- ¡Oh! Si su corazón fuese el de un padre, antes que hacerlo, hubiese muerto mil veces.

STAUFFACHER.- Debierais alabar la misericordia divina, que dirigió tan bien la flecha...

EDUVIGIS.- ¿Cómo olvidar yo lo que pudiera haber sucedido? ¿Dios del cielo! Aunque viviese ochenta años... he de ver siempre atado al niño, a su padre tirándole, y a la flecha, que me ha de herir eternamente el corazón.

MELCHTHAL.- ¡Si supieseis cuánto lo encolerizó el Gobernador!

EDUVIGIS.- ¡Oh crueldad humana! Cuando ofenden el orgullo de los hombres, a nada atienden; y, en su ciega cólera, no se cuidan ni de la cabeza del hijo, ni de los sentimientos de la madre.

BAUMGARTEN.- ¿No es ya bastante dura la suerte de vuestro esposo, para aumentarla más con

vuestras inoportunas reconvenciones? ¿Nada os dicen sus penas?

EDUVIGIS (Se vuelve hacia él, y lo mira con insistencia).- ¿Y tú sólo tienes lágrimas para llorar la desdicha de tu amigo? ¿Qué hacíais, cuando ataban al mejor de los hombres? ¿Por qué no lo socorríais? Estabais presentes, y no os oponíais a esa violencia, y consentisteis que arrancasen de entre vosotros a vuestro amigo? ¿Ha sido ese el comportamiento de Tell con vosotros? ¿Se limitaba también a compadeceros cuando te acosaban los caballeros del gobernador, por una parte y por la otra te esperaba el lago alborotado? No deploró tu suerte con lágrimas inútiles, sino saltó en la barca, y olvidando mujer e hijos, te salvó, y...

FÜRST.- ¿Qué podíamos hacer nosotros por salvarlo, estando sin armas, y en menor número?

EDUVIGIS (Abrazándolo).- ¡Oh padre! ¡Tú también lo has perdido! ¡El país; todos nosotros lo hemos perdido! ¡A todos, ay de mí, nos hace falta, y él necesita de todos nosotros! Que Dios libre su alma de desesperación. No llegarán los consuelos de sus amigos hasta las profundidades de su calabozo... ¿Y si enfermara? Y enfermará en las húmedas tinieblas de su cárcel. Como la rosa de los Alpes palidece y se

aja en las lagunas, así él no encuentra la vida sino a la luz del sol, y respirando aire balsámico y puro. ¿Preso él? La libertad es para él todo, y no puede vivir en una atmósfera subterránea.

STAUFFACHER.- ¡Calmaos! Todos trabajaremos para abrir las puertas de su prisión.

EDUVIGIS.- ¿Qué podéis hacer sin él? Mientras Tell fue libre, sí, había alguna esperanza; la inocencia contaba con un amigo, el perseguido con un salvador, y Tell socorría a todos... ¡Y todos vosotros juntos no lograsteis romper, sus cadenas! (El Barón despierta.)

BAUMGARTEN.- ¡Silencio, que se mueve!

ATTINGHAUSEN (Incorporándose).- ¿En dónde está?

STAUFFACHER.- ¿Quién?

ATTINGHAUSEN.- ¿Está ausente, y me abandona en mis últimos momentos?

STAUFFACHER.- Piensa en su sobrino... ¡Se ha ido a buscarlo!

FÜRST.- Ya se han dado las órdenes para ello. Consolaos... Ha oído la voz de su corazón, y es nuestro.

ATTINGHAUSEN.- ¿Ha hablado en favor de su patria?

STAUFFACHER.- Con temeridad heroica

ATTINGHAUSEN.- ¿Por qué no viene para recibir mi última bendición? Conozco que me muero por momentos.

STAUFFACHER.- No tan pronto, noble señor. Ese breve sueño os ha reanimado, y vuestros ojos están serenos.

ATTINGHAUSEN.- El dolor es la vida, y me abandona también. El sufrimiento se ha ido con la esperanza. (Observa al niño.) ¿Quién es este niño?

FÜRST.- ¡Bendecido, señor! Es mi nieto, y está huérfano de padre. (Eduvigis, con su hijo, se arrodilla ante el Barón.)

ATTINGHAUSEN.- ¡A todos os dejo huérfanos, a todos!... ¡Ay de mí, que mis últimas miradas han visto la ruina de mi patria! ¿Subir yo el último peldaño de la escala de la vida, para morir con todas mi ansias?

STAUFFACHER (A Fürst).- ¿Morirá con esta profunda pena? ¿No lo consolaremos, en su hora postrimera, con el rayo risueño de la esperanza?... ¡Noble Barón! ¡reanimaos! No estamos abandonados del todo, ni perdidos sin recurso.

ATTINGHAUSEN.- ¿Quién os salvará?

FÜRST.- ¡Nosotros mismos! ¡Escuchad! Los tres cantones se han conjurado para expulsar a los tiranos. La alianza está ya hecha, y nos une un juramento solemne. Nuestro plan se pondrá en ejecución antes de año nuevo, y vuestros huesos descansarán en un suelo libre.

ATTINGHAUSEN.- ¡Oh! Decidme. La alianza ¿se ha concluido?

MELCHTHAL.- El mismo día se alzarán los tres cantones. Todo está preparado, y hasta ahora se guarda bien el secreto, aun cuando lo conozcan muchos centenares de personas. Tiembla la tierra que sostiene a los tiranos; contados están los días de su dominación, y pronto no quedará vestigio alguno de ellos.

ATTINGHAUSEN.- ¿Y las fortalezas que hay en el país?

MELCHTHAL.- ¡Todas caerán el mismo día!

ATTINGHAUSEN.- ¿Han entrado también los nobles en esta alianza?

STAUFFACHER.- Contamos con su apoyo, si es preciso. Hasta ahora, sin embargo, sólo los plebeyos han jurado.

ATTINGHAUSEN (Se levanta con lentitud, y muy sorprendido).- ¿Los plebeyos se han atrevido, en su

temeridad, a contraer este lazo por su propio impulso; sin ayuda de la nobleza, y fiando tanto en sus solas fuerzas?... Entonces no necesitan ya de nosotros, y podemos descender consolados a la tumba, porque pasa nuestro tiempo... Con otros medios le enaltecerá la dignidad humana. (Pone su mano en la cabeza del niño, arrodillado ante él.) De esta cabeza, en donde descansó la manzana, brotará para vosotros libertad nueva y más pura. Lo antiguo desaparece, el tiempo muda, y nueva vida sale del fondo de las ruinas.

STAUFFACHER (A Fürst).- ¡Mirad como brillan sus ojos! No es la vida que se extingue, sino el rayo de otra nueva.

ATTINGHAUSEN.- La nobleza baja de sus antiguos castillos, y presta en las ciudades su juramento como el estado llano. En Uechtlandia y en Thurgau ha comenzado ya a hacerlo; la ilustre Berna levanta su cabeza soberbia; Friburgo es el asilo seguro de los hombres libres, y la inquieta Zurich arma sus artesanos para la guerra... el poder de los Reyes se estrella al pie de estas murallas eternas. (Dice lo siguiente con acento profético; sus palabras parecen inspiradas) Veo los príncipes y nobles, revestidos de sus armaduras, adelantarse para pelear con un pobre

pueblo de pastores. Se combatirá a todo trance, y luchas sangrientas harán famosos algunos desfiladeros. El labrador se arrojará con su pecho descubierto, sacrificándose voluntariamente, contra un bosque de lanzas. Lo romperá, y sucumbirá la flor de la nobleza, y la libertad elevará su bandera victoriosamente. (Cogiendo las manos de Fürst y de Stauffacher.) Permaneced, pues, unidos... firme y perpetuamente... que ninguna región vea con indiferencia la emancipación de otra. Vigilad desde lo alto de vuestras montañas, para que todos formen un solo haz... ¡Siempre unidos, siempre, siempre! (Cae en su sillón; sus manos heladas oprimen, sin embargo, las de los demás; Fürst y Stauffacher lo contemplan largo rato en silencio; después se separan, y se abandonan a su dolor. Mientras tanto han entrado sus servidores, que se acercan a él, manifestando en silencio su acerba pena. Unos se arrodillan junto a él, y otros llenan sus manos de lágrimas. Durante esta escena muda, toca sin cesar la campana del castillo.)

RUDENZ (Que entra precipitadamente).- ¿Vive?
¡Oh! Decidme, ¿podrá oírme?

FÜRST (Señala hacia él, volviendo el rostro).- Sois ahora nuestro señor feudal, y nuestro protector, y este castillo es ya de otro dueño.

RUDENZ (Que mira el cadáver, y parece sufrir desgarradora aflicción).- ¡Oh Dios de misericordia! ¿Tardío ya mi arrepentimiento? ¿No ha sido posible que su corazón latiera algunos minutos más, para que viese la mudanza sobrevenida en mi corazón? He menospreciado sus leales consejos, cuando disfrutaba aún de la luz... ¡Ya no existe! Desapareció para siempre, y me deja abrumadora y terrible deuda que pagar... ¡Oh! decidme, ¿ha muerto encolerizado contra mí?

STAUFFACHER.- Pudo oír, antes de fallecer, lo que habéis hecho, y bendijo el brío con que hablasteis.

RUDENZ (Arrodillándose delante del muerto).- ¡Si, restos sagrados de un hombre querido! ¡Cuerpo sin alma! Aquí, te alabo; por esta mano helada tuya... he roto para siempre los lazos extranjeros, he vuelto a unirme con mis compatriotas, porque soy suizo, y lo seré con toda mi alma... .(Levantándose) Llorad al amigo, al padre de todos, pero no desesperad. Yo no heredo sólo sus bienes, sino su corazón y su espíritu, y mi juventud lozana hará por vosotros lo

que os debía su avanzada edad... ¡Anciano venerable! ¡Dadme vuestra mano, y vos también, y también vos, Melchthal! No tengáis escrúpulo alguno. ¡Oh! ¡no os volváis; recibid mi juramento, aceptad la expresión de mis deseos!

FÜRST.- ¡Dadle la mano! Su arrepentimiento merece confianza.

MELCHTHAL.- En poco habéis tenido al labrador. Decid, ¿qué se puede esperar de vos?

RUDENZ.- ¡Oh! ¡No pensad en los errores de mi juventud!

STAUFFACHER (A Melchthal).- Haya entre vosotros unión: ha sido la última palabra de nuestro padre. ¡Recordadlo!

MELCHTHAL.- ¡Aquí está mi mano! La promesa de un plebeyo, noble señor, es también una palabra de honor. ¿Qué es, sin nosotros, un caballero? Nuestro estado es más antiguo que el suyo.

RUDENZ.- Yo lo honro, y mi espada lo protegerá.

MELCHTHAL.- El brazo, señor Barón, que remueve la dura tierra, y fecunda su seno, puede también defenderlo.

RUDENZ.- Vosotros debéis protegerme, y yo a vosotros, y así seremos todos más fuertes... Pero ¿a qué hablar de esto; cuando es presa la patria de la

tiranía extranjera? Cuando nuestro suelo llegue a verse libre del enemigo, entonces seremos, en paz, iguales en derechos. (Después de un momento de silencio.) ¿Calláis? ¿Nada tenéis que decirme? ¿Cómo? ¿Aún no merezco que os fiéis de mí? ¿Así he de entrar en vuestra liga, contra vuestra voluntad?... habéis reunido... habéis jurado en Rütli... lo sé todo cuanto habéis tratado allí. Y aunque no me lo hayáis confiado, lo reservo como sagrada reliquia. Nunca, creedme, he sido hostil a mi patria, y jamás hubiese hecho nada contra vosotros... Pero habéis errado en aplazar la ejecución de vuestros proyectos. Los instantes son preciosos y es preciso obrar con rapidez. Tell ha sido ya víctima de vuestras dilaciones...

STAUFFACHER.- Juramos esperar hasta la fiesta de Navidad.

RUDENZ.- Yo no estaba ahí, y no juré. ¡Aguardad vosotros, y yo obraré!

MELCHTHAL.- ¿Cómo? ¿Intentáis?...

RUDENZ.- Soy uno de los próceres del país, y mi primera obligación es protegeros.

FÜRST.- Depositar en la tierra estos restos queridos, es vuestro principal y más sagrado deber.

RUDENZ.- Cuando hayamos libertado al país, pondremos sobre su tumba la corona de la victoria.

¡Oh, amigos! No sólo vuestra causa, también he de defender la mía contra los tiranos... ¡Oíd y sabed! ¡Mi Berta ha desaparecido misteriosamente, siendo robada con temeraria osadía de entre nosotros.

STAUFFACHER.- ¿Es posible que el tirano haya cometido tal arbitrariedad contra la nobleza libre?

RUDENZ.- ¡Oh, amigos míos! Os he prometido mi ayuda. y yo he de invocar primero la vuestra. Mi prometida me ha sido robada, arrebatada poco hace. ¡Quién sabe en dónde la esconde ese insensato, y a qué violencias no se atreverá en su impúdico afán de forzarla a consentir en un himeneo odioso! No me abandonéis. ¡Oh! ¡ayudadme a salvarla!... Ella os ama, y merece por su patriotismo que todos los brazos se armen en su auxilio...

FÜRST.- ¿Qué os proponéis?

RUDENZ.- ¿Lo sé yo? ¡Ay de mí! En la ignorancia en que estoy de su destino, en los tormentos que estas dudas me causan, no puedo fijarme en nada. Sólo veo con claridad que entre los escombros de la tiranía ha de resucitar para mí y que hemos de apoderarnos de todas las fortalezas, para penetrar en su cárcel si la encontramos.

MELCHTHAL.- ¡Venid y guiadnos! Todos os seguiremos ¿A qué dejar para mañana lo que pode-

mos hacer hoy? Libre era Tell cuando juramos en Rutli, y aún no se habían cometido tantas arbitrariedades. La ocasión nos impone nuevas leyes. ¿Quién será tan cobarde, que ahora también aplace la ejecución de nuestro plan?

RUDENZ (A Stauffacher y Fürst).- Armaos mientras tanto, estad prontos a la obra. Esperad la señal del fuego en las montañas, que, más ligero que el bote de velas aladas, os anunciará nuestra victoria. Y cuando veáis brillar esta señal de buen agüero, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el alcázar de la tiranía. (Vanse.)

ESCENA III

El camino entre montañas cerca de Kussnacht.

Bájase a él desde los peñascos, y antes que los viajeros lleguen a la escena se les ve por las alturas. Rocas por todas partes, y una de ellas, cubierta de matorrales, avanza más que las otras.

TELL (Se adelanta con su ballesta).- Ha de pasar necesariamente por este camino hondo, puesto que no hay otro para Kussnacht... Aquí ejecutaré mi

proyecto... El momento es propicio. Ocúltanme estos matorrales, y mi flecha lo alcanzará. Lo estrecho del camino le obligará a ir solo. ¡Ajusta tus cuentas con Dios, gobernador; vas a morir, porque ha sonado tu última hora! Yo vivía tranquilo y sin cuidados... Mis flechas herían tan sólo a las fieras de los bosques, y el pensamiento del asesinato no había manchado mi mente... Tú llenaste de espanto mi vida pacífica, trocando en ponzoña devastadora mi dulzura y mi piedad anterior, y avezándome a cosas monstruosas... El que puede tirar a la cabeza de su hijo, bien puede alcanzar el corazón de su enemigo.

Obligado me veo a proteger contra tu ira, oh gobernador a mis pobres hijos y a mi inocente y fiel esposa... Cuando yo tendía mi arco... cuando mi mano temblaba... cuando tú, con cruel y diabólico deleite, me forzaste a apuntar a la cabeza de mi hijo... cuando yo estaba delante de ti, desmayado y suplicante, entonces pronuncié en mi interior el temible juramento, oído sólo por Dios, de que el primer blanco de mi ballesta sería tu corazón... y lo que prometí en aquel instante de infernal angustia, es una deuda sagrada... y quiero pagarla...

Tú eres mi señor, y el representante de mi Emperador. Sin embargo, ni aún el Emperador hubiera

osado lo que tú... Te envió a esta región para administrar justicia... justicia severa, porque estaba colérico... pero no para convertir en deleite homicida, confiado en la impunidad, verdaderos horrores. Hay un Dios para castigarlos y vengarlos.

¡Veámoste, pues, alhaja mía la más preciosa, mi más rico tesoro, tú que llevas en tu seno los dolores más atroces!... Voy a ofrecerte un blanco, inaccesible hasta ahora a las súplicas más tiernas... y que no te resistirá... ¡y tú, cuerda leal de mi arco, que con tanta frecuencia me has servido en juegos alegres, no me abandones en este terrible trance! Mantente ahora firme, arco leal, que tantas veces has dado alas a la rígida flecha... Si saliese sin vigor de mis manos, no tengo otra que la reemplace. (Pasan viajeras por la escena.)

Quiero sentarme en este banco de piedra, preparado para que el viajero descanse breves momentos... porque aquí no hay hogar alguno... Cada cual pasa junto al otro rápidamente y sin mirarlo y no le pregunta sus penas... Aquí vienen el mercader cavi-
loso, y el peregrino de ligero ropaje... el piadoso monje, el sombrío salteador, el alegre trovador y el buhonero con su caballo, pesadamente cargado, de regreso de lejanos países. Por todas partes se va al

fin del mundo. Todos ellos siguen un camino para sus negocios... ¡y el mío es el asesinato! (Siéntase.)

Antes, queridos hijos míos, cuando salía de casa vuestro padre, y después volvía, todo era contento, porque jamás regresaba sin traeros algo, ya una bella flor de los Alpes, ya un pájaro raro o un caracol, como lo encuentra el caminante en las montañas... Hoy busca otra presa muy distinta, y está sentado en un lugar salvaje, pensando en matar. Está acechando la vida de su enemigo... Y, sin embargo, también piensa ahora en vosotros, queridos hijos... por defenderos, por proteger vuestra inocencia contra la venganza del tirano prepara su arco para la muerte (Levántase.)

Acecha una noble presa... No teme el cazador pasar días enteros vagando, en el rigor del invierno, y saltando de roca en roca, y escalando tajadas murellas, en donde deja rastros de su sangre... ¡y para apoderarse de miserable animalejo! Pero se trata ahora de más soberbio premio, del corazón de mi enemigo mortal, decidido a perderme. (Oyese a lo lejos una música alegre que se acerca.)

He pasado toda mi vida manejando el arco, y ejercitándome en tirarlo, según sus reglas; con frecuencia he dado en el blanco y ganado la victoria...

Pero hoy quiero ensayar mi golpe maestro, y obtener la mejor recompensa que pueden ofrecer todas estas montañas (una boda atraviesa la escena por el camino. Tell la observa apoyado en su arco. Stussi, el guarda, se acerca a él.)

STUSSI.- Es el colono del convento de Mörlischa-chen, que celebra hoy su casamiento... un hombre rico, que tendrá unos diez rebaños en los Alpes. Trae a su esposa de Jimsee, y esta noche habrá gran fiesta en Kussnacht. Venid conmigo; todo hombre de bien está invitado.

TELL.- Un convidado triste no está bien en unas bodas.

STUSSI.- Si os aflige alguna pena, desechadla de vuestro corazón. Aprovechaos de esta coyuntura. Los tiempos son malos, y por lo mismo, han de acoger los hombres con júbilo los placeres que se les presenten. Aquí se casan unos, y en otras partes los entierran.

TELL.- Y a menudo se pasa de una a otra cosa.

STUSSI.- Así anda el mundo. Hay bastantes desdichas en todas partes... Uno de los montes Ruffi se ha desplomado, sepultando una buena parte del país de Glaris.

TELL.- ¿Vacilan las montañas también? Nada hay firme en la tierra.

STUSSI.- También, según se dice, suceden en otras partes cosas estupendas. He hablado con uno, recién venido de Baden. Un caballero que iba en busca del Rey, encontró a su paso un enjambre de zánganos que atacaron a su caballo, atormentándolo de suerte, que lo hicieron sucumbir, y él llegó a pie a la presencia del Rey.

TELL.- Los débiles tienen también su agujón. (Hermengarda llega con varios niños y se coloca a la entrada del camino.)

STUSSI.- Significa esto, al parecer, que amenazan al país grandes calamidades, contrarias al orden natural.

TELL.- Todos los días ocurren esos hechos, y sin embargo, ningún signo portentoso los anuncia.

STUSSI.- Sí; ¡bienaventurado el que cultiva su campo en paz, y vive sin penas entre los suyos!

TELL.- El hombre mejor no puede existir sin disgustos, si no agrada a su mal vecino. (Tell mira intranquilo e impaciente a lo alto del camino.)

STUSSI.- Adiós... Esperáis a alguien, sin duda.

TELL.- Así es.

STUSSI.- Que regreséis contento a vuestro hogar... ¿Sois de Uri? Nuestro bondadoso señor, el Gobernador, es esperado de allí hoy.

UN CAMINANTE (Que llega).- No aguardad ya hoy al Gobernador. Ha habido una inundación, a causa de las grandes lluvias, y la corriente ha destrozado todos los puentes. (Tell se levanta.)

HERMENGARDA (Adelantándose).- ¿Que no viene el Gobernador?

STUSSI.- ¿Para qué lo queréis?

HERMENGARDA.- Sin duda para algo.

STUSSI.- ¿Por qué no os ponéis a su paso, en este camino?

HERMENGARDA.- Aquí no se me escapa, y ha de oírme.

FRIESSHARDT (Que se presenta en el camino, y grita).- ¡Despejad el camino!... ¡Mi señor, el Gobernador, me sigue a caballo! (Vase Tell.)

HERMENGARDA (con viveza).- ¡El Gobernador viene! (Colócase con sus hijos en el proscenio. Gessler y Rudolfo de Harras aparecen montados en lo alto del camino.)

STUSSI (A Friesshardt).- ¿Cómo venís, atravesando los ríos, si las aguas han arrastrado los puentes?

FRIESSHARDT.- Hemos peleado con las olas, amigo, y ya no tememos a ningún río de los Alpes.

STUSSI.- ¿Navegabais acaso durante esa terrible borrasca?

FRIESSHARDT.- Así ha sido. Mientras viva, me acordaré de ella.

STUSSI.- ¡Oh! ¡Deteneos y contádmelo!

FRIESSHARDT.- Dejadme; tengo que adelantarme para anunciar en el castillo la próxima llegada del Gobernador (Vase.)

STUSSI.- Si la barca hubiese llevado hombres de bien, naufragara, de seguro, sin salvarse nadie; pero hay gentes, contra quienes nada pueden ni el agua ni el fuego. (Mirando alrededor) Pero, ¿a dónde ha ido el cazador con quien yo hablaba? (Vase.)

GESSLER (Que aparece hablando con Rudolfo).- Decid cuanto os agrade; pero soy servidor del Emperador, y he de excogitar los medios de agradarle. No me ha enviado aquí para adular al pueblo y tratarlo con dulzura... Pide que se le obedezca y la cuestión es si el Señor de esta región ha de serlo el labriego, o el Emperador.

HERMENGARDA.- ¡Esta es la ocasión! Ahora me dirijo a él. (Acércase con timidez.)

GESSLER.- No puse por broma en Altdorf el sombrero, ni para probar cómo pensaba el pueblo, porque lo sé hace largo tiempo. Lo coloqué en alto, para que bajasen la cabeza, que tanto yerguen... Y planté ese estorbo en el camino por donde habían de pasar, para que les llamara la atención, y se acordasen del Señor, a quien de otro modo olvidarían.

RUDOLFO.- El pueblo tiene, sin embargo, ciertos derechos...

GESSLER.- No es esta sazón oportuna para atenderlos... Se trata de asuntos más serios. El Emperador desea extender sus dominios. El hijo quiere terminar lo que comenzó el padre tan gloriosamente... Sea como fuere... es menester someterlo (Cuando intentan pasar, Hermengarda se arrodilla delante de él.)

HERMENGARDA.- ¡Misericordia, señor Gobernador! ¡Gracia, gracia!

GESSLER.- ¿Por qué me impedís el paso, en medio del camino?... ¡Atrás!

HERMENGARDA.- ¡Mi marido está en la cárcel! Mis hijos Piden pan... ¡Apiadaos, poderoso señor, de nuestra gran miseria!

RUDOLFO.-¿Quién sois? ¿Quién es vuestro marido?

HERMENGARDA.- Un pobre trabajador, mi buen señor, de Fugiberge, que segaba hierba sobre los precipicios, en las rocas tajadas, adonde los animales no podían subir...

RUDOLFO.- Vida ¡pardiez! miserable, y digna de compasión. Os ruego que pongáis en libertad a ese pobre hombre. Por grave que sea su falta, su horrible profesión lo castiga bastante. (A Hermengarda) Os harán justicia... Presentad vuestro memorial allá arriba, en el castillo... Esta no es ocasión oportuna.

HERMENGARDA.- ¡No, no; no me voy de aquí hasta que el Gobernador me haya devuelto mi marido! Seis meses hace ya que está en la cárcel, y espero en vano la sentencia del juez.

GESSLER.- ¿Intentáis contrariarme, mujer? ¡Fuera!

HERMENGARDA.- ¡Justicia, Gobernador! Tú eres juez en este país, en nombre del Emperador, y de Dios. ¡Cumple tu deber! Si deseas que te hagan justicia en el cielo, háznosla tú a nosotros aquí.

GESSLER.- ¡Fuera! ¡Quitad de mi vista esta gentuza insolente!

HERMENGARDA (Agarrando las riendas de su caballo).- ¡No, no; nada tengo ya que perder!... No darás un solo paso, Gobernador, hasta que no hayas accedido a mi justo ruego... Frunce tu entrecejo,

amenázame con tus ojos cuanto quieras... Nuestra desdicha es tan grande, que tu ira no nos importa...

GESSLER.- ¡Déjame pasar, mujer, o mi caballo te atropellará sin remedio!

HERMENGARDA.- Hazlo pues... Mira. (Derriba en tierra a sus hijos, y se coloca con ellos en medio del camino) Aquí estoy, yo con mis hijos... Pisotea estos pobres huérfanos con los cascos de tu caballo. No será lo peor que has hecho...

RUDOLFO.- ¿Estáis loca mujer?

HERMENGARDA (Con mayor animación).- Largo tiempo ha que huellas con tus plantas la tierra del Emperador... ¡Oh! Yo soy sólo una mujer. Si fuese un hombre, podría hacer algo más que yacer aquí en el polvo. (Óyese de nuevo la música en lo alto del camino, pero a lo lejos.)

GESSLER.- ¿En dónde están mis servidores? Que se lleven de aquí a esa mujer, o haré lo que no quisiera.

RUDOLFO.- Vuestros servidores no pueden atravesar la distancia que los separa de nosotros, porque una boda lo impide.

GESSLER.- Soy un señor demasiado bondadoso para este pueblo... Libres son todavía sus lenguas. Aún no es tan dócil como debiera... Pero cambiará,

yo lo prometo. Yo acabaré de una vez con su obstinación; yo doblegaré ese espíritu osado de libertad, y promulgaré nuevas leyes para este país... quiero... (Atraviésalo una flecha; llévase la mano al corazón, y vacila, diciendo con voz desfallecida.) ¡Dios tenga compasión de mi!

RUDOLFO.- ¡Señor Gobernador! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿De dónde viene esa flecha?

HERMENGARDA.- ¡Al asesino, al asesino! ¡Se tambalea, cae! ¡Lo han herido; una flecha lo ha herido en el corazón!

RUDOLFO (Saltando desde el caballo.) ¡Qué horrible suceso!... Dios... Caballero... ¡Implorad la misericordia divina! Sois hombre muerto.

GESSLER.- Este tiro es de Tell. (Cae desde el caballo en los brazos de Rudolfo, que lo deja en un banco de piedra.)

TELL (Presentándose en lo Alto de la roca).- Ya sabes quién te ha herido. No busques otro. Libres son ya las chozas de los pobres; la inocencia se ve ya fuera de tu alcance. Ya no afligirás más a esta región. (Desaparece de la altura, y el pueblo corre en tropel.)

STUSSI (De los primeros).- ¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?

HERMENGARDA.- ¡Han atravesado al Gobernador con una flecha!

EL PUEBLO (En tropel).- ¿Quién ha sido atravesado? (Mientras que parte de los acompañantes de la boda vienen a la escena, los demás se encuentran en lo alto, y la música prosigue.)

RUDOLFO. ¡Se desangra! ¡Pronto, socorredlo! ¡Perseguid al asesino!... ¡Que así haya de morir el desdichado! Pero ¡no quería seguir mis consejos!

STUSSI.- ¡Pálido yace ahí, e inanimado, ¡pardiez!

MUCHAS VOCES.- ¿Quién lo ha hecho?

RUDOLFO.- ¿Ha perdido este pueblo el juicio, celebrando con música un asesinato? ¡Que callen! (La música cesa de improviso, y acude más gente.) Hablad, si podéis, señor Gobernador... ¿Nada tenéis que confiarme? (Gessler hace una señal con la mano, y la repite con afán, al observar que no lo comprenden.) ¿Adónde he de ir?... ¿A Kussnacht? No os entiendo... ¡Oh! No os impacientéis... Renunciad a pensamientos mundanos ahora, y pensad sólo en el Cielo. (Toda la boda rodea al moribundo horrorizada, pero sin compasión.)

STUSSI.- Mirad cómo palidece... Ahora, ahora la muerte se apodera de su corazón... Sus ojos no brillan ya.

HERMENGARDA (Levantando un niño en alto).-
¡Mira, hijo, cómo muere un malvado!

RUDOLFO.- ¡Mujeres insensatas! ¿No tenéis ningún sentimiento para recrearos en estos horrores?... Ayudadme... poned aquí vuestras manos... ¿Nadie me socorre para arrancarle esta flecha del pecho?

LAS MUJERES (Retrocediendo).- ¿Tocar nosotras a quien Dios ha castigado?

RUDOLFO.- ¡Maldición y condenación sobre vosotras! (Saca la espada.)

STUSSI (Sujetándole el brazo).- ¿Os aventuráis, señor? ¡Vuestro poder terminó! Ha caído el tirano de la patria. No sufriremos ya otro. Somos hombres libres.

TODOS (En tumulto).- ¡La nación es libre!

RUDOLFO.- ¿A este extremo hemos llegado? ¿Tan pronto cesaron el temor y la obediencia? (A los servidores armados que entran.) Sois testigos de este horrible asesinato, que se ha cometido aquí... Es inútil pedir auxilio; en vano se perseguirá al asesino. Otros cuidados nos llaman...Vamos, pues, a Kussnacht, y conservemos esa fortaleza al Emperador, porque en este momento se han roto todos los lazos del deber, se infringen todas las reglas promulgadas, y no hay que fiarse de la fidelidad de los hombres.

(Al retirarse con los servidores armados, aparecen seis hermanos de la Caridad.)

HERMENGARDA.- ¡Plaza! ¡Plaza! ¡Que llegan los Hermanos de la Caridad!

STUSSI.- ¡Ahí está la víctima!... ¡ya bajan los cuervos!

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD (Formando un círculo alrededor del muerto, y cantando con voz sombría).- Pronto alcanza la muerte al hombre, y no se le concede plazo alguno. Sucumbe en medio de su carrera, y se lo lleva en lo más lozano de su vida. Preparado o no, ha de comparecer delante de su juez. (Mientras repiten las últimas palabras, cae el telón.)

ACTO V

ESCENA PRIMERA

La plaza pública de Altdorf.

En el fondo, y a la derecha, la ciudadela de Uri con sus andamios, como en la escena tercera del acto primero; a la izquierda, la vista de muchas montañas, en cuyas cimas arden hogueras. Comienza el día, y suenan las campanas a diversas distancias.

**RUODI, KUONI, WERNI, EL MAESTRO
CANTERO y otros**
muchos habitantes, y mujeres y niños.

RUODI.- ¿Veis las señales del fuego en las montañas?

EL MAESTRO CANTERO.- ¿Oís las campanas que suenan del lado allá del bosque?

RUODI.- Los enemigos han sido expulsados.

EL MAESTRO.- Las fortalezas cayeron en nuestro poder.

RUODI.- Y nosotros los habitantes de Uri ¿toleraremos aún en nuestro territorio el castillo de los tiranos? ¿Seremos los últimos en declararnos libres?

EL MAESTRO.- ¿Ha de subsistir el yugo que ha de sujetarnos? ¡Ea, derribadlo!

TODOS.- ¡Abajo, abajo, abajo!

RUODI.- ¿En dónde está la trompa de Uri?

LA TROMPA DE URI.- Aquí. ¿Qué debo hacer?

RUODI.- Subid a lo alto, y tocad vuestro cuerno. Que este sonido se difunda por los montes, y repitiéndose por el eco de las cavernas, convoque cuanto antes a los habitantes de la montaña. (Vase la trompa de Uri. Llega Gualterio Fürst)

FÜRST.- ¡Deteneos, amigos, deteneos! Aun no sabemos lo sucedido en Unterwalden y Suiza. Esperemos a los mensajeros.

RUODI.- ¿A qué esperar? El tirano ha muerto. El día de la libertad ha brillado.

EL MAESTRO.- ¿No bastan esos fuegos, mensajeros alados, que de todas las montañas nos alumbran?

RUODI.- ¡Venid todos, venid, vamos todos a la obra, hombres y mujeres! ¡Abajo los andamios! ¡Derribad las murallas! ¡Haced saltar las bóvedas! ¡Que no quede piedra sobre piedra!

EL MAESTRO.- ¡Venid, compañeros! Nosotros, que lo hemos edificado, sabremos destruirlo.

TODOS.- ¡Derribémoslo! (Se abalanzan todos a la ciudadela.)

FÜRST.- Esto es hecho; ya no puedo contenerlos (Llegan Melchthal y Baumgarten.)

MELCHTHAL.- ¿Cómo? ¿Subsiste aún la ciudadela, y Sarne está reducido a cenizas y arruinado Rossberg?

FÜRST.- ¿Sois vosotros, Melchthal? ¿Nos traéis la libertad? ¡Decid! ¿No hay ya enemigos en nuestra patria?

MELCHTHAL (Abrazándolo).- ¡Libre está ya de ellos! ¡Regocijaos, noble anciano! Mientras hablamos, no hay tirano alguno en Suiza.

FÜRST.- Pero contadnos cómo os habéis apoderado de las fortalezas.

MELCHTHAL.- Rudenz, con un ataque inopinado y temerario, se hizo dueño del castillo de Sarne. La noche anterior asalté yo a Rossberg... Pero oíd lo que sucedió. Después que habíamos expulsado del castillo al enemigo, incendiándolo, y, cuando las llamas llegaban soberbias a las nubes, Diethelin, el criado da Gessler, acudió gritando que la de Brunneck perecía entre las llamas...

FÜRST.- ¡Santo Dios! (Los andamios caen con estrépito.)

MELCHTHAL.- Era ella, ella misma, encerrada secretamente en el castillo por orden del Gobernador.. Rudenz se precipita dentro como un insensato... porque oíamos ya el ruido de los pilares y puertas macizas, que se derrumbaban, y entre el humo se distinguían los lamentos... de la infortunada.

FÜRST.- ¿Se salvó?

MELCHTHAL.- Era preciso obrar con valor y resolución... Si él hubiese sido sólo noble, hubiésemos mirado por nuestra vida; pero era también de la conjuración, y Bertha respetaba al pueblo... Así nos expusimos a la muerte de buen grado, y nos lanzamos en el fuego.

FÜRST.- ¿Y se salvó?

MELCHTHAL.- Si: Rudenz y yo la sacamos de entre las llamas, mientras caían con estrépito las vigas... Y cuando se vio en salvo, y sus ojos percibieron la luz del cielo, el Barón se lanzó en mis brazos, y en silencio pronunció un juramento, sellado y confirmado por el fuego, y que resistirá a todos los embates de la suerte.

FÜRST.- ¿En dónde está Landenberg?

MELCHTHAL.- En Brünnig. No depende de mí que vea todavía el que cegó a mi padre. Lo perseguí, lo alcancé, y lo arrastré hasta los pies de mi padre. Ya me preparaba a cortarle la cabeza, cuando imploró la compasión del anciano, que le perdonó la vida. Juró no volver más a este país, y lo hará, porque sabe ya cuánta es nuestra fuerza.

FÜRST.- Os honra no haber manchado con sangre esta patriótica victoria.

UNOS NI OS (Que arrastran a la escena restos del andamiaje).- ¡Libertad! ¡Libertad! (la trompa de Uri suena con fuerza.)

FÜRST.-¡Contemplad esta fiesta! Esos niños cuando sean ancianos, se acordarán de este día memorable. (Doncellas traen el sombrero en el palo, y el pueblo llena el teatro.)

RUODI.- He aquí el sombrero, al cual nos obligaban saludar.

BAUMGARTEN.- Decidnos lo que hemos de hacer con él.

FÜRST.- ¡Dios mío! bajo este sombrero estuvo mi nieto.

MUCHAS VOCES.- ¡Derribad ese monumento de la tiranía! ¡Al fuego con él!

FÜRST.- ¡No! ¡guardadlo! Destinado a ser instrumento de la tiranía, sea el signo perpetuo de la libertad. (Todos, hombres, mujeres y niños, están de pie o sentados en los restos de los andamios y forman un semicírculo pintoresco.)

MELCHTHAL.- Vednos ahora alegres, hollando los restos de la tiranía. ¡Compañeros! Lo que juramos en Rutli lo cumplimos magnánimamente.

FÜRST.- La obra se ha comenzado, pero no terminado. Necesitarnos aún dar pruebas de valor, y unirnos firmemente. Estad seguros de que el Rey no tardará en vengar la muerte de su gobernador y en traer a la fuerza a quienes hemos expulsado.

MELCHTHAL.- Que venga con todo su ejército. Hemos echado al enemigo doméstico, y rechazaremos al de fuera.

RUODI.- Pocos pasos dan entrada a este país, y los cerrarán nuestros cuerpos.

BAUMGARTEN.- Un lazo eterno nos une, y no nos asustarán tus legiones. (Llegan Rosselmann y Stauffacher.)

ROSSELMANN (Al entrar).- ¡Terribles son los juicios de Dios!

LOS LABRADORES.- ¿Qué hay?

ROSSELMANN.- ¡En qué tiempo vivimos!

FÜRST.- Decidnos lo que sucede. ¡Ah! ¿Sois vos, Sr. Werner? ¿Qué nueva nos traéis?

LOS LABRADORES.- ¿Qué hay?

ROSSELMANN.- ¡Oíd, y asombraos!

STAUFFACHER.- Nos vemos libres de un gran peligro...

ROSSELMANN.- ¡El Emperador ha sido asesinado!

FÜRST.- ¡Santo Dios! (El pueblo se apila alrededor de Stauffacher.)

TODOS.- ¿Asesinado? ¿Cómo? ¿El Emperador? ¡Escuchad! ¿El Emperador?

MELCHTHAL.- No es posible. ¿Cómo lo habéis sabido?

STAUFFACHER.- ¡Es cierto! El Emperador Alberto, sucumbido, junto a Brük, a manos de un ase-

sino... un hombre veraz, Juan Müller, ha traído la nueva de Schaffhausen.

FÜRST.- ¿Quién osó cometer tan horrible crimen?

STAUFFACHER.- Es aún más horrendo, en cuanto al criminal, porque fue su sobrino, el hijo de su hermano, Juan de Suabia, el que lo perpetró.

MELCHTHAL.- ¿Y qué motivos lo han inducido a ese asesinato?

STAUFFACHER.- El Emperador retenía su patrimonio, sin hacer caso de sus impacientes ruegos. Hasta se decía que, para acabar de una vez, proyectaba darle la mitra episcopal. Pero sea lo que fuere... el joven dio oídos a los consejos perversos de sus compañeros de armas, y con los señores de Eschenbach, de Tegerfelden, de Wart y de Palm acordó vengarse por su propia mano, no pudiendo obtener justicia.

FÜRST.- ¡Oh! Referidnos los pormenores de ese delito espantoso.

STAUFFACHER.- Caminaba el Emperador de Stettin a Baden, hacia Rheinfeld, en donde estaba la corte, acompañado de los príncipes Juan y Leopoldo, y de un séquito de nobles señores. Cuando llegaron al Reuss, al punto que se atraviesa en barca, los asesinos entraron en ella en su compañía para

separarlo de su séquito. Después, cuando el Emperador cabalgaba por un campo labrado... cerca de las ruinas de una gran ciudad del tiempo de los gentiles... a la vista de la antigua fortaleza de Augsburgo, cuna de su ilustre raza... el Duque Juan le hirió en el cuello con un puñal, Rudolfo de Palm lo atravesó con su lanza, y Eschenbach le hendió la cabeza, cayendo bañado en sangre, asesinado por los suyos y en medio de ellos. Desde la otra orilla presenciaban el hecho; pero separados por el río, sólo pudieron lamentarlo. Una pobre mujer estaba sentada a la orilla del camino, y en sus brazos espiró el Emperador.

MELCHTHAL.- Así labró él mismo su temprana sepultura, arrastrándolo a ella su insaciable codicia.

STAUFFACHER.- Espanto increíble reina en todo el país. Se han obstruido todos los pasos de las montañas, y cada cantón guarda sus fronteras. Hasta la antigua Zurich ha cerrado sus puertas, abiertas por espacio de treinta años largos, temiendo a los asesinos, y aún más... a los vengadores del asesinato. La Reina de Hungría, la severa Inés, armada con la proscripción, y que desconoce la dulzura de su sexo, por vengar la sangre de su padre, se acerca ya, dispuesta a sacrificar a sus manos la raza entera de los

criminales, sus servidores, hijos y nietos, y hasta a no dejar piedra sobre piedra en sus castillos. Ha jurado inmolar generaciones, enteras en la tumba de su padre, y bañarse en sangre, como en el rocío de mayo.

MELCHTHAL.- ¿Se sabe a dónde han huido los delincuentes?

STAUFFACHER.- En cuanto cometieron su crimen, huyeron en distintas direcciones, separándose unos de otros para no volverse a ver. El Duque Juan ha de vagar por estas montañas.

FÜRST.- Su asesinato no les será útil para nada. La venganza no produce fruto alguno. Se alimenta de sí misma: la muerte es su único placer, y su hartura la crueldad.

STAUFFACHER.- Su acción punible no aprovechará a los asesinos; pero nosotros recogeremos con nuestras manos no manchadas, el fruto bendito de tan horrendo atentado. Nos vemos libres de un gran miedo. Cayó el mayor enemigo de la libertad, y, según se dice, el cetro de los Ausburgos pasará a otra dinastía, porque el Imperio quiere defender sus derechos electorales.

FÜRST Y OTROS MUCHOS.- ¿Habéis oído algo de esto?

STAUFFACHER.- El Conde de Luxemburgo es el designado por más votos.

FÜRST.- Nos favorece haber sido fieles al Imperio, porque podemos esperar que nos hagan justicia.

STAUFFACHER.- El nuevo Emperador necesita amigos decididos, y nos protegerá contra la venganza de Austria. (Los labradores se abrazan mutuamente.)

EL SACRISTÁN (Que llega con un mensajero imperial).- He aquí las dignas autoridades del país.

ROSSELMANN Y OTROS.- ¿Qué hay, sacristán?

EL SACRISTÁN.- Un mensajero imperial, que nos trae este rescripto.

TODOS (A FÜRST).- ¡Abridlo y leedlo!

FÜRST (Leyendo).- «A los honrados habitantes de Uri, Suiza y Unterwalden, la Reina Isabel, salud y bienandanza:»

MUCHAS VOCES.- ¿Qué quiere la Reina? Su reinado terminó.

FÜRST (Leyendo).- «En medio de su profundo dolor, y de la viudez, en que ha sumido a la Reina el sangriento asesinato de su esposo, se ha acordado del amor y de la constante fidelidad de los suizos.»

MELCHTHAL.- Nunca se acordó cuando era dichosa.

ROSSELMANN.- ¡Silencio! ¡Escuchad!

FÜRST (Leyendo).- «Y confía en que este pueblo leal anatematizará con justicia a los nefandos autores del asesinato. Espero, por tanto, de los tres cantones, que nunca auxiliarán a los asesinos, antes bien que ayudarán resueltos a entregarlos en manos de sus jueces, en correspondencia al afecto y no interrumpido favor, que siempre les ha dispensado la casa de Rudolfo.» (Los asistentes dan señales de descontento.)

MUCHAS VOCES.- ¿El afecto y el favor?

STAUFFACHER.- El padre, es verdad, nos ha favorecido; pero ¿ha hecho lo mismo el hijo? ¿Ha confirmado nuestros fueros, como antes hicieron los Emperadores? ¿Ha administrado justicia y protegido al inocente? ¿Ha dado siquiera oídos a nuestros representantes en nuestras cuitas? Nada de esto; y si no, hubiéramos reconquistado nuestros derechos por nosotros mismos y por nuestro valor, no se hubiera interesado en nuestra suerte... ¡Agradecerlo nada! No ha sembrado gratitud en estos valles. Desde su elevada posición podía haber sido padre de sus pueblos; pero sólo le agradó mirar por los suyos. Los enriquecidos por él, que lo lloren.

FÜRST.- No nos alegramos de su desventura, ni recordemos ahora los males que sufrimos. ¡Dios nos libre de ello! No obstante, vengar la muerte del Soberano, que no nos hizo bien alguno, y perseguir a quien no nos ha ofendido, ni nos conviene, ni nos honra. La muerte nos desliga de todo deber forzoso... nuestra cuenta con él está saldada.

MELCHTHAL.- Aunque llore la Reina en su aposento, y acusase al cielo en su pena inconsolable, aquí hay un pueblo que a tanta costa ha logrado su libertad y que rinde a Dios fervientes gracias... Hay que sembrar amor para cosechar lágrimas. (Vase el mensajero.)

STAUFFACHER (Al pueblo).- ¿En dónde está Tell? ¿él sólo ha de faltarnos, siendo el fundador de nuestra libertad? Lo más grande es obra suya; sus sufrimientos, los mayores. Vamos, vamos todos a su casa, y a saludarlo todos como a nuestro salvador. (Vanse todos.)

ESCENA II

El portal de la casa de Tell

El fuego arde en el hogar. Las puertas están abiertas.

EDUVIGIS, GUALTERIO Y GUILLERMO.

EDUVIGIS.- Hoy viene vuestro padre, hijos, queridos hijos. Vive, está libre, y nosotros, y todos. Vuestro padre es el libertador de la patria.

GUALTERIO.- Y yo también lo he sido, madre. También me nombrarán a mí. La flecha de mi padre pudo matarme, y yo no temblé.

EDUVIGIS (Abrazándolo).- ¡Si; has resucitado para mí! Dos veces te he dado a luz. Dos veces he sentido por ti dolores de parto. Ya pasó... a los dos los poseo, y hoy vuelve vuestro querido padre. (Un fraile aparece a la puerta.)

GUILLERMO.- ¡Mira, madre, mira!... ahí está un fraile que viene, sin duda, a pedir una limosna.

EDUVIGIS.- Hazlo entrar para que le demos algo, y así sabrá que ha venido a una casa llena de alegría. (Entra y vuelve en seguida con una copa.

GUILLERMO (Al fraile).- ¡Venid, buen fraile! Mi madre quiere daros un trago.

GUALTERIO.- Venid y descansad, y saldréis de aquí más animado.

EL FRAILE (Asustado, y con las facciones descompuestas).- ¿En dónde estoy? Decidme, ¿qué país es éste?

GUALTERIO.- ¿Os habéis extraviado y lo ignoráis? Estáis, señor, en Burglen, en el país de Uri, a la entrada de Schachenthal.

EL FRAILE (A Eduvigis, que vuelve).- ¿Estáis sola? ¿Está en casa vuestro esposo?

EDUVIGIS.- Lo estoy esperando de un momento a otro... Pero ¿qué tenéis? Parecéis ave de mal agüero... Pero quien quiera que seáis, os halláis en la necesidad. ¡Tomad! (preséntale la copa.)

EL FRAILE.- Aunque mi corazón esté sediento y pida algo que lo refresque, no tocaré a nada hasta que me digáis....

EDUVIGIS.- No rocéis mi vestido, ni os acerquéis; quedaos a cierta distancia, si deseáis que os escuche.

EL FRAILE.- Por este fuego que brilla aquí hospitalario; por vuestros hijos queridos, que abrazo. (Se apodera de los niños)

EDUVIGIS.- ¿Qué os proponéis, santo varón? Dejad a mis hijos... ¡No sois fraile, no lo sois! De paz es vuestro hábito, no vuestra fisonomía.

EL FRAILE.- Soy el más infeliz de los hombres.

EDUVIGIS.- La desdicha habla con elocuencia a los corazones; pero vuestras miradas hielan el mío.

GUALTERIO (Saltando).- ¡Madre, ahí está padre! (Vase corriendo.)

EDUVIGIS.- ¡Oh, Dios mío! (Quiere irse, pero vacila y se detiene)

GUILLERMO (EL HIJO) (corriendo).- ¡Padre!

GUALTERIO (Fuera).- ¡Ya de vuelta!

GUILLERMO (Fuera).- ¡Padre, querido padre!

TELL (Fuera).- Otra vez estoy aquí... ¿Y vuestra madre? (Entran)

GUALTERIO.- Está en la puerta y no se atreve a adelantarse, porque la suspenden el miedo y la alegría.

TELL.- ¡Oh, Eduvigis, Eduvigis! ¡Madre de mis hijos! Dios nos ha ayudado... ningún tirano nos separa ya.

EDUVIGIS (Abrazándolo).- ¡Oh, Tell, Tell! ¡Cuánto he sufrido por ti! (El Fraile observa con atención)

TELL.- ¡Olvídalo ahora, y abandónate sólo a la alegría! Aquí estoy de nuevo! ¡He aquí mi choza! Véome otra vez entre los míos.

GUILLERMO.- ¿ En dónde está tu ballesta, padre? No la veo...

TELL.- Ni la verás más. Está guardada en un lugar sagrado. En lo sucesivo no servirá más para la caza.

EDUVIGIS.- ¡Oh, Tell, Tell! (Retrocede, y suelta su mano.)

TELL.- ¿Qué te asusta, querida esposa?

EDUVIGIS.- ¡Cómo... cómo te vuelvo a ver!... ¡Esta mano!... ¿Osaré estrecharla?... esta mano... ¡Dios mío!

TELL.- (Con ternura y resolución.) Ha defendido a vosotros, y salvado la patria. Puedo levantarla al cielo libremente. (El Fraile hace un ligero movimiento, y Tell lo observa.) ¿Qué hace aquí este hermano?

EDUVIGIS.- ¡Ah! Lo había olvidado. Habla tú con él, que a mi me espanta.

EL FRAILE.- ¿Sois acaso Tell, el que mató al Gobernador?

TELL.- Yo soy, y no lo ocultaré a la faz de nadie.

EL FRAILE.- ¿Sois Tell? ¡Ah! La mano de Dios me ha guiado aquí.

TELL (Mirándole atentamente).- No sois fraile. ¿Quién sois?

EL FRAILE.- Matasteis al Gobernador por su crueldad... yo también he dado muerte a un enemigo, que rehusaba hacerme justicia... era vuestro enemigo, como el mío... He librado de él al país.

TELL (Retrocediendo).- Sois... ¡Horror!... ¡Hijos, hijos, entrad!... ¡Vete, querida esposa!... ¡Vete, vete!... ¡Desdichado!... Sois...

EDUVIGIS.- ¡Dios mío! ¿Quién es?

TELL.- No lo preguntes. ¡Fuera, fuera! Que no lo oigan los niños. Sal de mi casa... lejos, lejos. No puedes quedar bajo el mismo techo que este hombre.

EDUVIGIS- ¡Ay de mí! ¿Qué es esto? ¡Venid! (Vase con los hijos.)

TELL (Al fraile.) Sois el Duque de Austria... ¡Lo sois! habéis matado al Emperador, vuestro tío y vuestro señor.

JUAN EL PARRICIDA.- Me había robado mi patrimonio.

TELL.- ¡Matado a vuestro Emperador y vuestro tío! ¿Y no os traga la tierra? ¿Y el sol no os abrasa?

EL PARRICIDA.- Óyeme antes, Tell...

TELL.- Y lleno todavía de sangre de tu pariente y de te soberano, ¿te atreves a penetrar en mi puro hogar? ¿Osas mostrar tu rostro a un hombre honrado, y pedirle hospitalidad?

EL PARRICIDA.- Esperaba encontrar en vos compasión, porque os habéis vengado también de vuestro enemigo.

TELL.- ¡Desventurado! ¿Puedes equiparar el crimen sanguinario de la ambición con la justa defensa de un padre? ¿Tenías que amparar a hijos queridos, al santuario del hogar? ¿Librará los tuyos de la más horrible, de la última calamidad?... Yo levanto al cielo mis manos puras, y te maldigo, y a tu acción... Yo he vengado los venerandos fueros de la naturaleza, y tú los ha profanado... Nada hay común entre los dos... tú eres un asesino, yo el defensor de lo más santo.

EL PARRICIDA.- ¿Me rechazáis, pues, desesperado y sin consuelo?

TELL.- Me horroriza sólo hablar contigo... ¡Vete! ¡Pero, sigue lleno de espanto tu camino! Deja inmaculada la choza, mansión de la inocencia.

EL PARRICIDA.- (Que se vuelve para salir.) Ni puedo ni quiero ya vivir.

TELL.- Y, sin embargo, te compadezco... ¡Dios del cielo! Tan joven, de tan clara estirpe, nieto de Rodolfo, mi Soberano y Emperador, fugitivo, criminal, aquí, en el umbral de mi puerta... suplicante y desesperado. (Tápase el rostro con las manos.)

EL PARRICIDA.- ¡Oh! Si podéis llorar, lastimaos de mi desdicha, porque es grande... Soy un príncipe... era... y pude ser feliz, refrenando la impaciencia de mis deseos. La envidia devoró mi corazón... He visto a mi joven primo Leopoldo premiado con bienes y honores, mientras que a mí, de su misma edad, se me tenía en servil tutela.

TELL.- Bien, infortunado, te conocía tu tío, cuando te rehusaba tierras y vasallos; y tú mismo, con tu locura feroz, has justificado horriblemente su sabia resolución... ¿En dónde se hallan los sanguinarios cómplices de tu delito?

PARRICIDA.- En donde los han arrastrado las furias vengadoras. No los he visto más desde nuestro malhadado crimen.

TELL.- ¿Sabes tú que la proscripción te persigue, que ningún amigo puede favorecerte, y que todos han de tratarte como a enemigo?

PARRICIDA.- Por eso evito los caminos frecuentados, y no me atrevo a llamar a puerta alguna... Mis

pasos se dirigen a lugares desiertos; acompañanme mis temores por las montañas, y huyo de mí mismo, temblando, cuando la fuente traza mi propia imagen. ¡Oh! ¡Si tenéis alguna lástima y humanos sentimientos!... (Prostérnase ante él.)

TELL (Volviéndose).- ¡Levantaos, levantaos!

EL PARRICIDA.- No, hasta que me hayáis tendido una mano caritativa...

TELL.- Pero ¿puedo socorreros? ¿Puede hacerlo un pobre pecador? Levantaos, sin embargo... Por horrendo que haya sido vuestro crimen... al fin sois hombre... como yo. Nadie acudirá a Tell sin recibir consuelo... Haré lo que pueda...

EL PARRICIDA (Levantándose y estrechando su mano con efusión).- ¡Oh, Tell! ¡Libráis mi alma de la desesperación!

TELL.- ¡Soltad mi mano... alejaos! Aquí no podéis quedar sin ser descubierto, y si lo sois, no contéis con mi protección... ¿A dónde os proponéis ir? ¿En dónde esperaréis encontrar tranquilidad?

EL PARRICIDA.- ¿Lo sé yo? ¡Ay de mí!

TELL.- Escuchad lo que Dios me sugiere. Debéis ir a Italia, a la ciudad de San Pedro: echaos allí a los pies del Papa, confesad vuestra culpa y salvad vuestra alma.

EL PARRICIDA.- ¿Y no me entregará a mis perseguidores?

TELL.- Haga lo que quiera, miradlo como la obra de Dios.

EL PARRICIDA.- ¿Y cómo he de llegar yo hasta esta tierra desconocida? No sé el camino, y no me atrevo a agregarme a viajero alguno.

TELL.- Yo os indicaré la ruta. Fijaos bien en ella. Subiréis el Reuss, río arriba, al precipitarse impetuosamente desde la montaña...

EL PARRICIDA (Asustado).- ¿Que vea yo de nuevo el Reuss? Cometí junto a él mi delito.

TELL.- El camino sigue al borde del abismo, y hay en él muchas cruces, erigidas en memoria de los viajeros sepultados bajo las avalanchas.

EL PARRICIDA.- Los horrores de la naturaleza no me asustarían, si yo pudiera refrenar los tormentos insufribles de mi conciencia.

TELL.- Hincaos de rodillas ante cada cruz, y llorad vuestra culpa con lágrimas de arrepentimiento... y, si atravesáis con felicidad ese sendero espantoso; si la montaña no descarga sobre vuestra cabeza sus remolinos de viento, desde su helada cima, llegaréis al puente, que está lleno de polvo. Si no se rompe bajo el peso de vuestro crimen, si lo atravesáis sin obstá-

culo, alcanzaréis una entrada oscura entre los peñascos... La luz del día no la ha alumbrado nunca... penetrad en ella, y os llevará a un tranquilo y risueño valle... Pero caminad entonces con paso rápido; no habéis de deteneros en donde la paz mora.

EL PARRICIDA.- ¡Oh Rudolfo, Rudolfo! ¡Oh abuelo mío coronado! ¿Así ha de atravesar tu nieto el suelo de tu imperio?

TELL.- Después, siempre subiendo, alcanzaréis las alturas de San Gotardo, en donde hay dos lagos eternos, que se llenan con las aguas del cielo. Allí estáis ya fuera del territorio alemán, y el curso pacífico de un río os dirigirá a Italia, término de vuestro viaje. (Óyese el ranz de las vacas, y el sonido de muchas trompas.) ¡Viene gente! ¡Partid!

EDUVIGIS (corriendo).- ¿En dónde estás, Tell? ¡Mi padre viene! Todos los conjurados, en alegre cortejo, le acompañan.

EL PARRICIDA (Tapándose el rostro).- ¡Ay de mí! ¡No puedo detenerme con los felices!

TELL.- Vete, querida esposa. Da algo a este hermano, para animarlo; cárgalo de provisiones, porque su camino es largo, y no encontrará albergue. ¡Apresúrate, que se acercan!

EDUVIGIS.- ¿Quién es?

TELL.- No lo preguntes. Cuando salga, vuelve tu rostro, para que no veas cuál es la ruta que sigue. (El Parricida se acerca a Tell conmovido; éste le hace una señal con la mano, y se va. Cuando ambos han salido, en dirección opuesta, cambia la escena, y se ve en la...

ESCENA ÚLTIMA

Todo el fondo del valle, delante de la casa de Tell; cerca, las alturas que la rodean, llenas de suizos, que se agrupan de un modo pintoresco; otros vienen por las cumbres, por el camino que lleva a Schachen. Fürst se adelanta con los dos niños, Melchthal, Stauffacher y otros. Al presentarse Tell, todos lo saludan con aclamaciones de júbilo.)

TODOS.- ¡Viva Tell! ¡Viva el cazador, nuestro libertador! (Mientras que los primeros se aproximan a Tell, y lo abrazan, aparecen Rudenz y Berta, y aquél saluda a los campesinos, y ésta a Eduvigis. La música campestre acompaña esta escena muda. En seguida, al finalizar, Berta se adelanta en medio de todos.)

BERTA.- ¡Compatricios y confederados! Admitid en vuestra alianza a la primera mujer feliz que ha encontrado amparo en la tierra de la libertad. En vuestras manos esforzadas pongo yo mis derechos: ¿queréis protegerme como a vuestra conciudadana?

LOS CAMPESINOS.- Lo haremos así a costa de nuestros bienes y de nuestra vida.

BERTA.- ¡Bien! Yo, la suiza libre, doy mi mano a este joven, también hombre libre.

RUDENZ.- Y yo declaro libres a todos mis siervos.

(La música comienza de nuevo. Cae el telón.)